BEATRIX

UN ÁNGEL MALDITO



M. G. SAAVEDRA

Table of Contents

Capítulo 1: El pilar de vidrio
Capítulo 2: El veneno en la raiz
Capítulo 3: El pacto de la madrugada
Capítulo 4: El soplo y la tempestad
Capítulo 5: Las manos que tejen la vida
Capítulo 6: El primer toque y el rastro rojo
Capítulo 7: Las primeras señales
Capítulo 8: La centinela del deseo
Capítulo 9: Herencias de viento e o clic do destino
Capítulo 10: Oro, vidrio y veneno
Capítulo 11: El veneno en el nido
Capítulo 12: La amenaza y el portón cerrado
Capítulo 13: El silencio de las sombras
Capítulo 14: El filo de la navaja y el plazo final
Capítulo 15: El sabor amargo de las cenizas
Capítulo 16: El brindis y el presagio
Capítulo 17: El peso del ayer y el techo del mañana
Capítulo 18: La gota que colmó el vaso
Capítulo 19: Nuevos refugios y viejos peligros
Capítulo 20: El brillo y la sombra
Capítulo 21: La máscara que cayó
Capítulo 22: El filo de la navaja y el plazo final
Capítulo 23: Repartos y amenazas
Capítulo 24: El peso de la elección
Capítulo 25: Un nuevo brindis
Capítulo 26: Herencias de viento y el clic del destino
Capítulo 27: Sabores, Sonrisas y Sombras
Capítulo 28: El Veneno en el Nido
Capítulo 29: El paquete sobre la mesa
Capítulo 30: La caída y la falsa herencia
Capítulo 31: El horizonte que se abre
Capítulo 32: La caída de Bruno
Capítulo 33: La cirugía de emergência
Capítulo 34: El Apoyo a los Estudios
Capítulo 35: La Ruptura
Capítulo 36: La Graduación y el Pedido

Capítulo 37: El Despertar Tardío
Capítulo 38: Cuando el Mal Viene a Cobrar la Cuenta
Capítulo 39: La Prisión de Carne

BEATRIX
UN ÁNGEL MALDITO
M. G. Saavedra

Capítulo 1: El pilar de vidrio

El despertador ni siquiera tuvo que hacer su ruido estridente. Hellen ya estaba con los ojos pegados en las grietas del techo desde hace horas, siguiendo cómo las rendijas en el yeso parecían dibujar un mapa de caminos rotos que no llevaban a ningún lugar. Eran las seis de la mañana de un martes gris en Cachoeiras do Cerrado, y el aire dentro del cuarto era pesado, cargado con el olor a moho y de una vida que se desmoronaba. A los veintiocho años, Hellen sentía las articulaciones tan trabadas y doloridas que parecía cargar el peso de una vieja de ochenta años en la espalda. Cada movimiento para sentarse en la cama era una agonía silenciosa, un protesto de un cuerpo que ya no recordaba lo que era descansar de verdad.

Se levantó sin hacer ruido, evitando cuidadosamente el lado izquierdo de la cama. Allí, la sábana estaba empapada con un sudor rancio y el olor a bebida barata que ya estaba incrustado en el lugar por Bruno. Cuando él no estaba allí, estaba tirado en el sofá de la sala, impregnando el ambiente con el mal olor del sudor con vicios. En el baño minúsculo, el agua helada que salía del grifo hizo que su piel ardiera, pero sirvió para despertarla del sopor. Al mirar el espejo roto, Hellen intentó encontrar cualquier rastro de la joven que, años atrás, soñaba con ser profesora, con tener una casa llena de libros y de risas. Lo que vio de vuelta fueron apenas ojeras profundas, cavadas por el agotamiento y por un miedo que nunca la abandonaba, una sombra que se había vuelto su segunda piel.

"— ¿Hellen? ¿Eres tú, hija mía?" — La voz de Constância vino débil del cuarto de al lado. Era un sonido que cargaba el peso insoportable de la enfermedad, una nota de fragilidad que hacía que Hellen tragara su propio llanto antes de responder.

Hellen se secó el rostro rápidamente con una toalla áspera y fue hasta allá. Constância, con sus cincuenta y un años que parecían mucho más, intentaba sentarse en la cama con una dificultad que partía el corazón de Hellen. El pañuelo amarrado en la cabeza escondía la pérdida casi total del cabello dejada por la quimioterapia agresiva, pero nada escondía la palidez grisácea de su piel, que parecía papel de seda a punto de rasgarse al menor toque. El cáncer era un monstruo hambriento que no descansaba, devorando a la mujer célula por célula, mientras ella se aferraba a la vida con una terquedad silenciosa.

"— Soy yo, mamá. Bebe un poco de agua. Ya es la hora del remedio" — dijo Hellen, usando aquella voz suave que ella solo conseguía tener cuando hablaba con su madre o con su hijo.

"— No dormiste bien, escuché..." — Constância tosió, una tos seca y profunda que parecía rasgar su pecho de adentro hacia afuera. — "Él

llegó tarde de nuevo, ¿no es así? Escuché el ruido de aquella moto en la madrugada. Qué infierno de vida, hija mía... tú no mereces esto".

"— No pienses en eso ahora, mamá. Enfócate en ponerte bien. Es solo en eso en lo que tienes que pensar ahora. Deja el resto conmigo".

Hellen preparó la bandeja con las manos temblorosas, revisando cada pastilla cara que compraba sacrificando su propio almuerzo por semanas enteras. Después, fue al cuarto de Rafael. El niño de siete años dormía con la boca entreabierta, el rostro de ángel iluminado por la luz débil que entraba por la rendija de la ventana. Él estaba ajeno al infierno que rodeaba aquella casa, y Hellen agradecía a Dios por eso. Ella acomodó su manta gastada, sintiendo un dolor agudo en el pecho que no era físico; era el peso de saber que aquel niño merecía un mundo mucho mejor que aquel lugar podrido, rodeado por la decadencia de su padre.

Al pasar por la sala en dirección a la cocina, el pie descalzo de Hellen encontró una botella vacía tirada en el suelo. El ruido del vidrio golpeando el piso de cemento hizo que Bruno despertara con un gruñido animal. Estaba tirado en el sofá manchado, usando la misma camisa inmunda de hace dos días. Exhalaba un olor agrio de alcohol metabolizado y algo químico, fuerte y nauseabundo, que Hellen prefería ni intentar identificar. A los treinta y siete años, Bruno parecía una ruina humana, pero una ruina peligrosa, como un edificio condenado a punto de derrumbarse sobre cualquiera que pasara cerca.

"— ¿Qué mierda de ruido es este?" — Bruno gruñó, frotándose los ojos rojos e inyectados en sangre. — "¿No puedes caminar bien ni por la mañana, pedazo de torpe?".

"— Es la basura que dejas esparcida por toda la casa, Bruno" — respondió Hellen, con la voz cargada de un cansancio que ya se había vuelto desprecio puro. — "A ver si limpias esa porquería antes de que Rafael despierte. Él no necesita ver este chiquero temprano por la mañana".

Bruno se sentó en el sofá, soltando una risa seca y fea, mostrando los dientes amarillentos y dañados. — "Mira nada más... la dueña de casa está de mal humor temprano. ¿Dónde está mi café? ¿Y el dinero que te pedí ayer? Necesito resolver unos asuntos serios hoy, gente importante".

"— No hay dinero, Bruno. El remedio de mi madre subió de precio de nuevo. Y no eres inválido, el polvo de café está en el armario. Tus dos manos funcionan perfectamente bien, hazte hombre y hazlo tú".

Bruno se levantó de un salto que sorprendió por la agilidad agresiva, la agilidad del vicio cuando es contrariado. Se detuvo a pocos centímetros de ella, bloqueando el paso a la cocina. El olor a alcohol viejo y química salía por sus poros como si el cuerpo se estuviera pudriendo por

dentro. — "Habla conmigo bien, maldita perra ingrata" — siseó él, aproximando su rostro sudado al de ella. — "Yo soy tu marido. Esta casa tiene mi nombre. Si tú trabajas y yo no, es porque el mundo es una porquería injusta, no porque tú seas mejor que yo. Ahora dame veinte reales. ¡Muévete! No te lo estoy pidiendo, carajo".

"— ¡Ya dije que no tengo!" — Hellen gritó, con la voz saliendo más alta y desesperada de lo que pretendía. — "¡No tengo ni un centavo, Bruno! Sal de mi frente, voy a llegar tarde al trabajo y si pierdo este empleo ¡nos morimos de hambre!".

Él la sujetó por el brazo con una fuerza brutal, los dedos clavándose profundo en la carne blanda. Hellen sintió el dolor subir por el hombro, un aviso de lo que vendría si ella continuaba resistiendo. — "Estás muy creidita últimamente. Te estás olvidando de quién manda aquí. De quién pone el techo sobre tu cabeza y la de tu madre moribunda. ¿Quién te garantiza que no pongo a todo el mundo en la calle ahora mismo?".

Hellen se soltó con un tirón violento, sintiendo la piel arder donde estuvieron sus dedos, y salió golpeando la puerta con fuerza. El corazón martilleaba en las costillas como si quisiera escapar de aquel cuerpo. El día en el trabajo fue un borrón de rostros indiferentes. Ella trabajaba como cajera en el supermercado del centro turístico de Cachoeiras do Cerrado, y cada "buen día" mecánico dado a los clientes sonrientes parecía una mentira que se contaba a sí misma para no desmoronarse delante de todos. La mano temblaba al pasar los productos por el lector. Ella solo conseguía pensar en el fin del día, en el trayecto de vuelta, en el miedo visceral de regresar al lugar que debería ser su refugio, pero que se había convertido en su prisión particular.

La noche cayó pesada, trayendo una lluvia fina y helada. Hellen llegó a casa empapada, los pies doliéndole en los zapatos baratos que ya se estaban deshaciendo. La casa estaba en un silencio tenso, aquel silencio que precede a la tempestad. Constância ya había tomado los remedios y Rafael fingía dormir para no oír lo que estaba por venir. Hellen fue para el cuarto compartido con Bruno, queriendo apenas un baño tibio y el olvido del sueño. Pero Bruno estaba allí. Sentado en el borde de la cama, en la oscuridad completa, como una sombra esperando a la presa. Él no estaba solo borracho; estaba en aquel estado de euforia agresiva y paranoica que las drogas causaban.

"— Llegaste tarde" — dijo él, en un tono bajo y controlado que le dio escalofríos a Hellen. Aquel era el peor tono. — "Tuve que hacer horas extras. El gerente lo pidió. Déjame pasar, Bruno, por favor".

"— No". — Él se levantó despacio, bloqueando el camino al baño. — "Me quedé aquí todo el día pensando... tú me niegas todo. Dinero,

cariño, respeto. Me miras como si yo fuera un bicho asqueroso. Pero tú eres mi mujer, Hellen. Mía. Y yo tengo derechos sobre ti, te guste o no".

Él se acercó y cerró la puerta con llave. El chasquido de la cerradura sonó como un tiro en la cabeza de Hellen, resonando final y definitivo. — "Bruno, por favor... estoy agotada. Mi madre está mal en el cuarto de al lado, ella puede oír...".

"— ¡Cállate la boca!" — Él la empujó contra la pared con violencia, haciendo que su cabeza golpeara en el revoque áspero. — "Tú eres mi mujer. Yo soy el hombre de esta casa. Y me vas a dar lo que es mío, quieras o no".

Hellen intentó luchar. Empujó el pecho de él con las dos manos, arañó sus brazos sucios, intentó gritar, pero él era más pesado, más fuerte, movido por una furia química que no conocía límites o razón. Él la tiró en la cama con una violencia que la hizo perder el aliento, el aire escapando de los pulmones en un gemido de dolor.

"— ¡No, Bruno! ¡Para! ¡No quiero! ¡Por favor, no hagas eso!" — imploró ella, con las lágrimas ya quemándole el rostro, la desesperación ahogándola en la garganta.

Él no escuchó. O, si escuchó, no le importó ni un poco. Bruno usó el peso de su cuerpo para sujetar las piernas de ella y sus manos grandes para callar su boca, ahogando sus gritos mientras cometía el acto de posesión salvaje. Fue un crimen cometido entre cuatro paredes que olían a moho y desesperación acumulada. Hellen dejó de luchar cuando se dio cuenta, en algún lugar racional y distante de su mente aterrorizada, que la resistencia solo traía más dolor físico, más humillación.

Ella cerró los ojos con fuerza e se imaginó lejos de allí, flotando sobre el techo de zinc, sobrevolando la ciudad dormida, mientras su cuerpo era usado como un objeto sin valor, sin alma. Cuando él terminó y rodó hacia el lado con un gruñido satisfecho, se durmió en pocos minutos. El ronquido pesado e irregular resonaba en el cuarto pequeño, obsceno en su normalidad.

Hellen se quedó inmóvil por horas, los ojos fijos en las manchas de humedad del techo. El cuerpo dolía en lugares que ella ni sabía que podían doler. Finalmente, se levantó y fue al baño. Debajo de la ducha fría —porque no había gas—, se frotó la piel con la esponja áspera hasta quedar roja, queriendo arrancar el rastro de él, la memoria de aquella violación. Pero la suciedad que sentía era interna. En el espejo empañado, vio las marcas: los dedos de él impresos en sus brazos y las manchas moradas en su cuello.

Ella aún no lo sabía, pero en aquella noche de horror, la semilla del mal había sido plantada. Una vida acababa de comenzar, fruto de una violencia que el universo jamás olvidaría cobrar.

Capítulo 2: El veneno en la raiz

Los días que siguieron a aquella noche de horror en Cachoeiras do Cerrado se arrastraron como sombras pesadas. Hellen intentaba mantener la rutina, pero el cuerpo comenzó a enviar señales que ella ya no conseguía ignorar. Ya hacían casi tres semanas que el silencio de la casa era cortado solo por los ronquidos de Bruno o por la tos de su madre. El malestar, que ella inicialmente atribuyó al estrés galopante y a la alimentación precaria, se volvió algo más profundo y persistente. No era solo un asco; era una sensación de invasión, un peso extraño que parecía instalarse en su bajo vientre antes incluso de que el sol terminara de nacer sobre las sierras que rodeaban la ciudad.

Hellen vivía en un barrio popular, una vecindad humilde donde el asfalto estaba remendado y el polvo de los caminos de tierra de las haciendas vecinas se asentaba sobre todo. Era un lugar de gente trabajadora que veía a los turistas pasar en sus autos lujosos en dirección a los hoteles hacienda y cascadas, mientras ellos mismos luchaban para pagar la cuenta de luz. La casa de Hellen era simple, de ladrillos que ya pedían nueva pintura, pero ella intentaba mantener todo limpio, a pesar de la inercia destructiva del marido.

En una mañana de sábado, el veredicto vino a través de una prueba de farmacia comprada con las pocas monedas que sobraron del pan. Las dos líneas rosadas en el visor de plástico parecían quemar sus ojos. Hellen se sentó en el suelo frío del baño, sintiendo un vacío inmenso. A los veintiocho años, con una madre moribunda y un hijo pequeño para criar, la noticia de una nueva vida parecía menos una bendición y más una sentencia de prisión.

Ella se lavó el rostro con agua helada, intentando desesperadamente encontrar valor. Decidió que, por el bien de aquel niño que apenas comenzaba a formarse, necesitaba confrontar a Bruno. Necesitaba creer que el instinto de padre todavía existía en algún lugar bajo las capas de vicio y egoísmo de aquel hombre.

Preparó el café en silencio absoluto. Cuando Bruno finalmente se arrastró del sofá a la cocina, con los ojos rojos y el aliento agrio de quien pasó la noche atiborrándose de porquería, ella se acercó.

"— Bruno... necesitamos hablar en serio. Sin gritos, por favor" — comenzó ella, con las manos escondidas bajo el delantal para ocultar el temblor.

"— ¿Qué pasa ahora, Hellen?" — él gruñó, sentándose con el peso de quien carga el mundo, aunque nunca hacía nada por nadie. — "Si es para pedir dinero para el remedio de tu madre, ya sabes la respuesta. Estoy en cero. Mi madre me está vigilando".

Hellen respiró hondo y soltó la bomba: — "Estoy embarazada, Bruno. Ya hace casi un mes".

El silencio que siguió fue cortante. Bruno detuvo la taza de café en el aire y soltó una risa burlona, seca, que golpeó a Hellen como una bofetada.

"— ¿Embarazada? ¿De nuevo? ¡Tú solo puedes estar bromeando conmigo, Hellen!" — gritó él, levantándose y haciendo que la silla se arrastrara con un ruido irritante. — "¿Cómo vamos a mantener a otro si vives quejándote de que el dinero no alcanza ni para lo básico? Quieres arruinarme, ¿es eso? ¿Quieres atraparme con otro mocoso para que yo no tenga paz?".

"— ¡Es tu hijo también, Bruno!" — Hellen sintió que las lágrimas subían, pero la rabia era mayor. — "Te lo estoy contando porque necesito que cambies. ¡Por el amor de Dios, hazte hombre! ¡Busca un trabajo de verdad, haz trabajitos, lava autos, cualquier cosa! Yo no voy a conseguir quedarme de pie diez horas en el mercado cuando la barriga crezca. Mi madre está mal, Rafael necesita escuela... ¡yo no aguanto más cargar este mundo sola mientras tú te quedas ahí tirado como un peso muerto!".

Constância apareció en la puerta de la cocina, pálida, sosteniendo el rosario como si fuera su única ancla. Escuchó la noticia y sintió que el pecho se apretaba. Las lágrimas corrieron por las mejillas hundidas de la anciana. — "¿Otro inocente para sufrir, hija mía?" — susurró la madre, con el corazón roto. — "Dios tenga misericordia de nosotros...".

Rafael corrió al regazo de su madre, con los ojos brillando con una inocencia que Bruno no poseía. — "¿Un bebé, mamá? ¿Voy a tener un hermanito? ¡Yo voy a cuidar de él, papá! ¡Voy a protegerlo de todo!".

Bruno ni miró al niño. Tomó la chaqueta gastada, ignoró el llanto de la esposa y la palidez de la suegra, y salió golpeando el portón de hierro. El sonido de la moto vieja estallando en la calle fue su única respuesta a aquella nueva vida que llamaba a la puerta.

La fuente del veneno

Bruno aceleró la moto hasta el barrio noble de la ciudad, donde las calles estaban arboladas y el silencio costaba caro. Se estacionó ante la casa de su madre, Francisca. El inmueble era imponente, con un jardín impecable que Francisca mantenía solo para mantener las apariencias de "mujer de bien". Francisca era una mujer fría, que había construido su estabilidad financiera manipulando hombres y situaciones, y veía en los hijos solo extensiones de su propia voluntad.

Recibió a Bruno en la galería, tomando un jugo natural mientras observaba el movimiento de la calle. Francisca amaba a Bruno de un

modo distorsionado; veía en él al hijo que ella podía controlar, alimentando su dependencia para mantenerlo siempre bajo sus órdenes.

"— Mamá, Hellen está embarazada. Otro más para darme dolor de cabeza" — dijo Bruno, sentándose con el descuido de siempre.

Francisca soltó un suspiro de desprecio y dio una sonrisita de lado. — "¿Otro más? Esa de allá no pierde el tiempo, ¿verdad? Pero está bien, hijo mío. Nieto es nieto. La sangre de uno siempre sirve para alguna cosa".

"— Pero la situación está difícil, mamá. Ella está en mi oído todo el día para que trabaje, la vieja enferma se está muriendo y tosiendo en aquel cuarto... no tenemos ni qué comer hoy. ¿Me consigues un dinero para que lleve una compra a casa? Al menos para que ella deje de fastidiarme".

Francisca miró a su hijo con una mezcla de asco y satisfacción por verlo implorando. Abrió la bolsa de cuero fino y sacó dos billetes de cincuenta reales.

"— Toma, Bruno. Compra lo básico para aquella ingrata. No quiero que un nieto mío pase hambre, aunque la madre sea una pesada que no te valora". — Ella hizo una pausa, con los ojos brillando con malicia. — "Y mira si compras un paquete de cigarros importados para mí también, de ese que me gusta".

Bruno salió de allá con cien reales en el bolsillo. El vicio, sin embargo, hablaba más fuerte que el hambre de los hijos. Pasó por un mercadito de esquina y compró lo mínimo: un saco de arroz, otro de frijoles de marca barata y un litro de leche. Gastó menos de treinta reales. El resto —el dinero que debía garantizar carne y frutas para una mujer embarazada— fue a parar directamente a la mano del traficante en el callejón cerca de la calle de la feria.

Llegó a casa horas después, tirando la bolsa marchita sobre la mesa de la cocina como si hubiera traído un banquete. — "Ahí está la comida. Mi madre fue la que ayudó, como siempre. Si dependiera de ti y de tu familia, estaríamos pasando hambre. Ahora deja de reclamarme por un maldito empleo, Hellen. Ya hice mi parte hoy".

Hellen miró el arroz barato y la leche sola en la mesa. El olor a química reciente que emanaba de Bruno se mezclaba con el sudor de la mentira. Allí, en aquel barrio popular de una ciudad que vivía de sueños turísticos, Hellen se dio cuenta de que la semilla del niño estaba siendo alimentada por algo mucho peor que la pobreza: estaba siendo nutrida por el descuido, por la mentira y por el veneno que corría en las venas de aquella familia.

Capítulo 3: El pacto de la madrugada

El hospital público de Cachoeiras do Cerrado tenía un olor que Hellen aprendería a detestar con cada fibra de su ser: una mezcla nauseabunda de desinfectante industrial barato, que intentaba en vano esconder el aliento frío y húmedo de la muerte que parecía caminar libremente por los pasillos de luces fluorescentes que parpadeaban, cansadas. Era finales de agosto de 2007. Dentro del cuarto apretado y húmedo número 402, el tiempo no corría; se arrastraba como un animal herido, sangrando minuto a minuto bajo el sonido rítmico e irritante de los aparatos que monitoreaban lo poco que quedaba de Constância.

Hellen se sentía como un fragmento humano. Además del dolor de ver a su madre desfallecer, su propio cuerpo comenzaba a enviar señales de alerta. El retraso en su ciclo, que ahora completaba tres semanas, sumado a un asco que parecía venir del alma, era un recordatorio constante de aquella noche de horror con Bruno. Estaba exhausta. La jornada para mantener la casa en el barrio humilde —lejos del brillo de los hoteles turísticos donde los ricos se bañaban en aguas termales— estaba cobrando su precio en salud y cordura. Mantener la casa sola, aguantar la agresividad inerte de Bruno y ahora ver el pilar de su vida desmoronarse en aquella cama... era un peso que ninguna mujer de veintiocho años debería cargar.

Constância estaba sumergida en un sueño denso, dopada por una dosis enorme de medicación que ya no traía paz, solo un olvido temporal del dolor punzante que la devoraba por dentro. Hellen se sentó en la silla de metal, sentindo el frío del hierro atravesar su blusa fina. En aquella oscuridad azulada, iluminada solo por el brillo fantasmal del monitor cardíaco que dibujaba líneas verdes de vida y muerte, Hellen sintió que la desesperación se desbordaba. Se arrodilló en el suelo de cemento frío, ignorando la suciedad y la incomodidad. Apoyó la frente en la sábana áspera de la cama y dejó que las lágrimas, contenidas por semanas de orgullo sufrido, inundaran la tela blanca.

"— Por favor... por favor, Dios mío..." —susurró ella, con la voz tan baja que apenas vencía el ruido del monitor. Las manos estaban unidas con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos. "— No te la lleves ahora. Ella es lo único que queda en mi vida. ¡Acepto cualquier cosa a cambio! ¡Cualquier sacrificio! Cargaré el peso que sea necesario, me convertiré en lo que sea preciso, pero deja que se quede. Hago un trato, lo juro... ¡solo salva su vida, te lo estoy suplicando!"

El llanto convulsivo la llevó al agotamiento total. Allí mismo, en aquella posición de súplica desesperada, con las rodillas en el suelo y la cabeza

en el lecho de su madre, Hellen se hundió en un sueño pesado y antinatural.

El visitante de la niebla

El sueño vino como un golpe violento, arrancándola de la realidad del hospital hacia un lugar que no debería existir. Hellen se vio de pie en un vacío infinito, cubierto por una niebla gris y densa que parecía tener sustancia, tocando su piel con dedos de hielo. En el centro de aquel nada absoluto, una silueta comenzó a formarse. Era alta, imposiblemente alta, hecha de un humo negro que parecía pudrir el propio aire a su alrededor. No tenía rostro, pero tenía una voluntad, una presencia que hacía que cada poro del cuerpo de Hellen se cerrara de pavor.

"— Clamaste por un intercambio" —la voz de aquella cosa no era oída por los oídos, sino que vibraba dentro de los dientes de Hellen, resonando en su cráneo. "— Su vida será devuelta, Hellen. El milagro que tanto pides será concedido".

Hellen tembló en el sueño, con el corazón latiendo como un pájaro atrapado en una jaula. "— Yo pago. Dije que acepto cualquier cosa".

"— El destino no acepta regalos" —dijo la voz sin emoción, fría como una tumba poco profunda. "— Para que su salud regrese, tendrás que pagar el precio. Tendrás que ser la guardiana eterna de una persona de mala índole. Un alma corrompida, que ya carga la maldad en la sangre antes incluso de respirar. Cuidarás de esa criatura, la protegerás de las consecuencias de sus actos y serás responsable por esa alma manchada para siempre, sin poder liberarte nunca de esa carga. Este es el precio. ¿Aceptas el encargo de cuidar del mal a cambio de la vida de aquella que te dio a luz?"

Hellen, en su mente exhausta, visualizó inmediatamente el rostro sudado y agresivo de Bruno. Todo tenía sentido en su dolor. "El precio es aguantar a este hombre malo por el resto de mi vida para que mi madre viva", pensó ella. "Cargaré con esta cruz del vicio y de la violencia de él para salvar a quien amo".

"— ¡Acepto!" —gritó Hellen en el vacío del sueño, con la voz firme a pesar del pavor. "— ¡Si el precio para salvar a mi madre es cargar con Bruno y toda su podredumbre en mi espalda para siempre, acepto! ¡Solo sálvala!"

La figura de humo negro pareció crecer, envolviendo a Hellen en un abrazo helado que pareció congelar su sangre, antes de que todo se oscureciera completamente.

El milagro amargo

Hellen despertó con el sol golpeando fuerte en su rostro y el susto de una enfermera entrando apresurada al cuarto. Estaba caída en el suelo, con las rodillas latiendo de dolor. "— ¿Qué pasó?" —Hellen se levantó tambaleándose, sosteniendo su vientre pesado. "— ¿Ella... ella se fue?"

La enfermera miró el monitor, después los exámenes y, por fin, a Constância, que ahora —de forma imposible— mostraba un color rosado en las mejillas que no estaba allí desde hacía meses. La piel grisácea había sido sustituida por un aspecto saludable. "— No, al contrario, Hellen..." —dijo la enfermera, con los ojos muy abiertos por el asombro. "— Las constantes vitales dieron un salto inexplicable en la última hora. El tumor... los niveles están cayendo en picado. Es un milagro médico".

Hellen cayó sentada en la silla, con las manos sobre su vientre. Sintió un escalofrío profundo que no tenía nada que ver con el aire acondicionado del hospital. El milagro estaba allí, respirando ante ella. El contrato había sido firmado y la deuda estaba activa. Sintió una punzada seca en el útero, un movimiento minúsculo, pero diferente a cualquier cosa que hubiera sentido jamás.

Hellen pensaba que la carga era su marido inútil, pero el destino acababa de dejar claro que la verdadera "persona de mala índole" del trato estaba mucho más cerca. La deuda no estaba en el sofá de la sala; la deuda estaba siendo alimentada por su propia sangre.

Capítulo 4: El soplo y la tempestad

La vuelta de Constância a casa algunas semanas después estuvo rodeada por un silencio de respeto. A los 51 años, ella todavía caminaba despacio, apoyándose en las paredes, pero el brillo había vuelto a sus ojos de una forma que los médicos no conseguían explicar. Ellos miraban los exámenes, buscando errores que não existían. Para Hellen, ver a su madre sentada en el sillón de la sala, tomando té y sonriendo, era la prueba de que el pacto en la niebla del hospital era real.

El precio estaba aceptado. Ella cargaría a Bruno como una carga pesada por el resto de sus días para mantener aquel milagro vivo.

Pocos días después, en un examen de rutina, el destino ganó nombre. La técnica de salud sonrió ao señalar la pantalla. — Es una niña, Hellen. Una niña perfecta. Ella está muy saludable.

Hellen sintió un calor en el pecho, una ternura que creía que ya no era capaz de sentir. Una niña. Su niña. Al llegar a casa y dar la noticia, Rafael, a los 7 años, saltó de alegría genuina, dando vueltas por la sala. — ¡Una hermana! — gritó él, con los ojos brillando. — ¡Yo voy a cuidar de ella para siempre, mamá! ¡Le voy a enseñar a leer y a escribir!

Hellen rió, una risa rara y emocionada. Ella ya había elegido el nombre en el fondo del corazón: Beatrix. Significaba "aquella que trae felicidad". Parecía una promesa de días mejores. Qué equivocada estaba.

La avaricia de Bruno

Bruno vio en la noticia del bebé no una alegría de padre, sino una oportunidad de conseguir dinero fácil. Él no esperó ni a que el café se enfriara. Tomó su chaqueta y partió directo hacia la casa de Francisca, queriendo alimentar su vicio que la noticia de la nieta había despertado.

— Mamá, Hellen lo confirmó — dijo Bruno, sentado a la mesa lujosa de Francisca. — Es una niña. Pero el médico dijo que ella necesita de todo: ajuar, cuna cara, pañales especiales... estoy desesperado, mamá. No quiero que mi hija nazca en la miseria.

Francisca, a quien le gustaba tener poder a través del dinero y crear dependencia en los otros, no dudó. Ella sacó un fajo de billetes de la bolsa. — Toma, Bruno. Compra lo mejor que el dinero pueda pagar. Y compra comida de verdad para aquella casa. Hellen parece un fantasma de tan flaca que está.

Bruno salió de allá con el bolsillo lleno, pero el corazón vacío. En el camino, la conciencia ni siquiera susurró. Él compró solo un juego de sábanas baratas, dos latas de leche común y una caja de pañales de marca genérica. El resto —la mayor parte del dinero que debería ser

para su hija— fue entregado directamente en las manos del traficante en la esquina oscura. Bruno volvió a casa con los ojos vidriosos y una excusa lista sobre el "precio alto de las cosas".

Hellen vio los artículos miserables y no dijo nada. Ella sabía lo que había pasado, pero ahora era la guardiana de él. El pacto la obligaba a aceptar y perdonar.

El límite del cuerpo

El embarazo avanzó con mucha dificultad. Hellen estaba en el noveno mes, con la barriga pesada, las piernas hinchadas de tanto trabajar de pie y cuidar de todos sin descanso. En una tarde calurosa de mayo de 2008, mientras servía el almuerzo para Constância en la cocina sofocante, el mundo de Hellen giró.

Un dolor de cabeza agudo explotó en su sien. La visión se oscureció. Ella soltó el plato, que se rompió en mil pedaços en el suelo. — ¡Hellen! ¡Hija mía! — Constância gritó, intentando levantarse.

Hellen intentó responder, pero su visión se volvió turbia y ella se desplomó, golpeándose la cabeza en la esquina de la mesa antes de caer en el piso duro.

La carrera contra la muerte

En el hospital, la emergencia actuó rápido. El diagnóstico fue grave: eclampsia severa. La presión de Hellen estaba en niveles fatales y los riñones comenzaban a fallar. En el pasillo, Constância lloraba, sosteniendo el rosario con las manos temblorosas. — Dios mío, no hagas esto — sollozaba ella. — ¡Si alguien tiene que irse, que sea yo! ¡Lleva mi vida de vuelta, pero deja a Hellen! ¡Deja que ella cuide de esa criatura!

La llegada del Dr. Homero

La puerta de la emergencia se abrió con fuerza y un hombre de cabellos grisáceos y mirada firme apareció. Era el Dr. Homero Siqueira, un médico muy respetado en Cachoeiras do Cerrado. Él vio los números en los exámenes y supo que no había tiempo para protocolos largos. O actuaba ahora, o perdería a las dos.

Él fue hasta Constância y tocó su hombro con cariño. — Doña Constância, la voy a llevar ahora para la cirugía. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para salvar a las dos. ¿Usted confía en mí?

Constância apenas movió la cabeza, incapaz de hablar.

El último pedido

Dentro de la sala de cirugía helada, antes de que la anestesia hiciera efecto, Hellen sintió la mano caliente del Dr. Homero sostener la suya. Ella reunió el resto de sus fuerzas y susurró: — Doctor... salve a mi niña. No importa lo que me pase a mí... ella necesita vivir.

El Dr. Homero asintió con seriedad, emocionado por la fuerza de aquella madre. Él dio la señal para el equipo. Mientras tanto, del lado de afuera, una tormenta caía sobre la ciudad con fuerza, como si el cielo también estuviera de parto.

Beatrix estaba a punto de ver la luz del mundo. Y el destino estaba a punto de cobrar su deuda de una forma que nadie podría imaginar.

Capítulo 5: Las manos que tejen la vida

En Cachoeiras do Cerrado, cuando o nome do Dr. Homero Siqueira era pronunciado en cualquier rueda de conversación, el tono de voz de las personas cambiaba automáticamente. Él no era apenas un médico competente; para aquella población sufrida y carente, él era un punto luminoso de esperanza en medio de las dificultades brutales de la salud pública abandonada.

Con sus cabellos grisáceos siempre despeinados y manos callosas que parecían guiadas por algo mayor que la mera técnica médica, Homero ya había rescatado tantas vidas en los últimos treinta años que el pueblo lo veía como un guardián, como un ángel terrenal disfrazado de médico cansado. Alguien con una credibilidad y una dedicación que ninguna máquina hospitalaria moderna podría sustituir.

En aquella noche fría de mayo de 2008, el hospital público parecía pequeño demás, insuficiente demás, para la gravedad de lo que sucedía. Mientras el frío seco tomaba las calles de la ciudad haciendo que se volviera un desierto, dentro del centro quirúrgico improvisado el tiempo corría de una forma diferente, viscoso y urgente simultáneamente.

El Dr. Homero miró a Hellen, inconsciente y pálida como cera de vela, la presión arterial todavía peligrosamente alta a pesar de la medicación, y sintió el peso inmenso de la responsabilidad comprimir su pecho. Él conocía la historia de aquella familia, conocía las luchas de Constância contra el cáncer terminal que milagrosamente había retrocedido, sabía de la ausencia completa de Bruno que a esta hora debería estar perdido en sus propios abismos químicos.

Homero sabía que Hellen era el pilar de vidrio — fuerte pero frágil, resistente pero a punto de astillarse — que sostenía una casa entera. Y él no permitiría que ese pilar se rompiera. No bajo su bisturí. No mientras hubiera aire en sus pulmones.

"— Vamos, Hellen... lucha conmigo — susurró él, con una ternura paternal que solo los que aman genuinamente la vida poseen. — Tú no vas a morir hoy. No lo voy a permitir. Y tu hija va a nacer sana. Lo prometo".

El bisturí, en sus manos expertas y firmes, no era una arma fría de metal, sino una herramienta sagrada de esperanza. Él trabajaba con calma absoluta, en un ritmo casi poético, como si estuviera cosiendo no solo carne y tejido, sino el propio futuro de aquella familia destruida. Cada movimiento era preciso, calculado. Cada decisión era tomada con la certeza inquebrantable de quien ya venció a la muerte muchas y muchas veces en sus tres décadas de práctica.

Del lado de afuera, en el pasillo frío iluminado por luces fluorescentes parpadeantes, Constância continuaba su oración desesperada, de rodillas en el suelo sucio. El pequeño Rafael, sentado en el banco de madera dura al lado de la abuela, sostenía su carrito de juguete favorito con tanta fuerza que sus dedos pequeños se pusieron blancos. Él sostenía aquel pedazo de plástico barato como si fuera la única cosa que lo mantenía conectado a la madre que luchaba por la vida a pocos metros de distancia.

De repente, después de horas que parecieron durar días enteros, el silencio pesado de la sala de cirugía fue roto. No fue un ruido de máquinas fallando o de voces tensas gritando comandos de emergencia. Fue un sonido agudo, fuerte, vibrante, lleno de vida pura y rabiosa.

El llanto de la niña resonó, atravesando las paredes gruesas de concreto y llegando directo al corazón de quien esperaba del lado de afuera, trayendo consigo la promesa de que la vida había vencido una vez más.

El Dr. Homero levantó a la pequeña criatura con manos temblorosas de agotamiento y emoción. Ella era pequeña, menor de lo esperado para la edad gestacional, pero lloraba con una furia impresionante de quien quería conquistar el mundo entero con aquel primer grito de existencia. Los pulmones funcionaban perfectamente. El corazón latía fuerte y regular.

"— Aquí está ella, Hellen — dijo él, aun sabiendo que ella todavía estaba inconsciente. — Tu niña llegó. Y tú también estás aquí. Las dos vencieron".

El médico sintió un alivio tan profundo y abrumador que necesitó parpadear rápido para contener las lágrimas que amenazaban con caer. Él había cumplido su promesa sagrada. Madre e hija estaban allí, vivas, unidas por un hilo de esperanza que él había ayudado a proteger.

Cachoeiras do Cerrado, aquella ciudad turística que vivía del movimiento de las aguas cristalinas, ganaba una habitante más. Y Hellen, al despertar horas después, tendría en los brazos el motivo de

todas sus futuras batallas. De todos sus dolores. De toda su redención o condenación.

La tempestad afuera comenzaba a dar tregua, las nubes abriéndose para revelar estrellas tímidas. El Dr. Homero, agotado pero con el alma en paz profunda, sabía que acababa de entregar a aquella ciudad su mayor tesoro: la oportunidad de un nuevo comienzo.

Pero lo que él no sabía — lo que nadie allí podría saber — era que aquella niña minúscula que lloraba con tanta fuerza traía consigo no solo vida, sino también el cobro de un pacto antiguo. Un pacto hecho en la oscuridad, en la niebla, en el desespero.

Beatrix había llegado. Y con ella, el destino comenzaría a desarrollar su plan cruel e inexorable.

Capítulo 6: El primer toque y el rastro rojo

El sol de Cachoeiras do Cerrado entró tímido por la rendija estrecha de la ventana de la habitación del hospital, dibujando líneas finas de polvo dorado en el aire quieto y medicinal. Hellen abrió los ojos despacio, como si estuviera emergiendo de un buceo profundo en aguas oscuras. El cuerpo parecía hecho de plomo pesado, cada músculo gritando en protesta. La cicatriz de la cesárea pulsaba con un dolor sordo pero constante, recordándole que estaba viva.

Pero su mente no estaba en aquella habitación apretada. Estaba en otro lugar, buscando frenéticamente.

"— ¿Dónde está ella?" —susurró con la voz todavía ronca por la anestesia y por los tubos que habían estado en su garganta. "— ¿Dónde está mi hija?"

No tardó mucho para que la puerta se abriera con un crujido. Una enfermera de rostro gentil y cansado, con ojeras profundas que delataban el turno nocturno largo, traía en los brazos un paquetito cuidadosamente envuelto en una manta rosa descolorida y gastada por el uso excesivo.

"— Aquí está tu princesa, Hellen" —dijo la mujer con una sonrisa genuina. "— Es muy valiente. Lloró toda la noche queriendo a su madre, buscándote. No aceptó biberón, no aceptó chupete. Solo te quiere a ti".

Cuando la enfermera colocó delicadamente a la pequeña criatura en los brazos de Hellen, el mundo entero pareció dejar de girar. Todo el ruido cesó. Hellen miró aquel rostro menudo, la piel todavía ligeramente roja y arrugada típica de los recién nacidos, los ojos apretados con fuerza contra la luz del día.

Un amor abrumador y primitivo, aquel amor que ella había sentido en fragmentos durante el sueño profético y en las oraciones desesperadas, inundó su pecho con tanta fuerza que sintió que se iba a ahogar en él. Era su hija. Su niña. Un pedazo de ella que había sobrevivido contra todas las probabilidades.

Sin embargo, en cuanto la piel caliente de la bebé tocó la suya, Hellen sintió algo perturbadoramente extraño. No era solo el calor natural de un recién nacido. Era una sensación de inquietud profunda, un escalofrío que subió por su columna como dedos helados caminando vértebra por vértebra. Era como si el peso de aquella niña fuera mucho mayor de lo que su cuerpo minúsculo sugería.

Incluso inundada de amor maternal absoluto e incondicional, Hellen sintió un malestar inexplicable, una sombra de duda que intentó alejar inmediatamente, sintiéndose culpable y monstruosa por no sentir solo alegría pura.

"— Tiene hambre" —comentó la enfermera con voz profesional pero gentil, ayudando a Hellen a acomodarse en la cama de hospital estrecha. "— ¿Vemos si agarra el pecho? La primera toma siempre es especial".

Hellen acomodó a la niña con cuidado, todavía aprendiendo los movimientos, todavía descubriendo cómo sostener a aquel ser frágil. En el momento en que la boquita minúscula de la bebé encontró el seno lleno de leche, la succión fue sorprendentemente fuerte, incluso violenta.

No era el toque delicado que Hellen había imaginado en sus pocos momentos de fantasía sobre la maternidad. Era un agarre decidido, hambriento, casi agresivo. La bebé succionaba con una voluntad y una fuerza que parecía no pertenecer a alguien tan pequeño y recién llegado al mundo.

Hellen apretó los dientes, sintiendo un dolor agudo y cortante recorrer su cuerpo a partir del pezón. Era más que malestar. Era dolor real, penetrante.

La bebé mamó con una intensidad obsesiva, como si estuviera intentando succionar no solo leche, sino la propia esencia vital de la madre. Cuando finalmente soltó el pecho minutos después, satisfecha y dormida, Hellen soltó un suspiro de alivio profundo y miró hacia abajo.

Su corazón dio un salto violento de susto.

Había sangre.

Un rastro carmesí escurría por su pezón, manchando la piel clara y el tejido fino de la manta rosa de la bebé, creando un contraste visual perturbador.

"— ¡Enfermera!" —llamó Hellen, con la voz saliendo más alta y más asustada de lo que pretendía. "— Mire... está sangrando. ¡Mire aquí! ¿Me lastimó? ¿Qué pasó?"

La enfermera se aproximó con su calma profesional, tomando una gasa estéril y limpiando el lugar con movimientos eficientes y tranquilizadores.

"— Calma, Hellen. Respira hondo. Es perfectamente normal" —explicó la mujer con una sonrisa que intentaba ser reconfortante. "— Muchas madres primerizas, o aquellas que llevan mucho tiempo sin amamantar como en tu caso, sienten exactamente eso. La punta del pecho se agrieta al principio hasta que se acostumbra a la succión fuerte del bebé. La piel allí es muy sensible. Es solo tu cuerpo adaptándose a la nueva función. Pasará en algunos días".

Hellen asintió mecánicamente, queriendo desesperadamente creer en aquellas palabras técnicas y simples que ofrecían una explicación racional y médica. Pero, mientras limpiaba el rastro rojo con las manos

temblorosas, no podía dejar de pensar en el sueño vívido del hospital, en el pacto que había hecho en la niebla.

Recordó la figura de humo negro, la voz sin rostro, el precio acordado: la "persona de mala índole" que tendría que cargar para siempre a cambio de la vida de su madre.

Miró a la bebé que ahora dormía profundamente en sus brazos, el rostrito angelical y sereno, completamente inocente. Miró a aquel ser minúsculo y sintió una ternura profunda luchar violentamente contra aquel miedo silencioso e irracional que insistía en crecer.

"Es solo el comienzo", pensó Hellen, con el corazón apretado. "Es apenas una herida física normal. Todos los bebés succionan con fuerza. Estoy imaginando cosas, creando problemas donde no existen. Por ella, aguanto todo. Cualquier dolor físico vale la pena".

La sangre paró de escurrir después de que la enfermera aplicó una pomada cicatrizante. Pero la sensación incómoda de que algo muy serio y pesado había comenzado en aquella habitación humilde de hospital permaneció guardada en el fondo del corazón de Hellen, como un secreto oscuro que no se atrevía a contar ni a sí misma.

Meció a su hija, tarareando bajito una canción de cuna que su propia madre solía cantar. Y mientras la luz del sol entraba cada vez más fuerte por la ventana, iluminando a madre e hija en un cuadro que debería ser de pura felicidad, Hellen no podía saber que aquel rastro rojo era solo el primero de muchos que vendrían.

Capítulo 7: Las primeras señales

Los años de 2008 a 2010 pasaron en un borrón de pañales sucios, noches sin dormir y un agotamiento que parecía no tener fin. Hellen volvió al trabajo en el supermercado cuando Beatrix cumplió apenas tres meses, no por voluntad, sino por necesidad brutal. Bruno continuaba su espiral descendente, gastando cualquier centavo que consiguiera extorsionar a Francisca en sustancias que lo alejaban cada vez más de la realidad.

Beatrix crecía. Pero no como Rafael había crecido. Rafael había sido un bebé solar, que reía alto, que extendía los bracitos a todos, que lloraba apenas cuando tenía hambre o sueño. Rafael era luz pura en forma de niño. Beatrix era diferente desde el inicio.

Ella lloraba, sí, pero no era un llanto de necesidad. Era un llanto calculado, manipulador. Constância, que cuidaba de la nieta durante el día mientras Hellen trabajaba, juraba a quien quisiera oír que la niña tenía "personalidad fuerte desde la cuna". Pero había momentos en que hasta ella, con todo su amor de abuela, sentía un escalofrío inexplicable.

Cuando Beatrix tenía un año y medio, sucedió el primer incidente que Hellen jamás olvidaría.

Era un sábado por la tarde. Rafael, ahora con 9 años, jugaba en el patio con Pipoca, una perrita callejera que él había rescatado de la calle y que era su mejor amiga. El animal era dócil, alegre, vivía moviendo la cola. Beatrix estaba sentada en el suelo de la sala, rodeada por juguetes coloridos que Francisca había comprado a montones. Pero la niña no miraba los juguetes. Sus ojos oscuros y penetrantes estaban fijos en la ventana, observando a Rafael y Pipoca correr en círculos, el niño riendo alto.

Hellen estaba en la cocina preparando el almuerzo cuando oyó el grito. Un grito agudo, desesperado, de dolor puro. Era Rafael.

Ella soltó la cuchara y corrió al patio, con el corazón en la garganta. Encontró a Rafael llorando copiosamente, sosteniendo a Pipoca en los brazos. La perrita gemía bajito, temblando. Había una herida fea en la pata trasera, sangrando. "— ¿Qué pasó?" —preguntó Hellen, arrodillándose al lado de su hijo. "— ¡No lo sé, mamá!" —Rafael sollozaba, acariciando a la perrita—. "¡Estábamos jugando, y entonces ella empezó a gritar de la nada! ¡Mira su pata!"

Hellen examinó la herida y vio claramente: eran marcas de mordida. Pequeñas, pero profundas. Mordida de niño pequeño.

Giró la cabeza lentamente hacia la ventana de la sala. Beatrix estaba exactamente donde la había dejado, sentada en el mismo lugar, rodeada por los mismos juguetes intactos. Pero ahora la niña miraba

directamente a Hellen. Y sonreía. No era una sonrisa de bebé. Era una sonrisa de satisfacción. De victoria.

Hellen sintió la sangre helarse. Entró en la casa, tomó a Beatrix en brazos y vio lo que necesitaba ver: rastros minúsculos de sangre en las comisuras de la boca de la niña. "— ¿Mordiste a Pipoca?" —preguntó Hellen, con la voz temblando—. "¿Por qué hiciste eso?"

Beatrix no respondió. Con un año y medio, todavía no hablaba frases completas. Pero sus ojos hablaban. Y lo que decían era cristalino: "Porque quise. Porque pude".

Constância apareció en la puerta, jadeante. — "¿Qué pasó? Oí a Rafael llorando..." "— Beatrix mordió a la perrita" —dijo Hellen, todavía sosteniendo a su hija—. "La lastimó a propósito".

Constância movió la cabeza con vehemencia, con los ojos ya lagrimeando. — "No, hija mía. Estás equivocada. ¡Es solo un bebé! Los bebés no hacen maldades, ¿verdad? Se habrá asustado con algo y mordido sin querer. ¡Ella no entiende todavía!"

Hellen miró a su madre, vio la negación absoluta en sus ojos, y decidió no insistir. Pero guardó aquel momento. Lo archivó en un cajón mental que comenzaba a llenarse rápidamente.

En los meses siguientes, pequeños incidentes comenzaron a acumularse. Juguetes de Rafael aparecían rotos. Ropas rasgadas. La comida que Constância dejaba en el plato de Beatrix era frecuentemente tirada al suelo a propósito, creando trabajo extra.

Pero lo más perturbador era la mirada. Beatrix observaba. Siempre observando. Estudiando a las personas como un científico estudia insectos bajo un microscopio.

Capítulo 8: La centinela del deseo

El año 2010 trajo cambios significativos en la dinámica familiar. Bruno, hundido completamente en sus fantasías grandiosas alimentadas por drogas cada vez más pesadas, decidió que era hora de "vuelos mayores". Se titulaba ahora "maestro de artes marciales", aunque sus manos raramente habían sentido el peso de un entrenamiento real. Lo que le gustaba de verdad era la pose, el respeto imaginario que creía imponer al caminar por las calles con su andar tambaleante.

Una tarde, sentado en el bar de Tião bebiendo cerveza caliente comprada fiado, Bruno tuvo su "gran idea": sería concejal. Se afilió a un partido pequeño e irrelevante, de esos que surgen solo para llenar espacio en las urnas, y comenzó una caminata sin rumbo en busca de votos que jamás vendrían.

La campaña de Bruno no ocurría en las plazas iluminadas del centro turístico o en los hoteles lujosos donde los políticos de verdad daban

sus discursos. Él buscaba a su "electorado" en los márgenes, en la zona bohemia decadente de Cachoeiras do Cerrado. Eran calles donde el asfalto estaba siempre húmedo de orina y cerveza derramada, y las luces de neón baratas y parpadeantes intentaban disfrazar el olor permanente a alcohol rancio y abandono humano.

"— ¡Vamos, Hellen! — ordenaba él, arreglando el cuello de la camisa gastada que usaba hacía tres días. — El pueblo necesita ver que soy un hombre de familia. Una esposa bonita al lado ayuda en la imagen".

Hellen lo seguía porque tenía que seguirlo. El pacto la obligaba. Ella era la guardiana de él, y si él quería que ella fuera su trofeo de campaña, ella no tenía elección.

Caminar por aquellas aceras agrietadas y resbaladizas era como atravesar un pasillo de espinas envenenadas. Hombres con miradas turbias por la bebida, apoyados en puertas de bares apestosos, la medían de arriba abajo con una falta de respeto que hacía que se le erizara la piel. Más de una vez, propuestas bajas y obscenas fueron susurradas en su oído por hombres que la confundían deliberadamente con las mujeres que hacían de aquella calle su sustento.

La amargura y la humillación subían por la garganta de Hellen como un sabor a hierro y bilis, pero Bruno, justo adelante, distribuyendo folletos arrugados a borrachos y traficantes, ni siquiera miraba hacia atrás. Él la usaba como un accesorio, una decoración, ignorando completamente el acoso que ella sufría en cada esquina.

Fue en medio de ese infierno particular que la vida de Hellen se cruzó con la de Léo Drummond.

El Intelectual de Brasilia

En aquella semana específica, una reunión política fue organizada en un salón municipal sencillo y mal iluminado para recibir al candidato a alcalde de la coalición. Era otra farsa electoral, todos lo sabían, pero las formalidades tenían que cumplirse.

Entre el ruido irritante de discursos vacíos y promesas que nunca se cumplirían, una figura se destacaba por el silencio y por la postura digna. Era Léo Drummond.

Léo no era una figura de televisión o un político conocido. Era un periodista de investigación de renombre, un intelectual respetado que veía el mundo a través de capas de complejidad que la mayoría de las personas ni siquiera percibían que existían. Alto, de hombros anchos pero ligeramente encorvados por el peso de cargar verdades peligrosas, cabellos grises en las sienes a pesar de sus 48 años, ojos claros y penetrantes que parecían leer entre líneas cada gesto y palabra.

Él se había mudado a Cachoeiras do Cerrado directamente desde Brasilia, después de un largo y agotador período de trabajo secreto junto a los altos niveles del gobierno federal. Trabajo del que nadie en la ciudad conocía los detalles, pero que había dejado marcas profundas en su alma. Buscaba el silencio del interior, una fuga necesaria de recuerdos pesados y de un pasado de grandes responsabilidades en la capital que lo habían dejado agotado emocionalmente.

Estaba en aquella reunión patética solo por cortesía a un amigo antiguo, sabiendo perfectamente que aquel grupo político no tenía la menor oportunidad de victoria o relevancia.

Cuando Bruno se acercó a Léo con su pose ensayada, intentando vender su imagen fabricada de "hombre de bien y profesor de karate", Hellen estaba un paso atrás, como siempre. Como una sombra obediente.

Léo dejó de escuchar a Bruno — las palabras del hombre eran tan vacías que no merecían atención — en el momento exacto en que sus ojos claros se encontraron con los de ella.

Hubo una pausa en el universo. Un silencio que no era ausencia de sonido, sino presencia de algo mayor.

Léo vio en Hellen algo que pocos conseguían ver: una fuerza silenciosa, una belleza que no venía de artificios o maquillaje caro, sino de una resistencia profunda y admirable. Él notó el cansancio cargado en sus hombros encorvados, la tristeza escondida en el fondo de sus ojos castaños, la dignidad que ella mantenía a pesar de todo.

Hellen, por su parte, sintió un impacto que la dejó literalmente sin aliento. Léo irradiaba inteligencia real, no la inteligencia performática y vacía. Él la miraba con un respeto que ella no recibía hacía una vida entera. No era la mirada de posesión de los hombres de la calle, ni la mirada de indiferencia de Bruno. Era una mirada de reconocimiento. De ver. De observar de verdad.

"— Es un placer conocerla, señora — dijo Léo, extendiendo la mano y haciendo una reverencia sutil, genuinamente respetuosa. Su voz era pausada, grave, educada".

Hellen solo asintió, incapaz de hablar, sintiendo el rostro quemar. Aquel hombre, viniendo de un mundo tan diferente al suyo, la había tratado con una dignidad que la hizo sentirse humana de nuevo por primera vez en años.

Durante el resto de aquella reunión interminable e inútil, ella sintiu la mirada de él. No una mirada invasiva, sino una mirada de atención genuina. Y cuando sus vistas se cruzaban accidentalmente, él sonreía discretamente, una sonrisa gentil que no esperaba nada a cambio.

El Regreso y el Choque de Realidad

Al llegar a casa aquella noche, el ruido familiar de la llave en la cerradura oxidada sonó como el cierre de una celda de prisión. Bruno se quejaba en voz alta de todo — del calor, de la comida que no estaba lista, de la vida que no le daba lo que "merecía". Constância cuidaba cansada de Rafael y de la pequeña Beatrix que, a los dos años, observaba todo con esos ojos oscuros y demasiado atentos.

Hellen se acostó aquella noche agotada, pero su mente no estaba en aquella habitación mohosa que olía a derrota. Ella se sumergió en un sueño.

En el sueño, ella caminaba por un campo abierto y verde, lejos de las cascadas turísticas de Cachoeiras y lejos del lodo de la política sucia. El aire era limpio, olía a posibilidades. Léo Drummond estaba allí, parado bajo un árbol frondoso. Él no decía nada, solo extendía la mano hacia ella con una sonrisa paciente.

Hellen sentía un deseo abrumador de correr hacia él, de tocar aquella mano, de huir hacia aquel mundo de silencio e inteligencia que él representaba, aquel mundo donde las personas se respetaban y conversaban sobre libros e ideas en lugar de gritar obscenidades.

En el sueño, su corazón latía con una alegría que no sentía desde la adolescencia lejana.

Pero en el momento exacto en que ella iba a tocar los dedos de Léo, cuando estaba a centímetros de alcanzar aquella promesa de paz, el escenario entero se transformó violentamente. El suelo verde bajo sus pies descalzos se volvió gélido, duro como concreto.

Entre ella y Léo, surgió Beatrix.

La niña de solo dos años no tenía la mirada vaga e inocente de la infancia. Estaba parada, pequeña pero sólida como una estatua de piedra, con una expresión de gravedad aterradora en su carita angelical. En el sueño, la niña no parecía hija de Hellen. Parecía su carcelera. Su guardiana de prisión.

"— No puedes, mamá — dijo Beatrix. La voz no era el balbuceo normal de una niña de dos años. Era un mando seco, firme, desprovisto de cualquier dulzura o inocencia infantil. — No te voy a dejar".

Hellen intentó rodear a su hija, intentó encontrar un camino alternativo, pero la niña parecía multiplicarse, expandirse, bloqueando todas las salidas posibles como una pared viva e intransponible.

"— Él no es nuestro, mamá — continuó Beatrix, su voz pequeña pero cargada de una autoridad sobrenatural. — Tú eres mía. Solo mía. Siempre lo fuiste y siempre lo serás".

Hellen despertó de repente, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, el corazón disparado, sudor frío escurriendo por su

cuello. La habitación estaba oscura y sofocante. El ronquido pesado e irregular de Bruno resonaba, obsceno en su normalidad.

Sintió un peso en el borde del colchón viejo y hundido. Se sentó asustada y vio una silueta pequeña sentada allí, completamente inmóvil en lo oscuro.

Era Beatrix. La niña estaba despierta en medio de la madrugada, mirando a su madre con ojos que parecían brillar en la penumbra, atentos y vigilantes a cada movimiento, a cada respiración.

"— ¿Qué pasa, Beatrix? — susurró Hellen, con la mano temblorosa yendo en dirección a su hija. — ¿Tuviste una pesadilla, mi amor?"

La niña no se movió. Solo fijó la mirada penetrante y adulta en el rostro de Hellen, como si supiera exactamente con quién había estado soñando la madre, como si pudiera leer cada pensamiento, cada deseo prohibido.

"— Tú eres mía, mamá — repitió la niña en un susurro bajo y escalofriante que llenó todo el silencio sofocante de la habitación. — Solo mía".

Hellen se acostó de nuevo, atrayendo a su hija cerca por instinto maternal, pero su cuerpo estaba rígido por un miedo que no podía nombrar. El pacto que había aceptado en el hospital para salvar a Constância estaba allí, materializado, a su lado.

Beatrix no era solo su hija. Era la centinela de su prisión. Y Hellen se dio cuenta, con un pavor creciente y sofocante, que nunca más estaría sola en sus propios pensamientos, en sus propios sueños, en sus propios deseos.

Capítulo 9: Herencias de viento e o clic do destino

El año 2010 parecía haberse detenido en las paredes descascadas de aquella casa en Cachoeiras do Cerrado. El silencio tenso de la noche fue violentamente roto por el ruido seco de un teclado siendo golpeado con rabia, y justo después, por un grito de puro odio y frustración.

En la pantalla parpadeante de la computadora vieja y lenta, el número parecía burlarse de todo el esfuerzo patético: 20 votos.

Bruno caminaba de un lado a otro en la sala pequeña, pateando los muebles com fuerza brutal, sin importarle el ruido o a quién despertaría. El rostro estaba rojo e hinchado de rabia, las venas del cuello resaltando como cuerdas tensas a punto de romperse.

"— ¡Traidores! ¡Hijos de puta! ¡Canallas desgraciados! — bramaba él, la voz ronca resonando por el pasillo estrecho. — ¡Comieron en mi mesa! ¡Apretaron mi mano en aquellas calles sucias donde bajé para encontrarme con el pueblo! ¡Prometieron apoyo, juraron lealtad! ¿Y ahora me dan esto? ¿Veinte votos miserables? ¡Maldigo a cada uno de esos desgraciados! ¡Que su dinero no rinda nunca más! ¡Que su cosecha se pudra en la planta! ¡Que sus familias sean maldecidas por generaciones!"

Hellen estaba sentada en la esquina del sofá gastado, con los brazos cruzados sobre el pecho, intentando hacerse pequeña, invisible, intentando no ser notada. Rafael, ahora con 10 años, ya se había escondido en el cuarto con la abuela Constância, huyendo del ruido y de la violencia verbal. Sabían el guion de memoria.

En la cuna improvisada en la esquina de la sala, Beatrix, con apenas dos años y medio, estaba sentada, agarrada a las rejas de madera pintadas, observando al padre con una calma antinatural para una niña tan pequeña. No lloraba asustada. No se encogía. Solo vigilaba, estudiaba, absorbía cada movimiento, cada gesto de rabia, archivando todo en algún lugar oscuro de su mente en formación.

Bruno se detuvo ante Hellen y señaló con el dedo sucio y tembloroso su rostro, con los ojos vidriosos de furia mezclada con los efectos de sustancias que había consumido antes de ver el resultado.

"— ¡Puedes reírte por dentro, Hellen! — escupió él, literalmente escupiendo saliva mientras hablaba. — Sé que te parece bien. Estás feliz viéndome fracasar, ¿no? ¡Pero el juego no ha terminado todavía! Aquel hacendado rico de Carangá murió hace tres meses, y mi madre ya contactó a los mejores abogados de la región. ¡El examen de ADN probará que soy sangre de aquella tierra! ¡Soy heredero legítimo de bueyes y haciendas! ¡El dinero viene!"

Se inclinó sobre ella, y esta vez no había solo la amenaza usual de violencia. Lo que dijo fue calculado para herir de una forma mucho más profunda y duradera.

"— Y cuando aquel dinero llegue, Hellen, finalmente aprenderás cuál es tu lugar de verdad — su voz bajó a un susurro venenoso e íntimo. — Serás mi reina, sí. Pero una reina sumisa, de rodillas. Me servirás en todo, desde el desayuno hasta la cama, porque todo lo que tendrás vendrá de mi mano generosa. Te daré las joyas más caras que existan solo para que te mires al espejo y recuerdes siempre que eres mi propiedad. Me debes la vida, Hellen, y con dinero gordo en el bolsillo, cobraré cada centavo de esa deuda imaginaria. Serás mi sombra fiel, ¿entendido? Mía y de nadie más".

Hellen sintió un escalofrío recorrer la espalda. El llanto vino pesado, silencioso, las lágrimas escurriendo sin que pudiera controlarlas. No quería joyas caras o vestidos importados. Quería paz. La simple e inalcanzable paz. La idea de Bruno rico, con todavía más poder sobre ella, con todavía más control, era una pesadilla que la aterrorizaba más que cualquier violencia física.

La invitación en la oscuridad de la noche

Horas después, cuando Bruno finalmente salió para ahogar la derrota y alimentar el vicio en algún bar que todavía aceptara su charla delirante de "heredero injusticiado", Hellen, completamente agotada emocional y físicamente, se sentó frente a la computadora vieja.

Necesitaba un escape urgente, un respiro de un mundo donde las personas hablaban de libros, de ideas, de filosofía, de respeto mutuo.

Al abrir su red social básica, su corazón dio un vuelco violento en el pecho. Una notificación brillaba en la esquina superior de la pantalla manchada.

Léo Drummond envió una solicitud de amistad.

Hellen se quedó completamente inmóvil, la mano sobre el ratón barato. Recordó al periodista, a aquel hombre que irradiaba inteligencia y gentileza, que la había tratado con una dignidad que parecía venir de otro planeta. Léo Drummond, el intelectual respetado que había cambiado el ajetreo político de Brasilia por el silencio intencional de Cachoeiras do Cerrado, estaba allí, a un clic de distancia.

Dudó, el corazón acelerado. Miró instintivamente hacia el lado y sintió que la sangre se le helaba.

Beatrix estaba de pie en la cuna, agarrada a las rejas, completamente despierta a pesar de la hora. Sus ojos oscuros y penetrantes parecían pegados al monitor, como si la niña de dos años pudiera entender

perfectamente el peligro o la esperanza que habitaba en aquel mensaje simple.

Hellen sintió los dedos temblorosos. Aceptar aquella solicitud era como abrir una ventana minúscula en una habitación sofocante y llena de moho hace años. Era un riesgo calculado, pero el desprecio reciente de Bruno todavía resonaba dolorosamente en sus oídos. Merecía al menos una conversación con alguien que la viera como un ser humano.

Respiró hondo y hizo clic en "Confirmar".

En aquel instante preciso, un viento helado e imposible sopló por la rendija de la ventana cerrada de la sala, haciendo que as cortinas finas se balancearan como si estuvieran vivas. La temperatura bajó varios grados en segundos.

Beatrix, todavía de pie en la cuna, soltó una risita corta, seca y completamente desprovista de cualquier inocencia infantil. Un sonido que no tenía nada de bebé. Un sonido que era pura malicia concentrada.

Se acostó y cerró los ojos inmediatamente, sin decir palabra, dejando a Hellen sola con el brillo azulado de la pantalla de la computadora y el inicio de una nueva — y peligrosamente seductora — conexión.

El destino estaba tejiendo sus hilos con una precisión quirúrgica. Y Beatrix, incluso tan pequeña, ya estaba aprendendo a tirar de cada uno de ellos en el momento exacto para causar el máximo dolor posible.

Capítulo 10: Oro, vidrio y veneno

El año 2014 finalmente trajo lo que Bruno tanto esperaba, aunque no de la forma que él había fantaseado en sus delirios químicos. La justicia dio el veredicto tras cuatro años de batalla legal: el ADN era positivo. Bruno fue oficialmente reconocido como hijo biológico de Frederico Albuquerque, el gran hacendado de Carangá.

La herencia era vasta, pero cruelmente dividida. Como Frederico era viudo, los bienes fueron repartidos entre los tres hijos legítimos del matrimonio —que odiaban a Bruno con todas las fibras de sus seres aristocráticos— y Bruno, el hijo bastardo, el error de una noche de embriaguez y lujuria.

El 25% que le correspondió a Bruno representaba una fortuna considerable en tierras productivas y ganado de raza. Pero lo que llegó primero, depositado en su cuenta bancaria nueva y reluciente, fue el dinero líquido de las inversiones financieras y cuentas corrientes. Una cantidad lo suficientemente expresiva para dar una vida cómoda si el beneficiario supiera gobernarse a sí mismo. Bruno no sabía.

No perdió ni un solo segundo. Con el dinero quemándole en el bolsillo y la arrogancia inflada al máximo, compró una casa imponente de tres pisos en un barrio noble, un coche importado que brillaba obscenamente bajo el sol abrasador de Goiás, y una motocicleta de gran cilindrada que hacía temblar las ventanas del vecindario cuando pasaba acelerando sin necesidad.

Para Hellen, compró un coche económico modesto. No por cariño o consideración, sino para que ella pudiera "arreglárselas sola" sin "molestarlo" pidiendo que la llevara o usando su precioso tiempo.

A pesar de la cuenta bancaria momentáneamente llena, el comportamiento de Bruno seguía el mismo patrón narcisista, egoísta y completamente alucinado de siempre. Se veía a sí mismo como el centro gravitacional del universo, un hombre injusticiado por el destino que ahora recibía finalmente lo que "merecía por derecho de nacimiento".

Sin embargo, irónicamente, el dinero de la herencia no entraba en las cuentas básicas de la casa. Hellen continuaba pagando la luz, el agua, el gas y el supermercado con el sudor amargo de su propio trabajo mal pagado. Para Bruno, su herencia era "patrimonio sagrado e intocable", algo para ser gastado exclusivamente en su propia imagen fabricada y en sus vicios cada vez más caros y destructivos.

Él no era exactamente un hombre de mala índole en el sentido cruel y calculador de la palabra. Era, ante todo, un hombre completamente perdido en sí mismo, ahogado en narcisismo y dependencia química.

Las drogas cada vez más pesadas lo volvieron impotente sexualmente y errático mentalmente.

En sus raros momentos de algo que vagamente se parecía a la lucidez, incluso intentaba "proteger" a Hellen de ofensas externas provenientes de otras personas. Pero dentro de casa, la disminuía constantemente, tratándola como un ser inferior que no alcanzaba su supuesta "grandeza" imaginaria.

La violencia física directa nunca llegaba —los vicios le habían robado incluso la coordinación motora necesaria para agresiones consistentes —. Pero las amenazas verbales y los brotes de furia destructiva eran muy reales, como aquel día terrible en que, en un acceso de rabia paranoica provocada por la abstinencia, asestó un puñetazo brutal a la mesilla de noche de madera maciza, rompiendo completamente la base del mueble y dejando a Hellen en estado de sobresalto y miedo durante días.

La mentira que hiere

En una tarde particularmente calurosa de marzo de 2014, Francisca pasó por la casa nueva para recoger a su nieta. Beatrix, ahora con seis años cumplidos, ya no era una niña común en ningún aspecto medible.

Mientras otros niños de la misma edad jugaban a las muñecas, saltaban a la comba y se reían a carcajadas de tonterías, Beatrix era diferente. Rafael, su hermano, era solar, transparente como agua cristalina, incapaz de esconder ninguna emoción. Beatrix era un pozo de aguas estancadas, oscuras y profundas. Observaba el mundo con una frialdad analítica que nadie conseguía explicar de forma satisfactoria.

Al regresar de la "vueltecita" con su abuela unas horas después, Beatrix entró en la cocina donde estaba Hellen, intentando equilibrar desesperadamente las cuentas del mes en el cuaderno gastado, sintiendo el peso abrumador del cansancio acumulado. La niña se detuvo ante su madre con las manos cruzadas detrás de la espalda en una postura estudiada.

"— La abuela me llevó a donde estaba papá, mamá" —dijo Beatrix con una voz clara, pausada, completamente desprovista del tono dulce e inocente típico de la infancia.

Hellen dejó de escribir. Una mala sensación empezó a crecer en su estómago. "— ¿Dónde estaba él, Beatrix? Cuéntale a mamá".

"— En un bar de mala muerte muy feo, ese de Tião allá cerca del río" — la niña dio un paso calculado hacia adelante, fijando sus ojos oscuros y penetrantes en los de Hellen sin parpadear ni una sola vez—. "— Estaba muy borracho, mamá. Apenas podía mantenerse en pie".

Beatrix hizo una pausa dramática, saboreando el momento.

"— Había una mujer muy guapa, de pelo largo y vestido rojo ajustado, sentada en su regazo, mamá. Él la estaba abrazando muy fuerte y se reía a carcajadas, diciendo para que todos oyeran que ahora que tiene dinero en el banco puede tener a cualquier mujer guapa que quiera. Que ya no necesita conformarse con lo que tiene en casa".

La niña se acercó aún más, invadiendo el espacio personal de Hellen.

"— Me mandó avisarle que quiere la cena lista y caliente cuando llegue. Y dijo que si usted se queja del dinero o de cualquier cosa, va a perder la paciência definitivamente y va a hacer que usted se arrepienta de haber nacido". —Beatrix inclinó ligeramente la cabeza—. "— Creo que es muy bueno que usted haga la cena con esmero, mamá. Parecía realmente peligroso hoy. Sus ojos estaban extraños".

Hellen sintió una punzada aguda de desesperación y humillación atravesar su pecho como una cuchilla afilada. No era exactamente celos de una posible amante —el estado deplorable de Bruno y su impotencia causada por los excesos químicos hacían que aquella escena fuera improbable—. Pero era la humillación profunda de saber que él gastaba lo que tenían (o lo que ella creía que tenían) en lugares inmundos mientras ella luchaba sola por lo básico.

Lloró en silencio, las lágrimas cayendo sobre el cuaderno de cuentas, borrando los números escritos con bolígrafo barato, sintiéndose pequeña, desvalorizada, invisible.

La verdadera cara de la maldad

Lo que Hellen no sabía —lo que no podría imaginar ni en sus peores pesadillas— era que toda la escena descrita por Beatrix era una ficción meticulosamente elaborada. Una mentira perfectamente construida.

Bruno estaba, de hecho, en el bar sucio de Tião aquella tarde. Pero estaba completamente solo en su locura particular, rodeado solo por otros consumidores de drogas pesadas y borrachos crónicos que lo adulaban mecánicamente para conseguir una dosis gratis o un vaso de aguardiente barato pagado por él.

Bruno apenas conseguía mantenerse sentado en la silla de plástico rota, perdido en sus delirios paranoicos de grandeza. No había mujer alguna. No había regazo. No había abrazos. Ni siquiera tenía fuerzas físicas o capacidad para ello.

Toda la historia de la mujer guapa del vestido rojo, las amenazas directas y específicas, la burla cruel... todo eso fueron invenciones completas de Beatrix. La niña de seis años había creado aquella narrativa elaborada con una precisión quirúrgica calculada específicamente para torturar a su madre, para meter el dedo en la

herida más dolorosa, para humillar y destruir un poco más la autoestima ya destrozada de Hellen.

Mientras observaba a Hellen llorar bajito sobre las facturas de luz atrasadas, con los hombros temblando por sollozos silenciosos, Beatrix sintió algo crecer dentro de su pequeño pecho. No era remordimiento. No era culpa. Era una satisfacción profunda y perturbadora. Un placer sombrío al ver el dolor que ella misma había causado con nada más que palabras cuidadosamente elegidas.

Allí, en la penumbra creciente de la cocina en Cachoeiras do Cerrado, mientras el sol se ponia rojo afuera, quedaba dolorosamente claro que el pacto de Hellen había sido cobrado en la moneda más cruel posible.

El "ser de mala índole" prometido por la entidad sombría no era el narcisista y adicto Bruno, que era demasiado patético para ser verdaderamente maligno. Era la niña de seis años que, con una sonrisa imperceptible en sus labios finos, veía a su madre derrumbarse emocionalmente y se alimentaba —literalmente se nutría— de cada lágrima amarga que caía sobre la vieja mesa de formica agrietada.

El mal no necesita ser adulto. No necesita ser obvio. A veces, viene en forma de niño.

Capítulo 11: El veneno en el nido

El tiempo en Cachoeiras do Cerrado parecía tener una voluntad propia y cruel. Entre las cascadas exuberantes que atraían a turistas despreocupados los fines de semana y el polvo seco de las calles menos nobles donde la vida real ocurría, la familia de Hellen vivía el declive acelerado de un sueño que nunca fue suyo.

El año 2017 llegó trayendo el peso inevitable de la realidad: el dinero fácil de la herencia de Bruno estaba desapareciendo a una velocidad alarmante, evaporándose como agua en una placa caliente, quedando solo la arrogancia inflada de quien todavía se creía dueño del mundo.

Bruno había demostrado ser un maestro absoluto en quemar recursos financieros. La gran cantidad de dinero líquido que recibió de las cuentas bancarias de su padre biológico fue completamente liquidada en menos de tres años. Solo quedaba la parte teóricamente más valiosa: o 25% de las tierras productivas de la hacienda histórica en Carangá.

Pero Bruno no quería saber de gestión rural, de esperar ganancias anuales de cosechas, ni de lidiar con administradores o veterinarios. Quería su parte entera transformada en dinero en efectivo. Ahora. Inmediatamente.

"— ¡No quiero saber de esa porquería de herencia repartida! — gritaba él constantemente a los abogados caros que Francisca había contratado. — ¡Quiero que vendan esa mierda de hacienda entera! ¡Denme mi parte en efectivo y que mis 'medios hermanos' playboys se las arreglen con lo que sobre!"

Los tres hermanos legítimos, sin embargo, se mantenían firmes con determinación aristocrática. Querían mantener la hacienda que su padre había construido con tanto sudor y visión empresarial a lo largo de décadas. La pelea volvió al tribunal, iniciando otro ciclo interminable de procesos. Y el dinero de Bruno empezó a secarse rápidamente, absorbido por costos judiciales y, principalmente, por vicios cada vez más caros.

La Guardiana Silenciosa

En ese tiempo caótico, Hellen seguía siendo la única que mantenía los pies firmemente plantados en el suelo de la realidad brutal. Para pagar las cuentas básicas esenciales —luz, agua y el supermercado que Bruno se negaba categóricamente a pagar con "su dinero sagrado"— ella tuvo que vender el coche económico que él mismo le había comprado años antes.

Ahora, ella iba al trabajo agotador en una moto vieja, ruidosa y caprichosa, que frecuentemente la dejaba tirada en las subidas

empinadas de la ciudad, haciéndola llegar tarde y sudada, acumulando advertencias.

Su único alivio verdadero, su única ventana a un mundo diferente, era su celular sencillo. En las madrugadas de insomnio causadas por la preocupación y el miedo, cuando el silencio de la casa solo era roto por los ronquidos irregulares de Bruno, ella visitaba religiosamente el perfil de Léo Drummond en las redes sociales.

Leía todo lo que él escribía sobre política nacional, sobre sociedad, sobre filosofía y ética. A veces, reunía valor y comentaba algo breve y tímido en sus publicaciones. Léo siempre respondía con una atención gentil y respetuosa, tratándola como a una mujer inteligente y capaz, lo cual era el único alimento verdadero para su alma hambrienta y cansada.

Pero la conexión nunca pasaba de eso. Conversaciones públicas, respetuosas, a una distancia segura. Hellen tenía miedo de acercarse más, miedo de que Beatrix —que ahora a los 9 años parecía tener ojos y oídos en todos lados— descubriera y hiciera algo terrible con esa única cosa buena en su vida.

El Regreso del Padre Fugitivo

Como si el caos instalado no fuera suficiente, Diógenes —el padre de Hellen que había desaparecido en el Pantanal años antes para huir de la policía— reapareció en Cachoeiras do Cerrado como un fantasma del pasado que nadie había llamado de vuelta.

Llegó atraído por el olor del dinero del yerno, por las noticias que corrían por la ciudad pequeña sobre la herencia de Bruno. Trajo consigo a una mujer mucho más joven, casi de la edad de Hellen, de mirada vacía y sumisa, y la esperanza patética de beneficiarse a costa de los demás.

Al darse cuenta rápidamente de que Bruno ya se había gastado casi todo y que el resto estaba atrapado en batallas judiciales interminables, Diógenes intentó una jugada peligrosa y estúpida. Intentó establecerse como distribuidor de drogas en la ciudad, pensando que su "experiencia" en pequeñas estafas y su labia serían suficientes.

No duró ni una semana completa. Los traficantes antiguos y establecidos de la ciudad, que controlaban el mercado local con mano de hierro y violencia, no aceptaban aventureros "extranjeros" invadiendo su territorio. Diógenes fue obligado a huir bajo amenazas explícitas y muy reales de muerte.

Se retiró cobardemente y se instaló en la sala de la casa de Hellen como un parásito humano, comiendo de la poca comida que ella lograba

comprar, usando el agua y la luz que ella pagaba con sacrificio, sin contribuir con absolutamente nada más que quejas constantes.

El Regalo y la Ponzoña de Beatrix

Un domingo de sol abrasador de julio de 2017, la abuela Francisca apareció sin avisar, trayendo regalos caros en bolsas de tiendas de marca. Para Rafael, ahora un joven de 17 años —tímido, bondadoso y trabajador, que ya hacía trabajos temporales en un supermercado para ayudar a su madre— trajo una videoconsola moderna de última generación, completa con varios juegos.

Para Beatrix, de 9 años, trajo una muñeca cara importada, con ropa de verdad y pelo que se podía peinar.

La reacción de Beatrix fue instantánea y aterradora en su intensidad. No miró la muñeca cara en sus manos ni por un segundo. Sus ojos oscuros, fríos y calculadores, se clavaron inmediatamente en el aparato electrónico en las manos de su hermano.

La envidia brilló en sus pupilas dilatadas como un fuego verde y tóxico. No aceptaba, no toleraba, no soportaba que Rafael tuviera algo que pareciera "mejor", más caro o más deseable que lo suyo. La idea era intolerable, insoportable.

Francisca ni se dio cuenta. Ella nunca se daba cuenta de nada cuando se trataba de Beatrix. La niña era su "princesita perfecta", incapaz de cualquier imperfección.

La Acusación Monstruosa

Aquella noche, el silencio de la casa fue violentamente roto por un grito de horror proveniente del cuarto de Beatrix. Era un grito agudo, desesperado, ensayado a la perfección. Hellen y Constância corrieron inmediatamente hacia allá, con el corazón acelerado.

Encontraron a la niña con la muñeca cara completamente destruida — brazos arrancados, cabeza separada del cuerpo, ropa rasgada en pedazos— y su propia blusa rota a la altura del hombro, exponiendo la piel. Beatrix lloraba de forma convulsiva, con todo el cuerpo temblando.

"— ¡Fue Rafael! —sollozaba ella fuerte, señalando dramáticamente a su hermano que apareció confundido en la puerta, sin entender absolutamente nada. — ¡Entró aquí cuando yo me estaba cambiando de ropa! ¡Me vio sin blusa y... y... hizo cosas horribles conmigo! ¡Me tocó! ¡Me lastimó! —Las lágrimas corrían por su carita angelical. — ¡Y dijo que si yo le contaba a alguien, me iba a pegar mucho! ¡Que me iba a lastimar de nuevo! ¡Él es malo, mamá! ¡Muy malo!"

"— ¡¿Qué?! ¡Beatrix, qué locura es esa?! —tartamudeó Rafael, poniéndose instantáneamente pálido como el papel, perdiendo todo el color del rostro. — ¡Yo no hice nada! ¡Ni siquiera entré en tu cuarto! ¡Estuve en mi cuarto todo el tiempo jugando a la videoconsola! ¡Ni siquiera te vi esta noche!"

"— ¡Mentira! ¡Mentiroso! —gritaba Beatrix, con una actuación digna de premio cinematográfico. — ¡Él me lastimó, abuela! ¡Me lastimó de verdad! ¡Dolió mucho!"

La acusación cayó como una bomba nuclear sobre aquella casa ya destrozada. En un hogar ya completamente desestructurado, la mentira venenosa de Beatrix se extendió como fuego en pasto seco.

Bruno, que llegó tambaleándose a casa en ese exacto momento en uno de sus brotes de furia ciega inducida por la abstinencia y la paranoia química, oyó solo fragmentos de la historia y se lanzó sobre su hijo con violencia brutal.

Rafael lloraba desesperadamente, jurando inocencia con todas sus fuerzas, pero la familia entera —influenciada por el teatro perfecto de la niña, por el dramatismo de sus lágrimas— se volvió contra él como una manada.

"— ¡Yo no hice nada! ¡Por favor, crean en mí! ¡Yo nunca haría eso! ¡Ella es mi hermana! —rogaba Rafael, con las lágrimas de desesperación e injusticia corriendo libremente".

Hellen miró a su hija, buscando desesperadamente la verdad en sus ojos. Lo que vio la heló hasta la médula de los huesos. Por un breve segundo —solo una fracción de segundo que duró una eternidad— mientras todos gritaban simultáneamente a Rafael, Beatrix miró directamente a su madre.

No había lágrimas reales en sus ojos. La humedad era fabricada, superficial. Había solo un brillo inconfundible de victoria absoluta. De satisfacción profunda. De placer sádico.

La Risa de la Maldad Pura

Más tarde aquella noche terrible, escondida estratégicamente en la rendija oscura de la puerta, donde nadie podía verla, Beatrix observaba a Rafael sollozar solo en el patio trasero.

Él estaba sentado en el suelo de tierra, abrazando sus rodillas, con el cuerpo sacudiéndose por el llanto de quien ha sido profundamente injusticiado. Había sido expulsado de la convivencia familiar, prohibido de entrar en la sala o de hablar con la abuela que siempre lo había amado.

La videoconsola que debía ser su alegría estaba allí, abandonada sobre una silla, sin dueño, intacta.

Beatrix observó el sufrimiento de su hermano por largos minutos, saboreando cada segundo. Entonces, cuando estuvo absolutamente segura de que nadie más miraba, soltó una risita baja, seca y gutural.

Una risa de pura maldad concentrada. Una risa que no pertenecía a una niña de nueve años. Una risa que venía de algún lugar mucho más profundo y oscuro.

Había conseguido exactamente lo que quería. Rafael estaba destruido emocionalmente, aislado, sufriendo. Y la videoconsola cara ahora estaba allí, disponible, lista para ser usada por ella cuando todos estuvieran durmiendo y nadie estuviera vigilando.

El pacto de Hellen estaba mostrando su cara más terrible e inevitable. Beatrix no necesitaba armas físicas o violencia directa para destruir completamente a una familia.

Solo necesitaba su propia mala índole, su lengua afilada, y la capacidad aterradora de manipular emociones ajenas como un maestro titiritero manipula marionetas indefensas.

El mal estaba creciendo. Y todavía era solo el comienzo.

Capítulo 12: La amenaza y el portón cerrado

El ambiente en la casa de Cachoeiras do Cerrado estava cada vez más pesado, cargado, sofocante. Incluso viviendo en una casa propia relativamente grande que Bruno había comprado con el dinero inicial de la herencia, no había alegría, paz o armonía allí dentro. Era solo un techo caro cubriendo un infierno doméstico.

Bruno continuaba creyéndose lo máximo, el rey destronado injustamente, pero no ponía ni un solo centavo para las necesidades básicas. Hellen continuaba trabajando hasta el agotamiento para pagar la luz, el agua, el gas y la comida de todos, mientras veía a su marido gastar lo que quedaba de la herencia en tonterías inútiles y vicios progresivamente más destructivos.

La confusión que lo cambiaría todo estalló en una tarde particularmente tensa de agosto. Diógenes estaba tirado en el sofá de la sala, completamente a sus anchas, holgazán y sinvergüenza, junto con la mujer mucho más joven que había traído del Pantanal. Los dos actuaban como si fueran dueños de todo, usando las cosas de la casa sin pedir permiso, comiendo la comida que Hellen compraba, dejando suciedad por todos lados.

Constância, que ahora tenía 61 años y todavía se recuperaba de los sustos de salud pasados (aunque el cáncer estaba en remisión completa gracias al "milagro"), no aguantó más ver aquella explotación descarada.

Cuando vio a la mujer de Diógenes hurgando sin permiso en sus ollas estimadas y usando sus cosas personales en la cocina como si fueran suyas, algo en ella estalló. Soltó lo que tenía guardado hace semanas.

"— ¡Diógenes, esto aquí no es un desorden! — dijo Constância, con la voz temblando de indignación contenida. — ¡Mi hija se mata trabajando, sale de casa antes de que salga el sol y vuelve cuando está oscuro, para comprar esta comida que ustedes dos se están comiendo sin ninguna vergüenza en la cara! ¡Ten al menos un mínimo de decencia! ¡Y no traigas gente de fuera para vivir aquí de esa manera descarada!"

Diógenes dio un salto del sofá como si hubiera recibido una descarga eléctrica, con los ojos inyectados de rabia instantánea. Nunca le gustó que le reclamaran, lo confrontaran o le recordaran sus responsabilidades. Se fue contra Constância con agresividad explícita y se detuvo con el dedo sucio apuntado directamente al rostro de ella, casi tocando su nariz.

"— ¡Cállate la boca, vieja maldita y chismosa! — gritó él, con un tono amenazante que hizo que Constância retrocediera asustada. — ¡Si hablas una sola palabra más sobre esta joven de aquí, juro por Dios que

te mato! ¡Acabo con tu vida aquí mismo, en esta sala, y no quiero ni saber de las consecuencias! ¡No me provoques, no pongas a prueba mi paciencia, si no la sangre correrá en este suelo y será culpa tuya!"

El desprecio de Bruno

Hellen llegó del trabajo completamente agotada, con el cuerpo doliendo de tanto estar de pie, los pies hinchados dentro de los zapatos baratos. Encontró a su madre llorando descontroladamente en el cuarto oscuro, escondida, muriendo de miedo de realmente morir.

Cuando supo que su propio padre había amenazado explícitamente de muerte a su madre —la mujer que había sobrevivido a un cáncer terminal contra todas las probabilidades— Hellen sintió la sangre subir caliente por su cuello, la rabia hirviendo.

Fue directo a la sala, donde Bruno estaba sentado en el sofá caro, mirando a la nada con los ojos vidriosos, probablemente calculando mentalmente cuánto quedaba aún de la herencia y pensando obsesivamente en la fortuna de la hacienda de Carangá que aún no había salido.

"— ¡Bruno, tienes que hacer algo ahora! — pidió Hellen, y había desesperación real en su voz. — ¡Mi padre acaba de decir que va a matar a mi madre aquí dentro de esta casa! ¡Lo dijo en su cara, con todas las letras! Tú siempre dices que eres valiente, que eres cinta negra, que eres maestro de lucha... ¡no puedes dejar que él haga eso! ¡Tienes que protegernos!"

Bruno ni se movió del sofá. Ni giró la cabeza en dirección a ella. Solo se encogió de hombros con completa indiferencia, sin importarle mínimamente nadie.

"— El padre problemático es tuyo, Hellen. No mío — dijo él, con un modo seco y cruel. — Tú resuelve esa confusión familiar. Yo no me voy a meter en peleas de gente pobre y desajustada. Tengo cosas mucho más importantes de las que ocuparme ahora, como seguir el proceso de la hacienda en Carangá y el dinero que vendrá. Arréglatelas tú".

Hellen sintió un vacío inmenso abrirse en su pecho. Bruno, que se decía el "dueño de la casa" y el "hombre de la familia", no servía para proteger ni siquiera a quienes vivían bajo su techo caro. Se dio cuenta con claridad dolorosa de que, en aquella casa grande y vacía, estaba completamente sola. Siempre lo había estado.

El ajuste de cuentas

Hellen respiró hondo, se tragó el llanto de frustración e impotencia, y se giró hacia Diógenes con una determinación que no sabía que aún

poseía. Estaba cansada. Cansada de cargar con Bruno. Cansada de ser pisoteada. Cansada de tener miedo dentro de su propia casa.

"— Padre, se acabó — dijo ella, con voz firme y sorprendentemente tranquila. — Quiero que tú y esa mujer se vayan de mi casa. Ahora. Inmediatamente".

Diógenes soltó una risotada burlona, mostrando sus dientes amarillentos. "— ¿Tu casa? ¡Qué broma! ¡Bruno dijo que la casa es suya, está a su nombre! ¡Yo no me voy de aquí!"

"— Bruno compró la casa con su dinero, eso es verdad — asintió Hellen, dando un paso al frente. — Pero soy yo quien paga cada mes la comida que te metes por la garganta sin vergüenza, la luz que usas para ver televisión todo el día, el agua que gastas en tus baños largos. Si en cinco minutos tú y esa mujer no están fuera de ese portón, voy a llamar a la policía".

"— ¿A la policía? — rió él de nuevo, pero había nerviosismo en su voz".

"— Voy a decir que invadiste aquí ilegalmente y que estás amenazando de muerte a mi madre — continuó Hellen, tomando el celular y comenzando a marcar demostrativamente. — Y sabes muy bien, padre, que los traficantes de la ciudad están tras de ti por aquel intento ridículo de entrar en su mercado. Si la policía aparece aquí y empieza a hacer preguntas, si tu nombre aparece en el sistema, van a descubrir exactamente dónde estás. Y entonces... bueno, entonces el problema ya no será conmigo".

El rostro de Diógenes se puso pálido instantáneamente. Sabía que Hellen no estaba bromeando. Y sabía que debía favores y respeto a personas muy peligrosas que no perdonaban ni olvidaban.

Empezó a insultar en voz alta, a maldecir, tomó su mochila vieja de cualquier manera y salió arrastrando a la mujer asustada por el brazo.

Cuando pasó por el portón de hierro, se detuvo y gritó una última vez, lleno de veneno: "— ¡Eres una hija mala e ingrata, Hellen! ¡Una hija del demonio! ¡Vas a pagar caro por esto! ¡Muy caro!"

La risa helada de la niña

Hellen cerró el portão con las manos temblando por la adrenalina y apoyó la cabeza en el hierro frío y oxidado, intentando que su corazón dejara de latir tan fuerte y rápido. El silencio volvió a la casa, pero no era un silencio bueno o reconfortante.

Miró hacia un lado y sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Beatrix, ahora con 9 años, estaba parada completamente inmóvil en el pasillo interno, observando todo a través de la ventana de vidrio. La niña había visto cada segundo del enfrentamiento sin parpadear una

sola vez, sin demostrar miedo por la pelea o pena por la abuela amenazada.

Tenía esa sonrisinha extraña y perturbadora en la comisura fina de la boca.

"— Fuiste muy firme, mamá — dijo Beatrix, con esa voz fría y calculadora que helaba la sangre. — Muy bien de verdad. Ahora hay menos gente estorbándonos aquí dentro. Menos bocas que alimentar. Más espacio para respirar".

Hellen sintió un escalofrío profundo e inexplicable. Acababa de expulsar a su padre abusador y amenazador para proteger a su madre y su casa. Había hecho lo correcto, lo necesario.

Pero sentía, con una certeza irracional y aterrorizante, que el verdadero peligro, la verdadera amenaza real, aún vivía allí dentro de aquella casa.

Mirándola todos los días con ojos de niña. Pero con un corazón que no tenía bondad, empatía o amor. Solo cálculo. Manipulación. Maldad pura esperando pacientemente el momento adecuado para atacar.

Capítulo 13: El silencio de las sombras

Después de la pelea fea, Diógenes no esperó más. Vio que Hellen hablaba en serio sobre la policía e que ya no había espacio para él allí. Con una bolsa vieja en la mano y la mujer más joven esperando afuera, se detuvo en el portón y miró hacia atrás con una mirada llena de amargura.

— "Ya que ustedes lo quieren así, está bien," — dijo Diógenes, con la voz cargada de rabia. — "Voy a desaparecer. Hagan de cuenta que morí. Olviden que existo, porque yo voy a hacer lo mismo con ustedes. No me busquen ni para saber si estoy vivo."

Cerró el portón con fuerza, y el ruido pareció un disparo en medio de la tarde. Hellen sintió un alivio mezclado con una tristeza que no sabía explicar, mientras su madre, Constância, solo miraba al suelo, sintiendo el peso de otro final.

El rincón de Rafael

Dentro de casa, las cosas quedaron diferentes. Rafael, ahora con 17 años, ya no era aquel chico alegre de antes. Después de aquella mentira terrible que Beatrix contó sobre él, el joven se encerró en un mundo solo suyo. Pasaba el día casi todo el tiempo encerrado en su cuarto.

Rafael iba a la escuela y traía notas muy buenas, de las mejores de la clase, pero no hablaba sobre eso. Llegaba a casa, entraba al cuarto e solo salía para comer lo básico. Casi no hablaba con Hellen y mucho menos con su padre.

Lo que más llamaba la atención era que Rafael ni siquiera miraba a su hermana. Si Beatrix entraba en la sala, él salía en el acto. No quería conversación, no quería pelea; trataba a la niña como si fuera invisible o un peligro que prefería mantener lejos.

Beatrix notaba ese desprecio de su hermano y, en vez de ponerse mal, ponía esa sonrisita de lado que tenía. Sabía que había logrado alejar a su hermano de todo el mundo.

El dinero que se acabó

Mientras tanto, la vida de Bruno era un desastre. Todo aquel dinero que recibió de la cuenta de su padre murió rapidito. Lo gastó en todo lo que no servía, y ahora la cuenta estaba en cero. Todavía tenía la casa y el coche de lujo en el garaje, pero no tenía ni un real para poner gasolina o para comprar las drogas que su cabeza pedía todo el día.

Sin salida, tuvo que tragarse el orgullo e ir tras su madre, la señora Francisca. Bruno llegó a su casa con la cara deshecha y las manos

temblando de ansiedad. Necesitaba dinero para mantener sus vicios.

— "Mamá, ayúdame..." — comenzó él, intentando ponerse en plan de pobrecito. — "La justicia está tardando para vender la hacienda, y no tengo nada para pasar el mes."

Francisca miró a su hijo con un asco que no escondía de nadie. Ella ahora se sentía la dueña del mundo con el dinero que controlaba.

— "Mírate nada más, Bruno," — dijo Francisca, hablando alto para quien quisiera oír. — "Eres un trapo humano. Un drogadicto, un borracho que tiró todo lo que tu padre dejó a la basura. ¿No te da vergüenza venir aquí a pedirme dinero después de quemar una fortuna con vagancia y porquerías?"

Bruno oía todo con la cabeza baja. Aguantaba cualquier humillación para conseguir lo que quería. Francisca lo llamó inútil y fracasado por un buen rato, descargando toda su rabia. Pero, al final, como siempre hacía para mantener a su hijo dependiente de ella, abrió su bolsa y tiró unos billetes en la mesa.

— "Toma. Pero mira que no te lo gastes todo en droga, si es que puedes," — dijo ella, con desprecio.

Bruno agarró el dinero rápido y salió de allí sin siquiera agradecer. No iba a llevar aquel dinero para ayudar a Hellen com las cuentas de luz o con el supermercado que se estaba quedando vacío. Fue directo a encontrar a sus "contactos" para garantizar la juerga de aquella noche.

Hellen veía todo eso y sentía que el corazón se le apretaba. Miraba a Rafael encerrado en su cuarto, a Bruno perdido en sus vicios y a la pequeña Beatrix, de 9 años, que se quedaba allí en el rincón de la sala, mirando a todos con una mirada que no era de niña.

Beatrix veía la debilidad de su padre, el silencio de su hermano y el cansancio de su madre. Y, en medio de todo aquello, parecía ser la única que estaba exactamente donde quería estar.

Capítulo 14: El filo de la navaja y el plazo final

Los años pasaron por Cachoeiras do Cerrado como un río que corre silencioso, pero lleva mucha suciedad en el fondo. La casa de Hellen ahora vivía bajo el signo de la espera. Bruno, cada vez más perdido entre la barra del bar y los círculos de humo, solo hablaba de una cosa: la hacienda de Carangá.

Para él, la riqueza estaba a la vuelta de la esquina, en la próxima curva del tribunal, y eso era excusa para no mover un dedo en casa. Rafael, ahora un hombre hecho y derecho, se convirtió en lo opuesto a su padre. Callado y trabajador, buscaba cada oportunidad de mejora en el supermercado donde trabajaba. Él era la sombra que traía el pan, mientras Bruno era el viento que gastaba lo que no tenía.

Constância, firme en su fe, seguía rigurosa con su seguimiento médico; el cáncer estaba curado, pero su alma vivía en alerta, especialmente cuando miraba a su nieta. Beatrix, a los 12 años, ya no tenía cara de niña. Su cuerpo empezaba a florecer, ganando rasgos de mujer que aprendía a usar incluso antes de entender completamente qué significaban.

Y esos rasgos no pasaron desapercibidos para Carlos, el director de la escuela, un hombre de mediana edad que escondía, detrás de su postura de autoridad, un gusto enfermizo por las niñas que apenas habían dejado la infancia.

La telaraña

Todo comenzó con una pelea en la fila de la merienda. Beatrix tuvo un altercado con tres compañeras. El motivo era tonto —un lugar en la fila —, pero el lío terminó en la dirección. Carlos, el director, mandó a las otras a esperar afuera y llamó a Beatrix primero.

Dentro de la oficina sofocante, el olor a papel viejo se mezclaba con el perfume fuerte de Carlos. Beatrix entró despacio. Con un movimiento calculado, se inclinó sobre la mesa del director, con los ojos empañados por lágrimas que fabricaba a la perfección.

— "Ellas me odian, señor Carlos" —susurró con voz suave. — "Me hacen bullying todo el tiempo. Dicen que soy pobre, que mi ropa es vieja... solo porque saco las mejores notas de la clase. Me acorralaron y dijeron que iban a acabar conmigo a la salida."

Carlos no escuchaba los hechos. Miraba las manos de Beatrix apoyadas en la madera, el brillo de sus ojos.

— "No te preocupes, Beatrix" —dijo él, con la voz volviéndose más grave. — "Voy a tomar medidas severas. Nadie te toca en esta escuela."

Beatrix se secó una lágrima con la punta del dedo y lo miró fijamente, una mirada que mezclaba inocencia con algo mucho más sombrío.

— "Si usted hace eso por mí... si usted me protege... le voy a dar un regalo. Un regalo que usted nunca más olvidará."

Carlos sintió la sangre latir en sus sienes. Mandó salir a Beatrix y llamó a las otras tres. Ellas intentaron explicar: dijeron que Beatrix intentó colarse en la fila y que, cuando se quejaron, las amenazó diciendo que haría "magia" contra ellas usando rituales de matriz africana.

Carlos soltó una carcajada de burla.

— "¡Qué absurdo! Beatrix es una niña ejemplar. Esas religiones no hacen ese tipo de cosas, eso es leyenda de gente ignorante. ¡Ustedes están mintiendo para ocultar el bullying que practican!"

Lo que Carlos no sabía era que Beatrix había dicho exactamente aquello para asustar a las niñas. Pero tenía otra carta bajo la manga: sabía que una de ellas, hija de un concejal influyente, había recibido un coche de su padre y conducía hasta la escuela aunque solo tenía 12 años.

Beatrix advirtió a la niña: "Si tu padre no se pone de mi lado, el video tuyo conduciendo va a terminar en la televisión".

El resultado fue rápido: Carlos expulsó a dos de las niñas y le dio una advertencia a la hija del concejal, quien aceptó callada por miedo al escándalo de su padre.

El regalo de acero

Días después, al final de la jornada, Carlos llamó a Beatrix a la dirección nuevamente. Cerró la puerta con llave. Su corazón latía acelerado.

— "Hice lo que prometí, Beatrix. Limpié tu camino. Ahora... he venido a buscar mi regalo."

Se acercó a ella, estirando la mano para tocar el rostro de la niña.

En un movimiento que Carlos no pudo seguir, Beatrix sacó una navaja de dentro de la manga de su blusa y apoyó el filo frío del acero justo en la yugular del director.

Carlos se paralizó. El sudor frío brotó instantáneamente en su frente.

— "¿Qué es esto, niña? ¿Te volviste loca?"

— "Mira esa mochila allá en el rincón, viejo asqueroso" —dijo Beatrix con voz helada, con los ojos fijos en los de él sin parpadear. — "¿Ves esa lucecita roja? Estoy filmando todo. Desde el momento en que cerraste esta puerta y viniste hacia mí."

Carlos intentó balbucear algo, pero la navaja presionó un poco más la piel de su cuello.

— "Ahora escucha bien, cerdo. Si no quieres que este video termine en el Consejo Tutelar, en la policía y en la boca de todo el mundo en

Cachoeiras, me vas a soltar ahora. Y vas a garantizar que nunca más saque una nota baja en esta escuela. Nunca más me toques ni me mires de esa manera."

— "No tienes pruebas... el sonido..." —tartamudeó él.

— "Tengo la imagen, pedazo de mierda. Y para la gente allá afuera, la imagen de un director encima de una alumna de 12 años vale más que cualquier palabra tuya. ¿A quién crees que le van a creer?"

Lo soltó con un empujón lleno de desprecio. Carlos cayó sentado en la silla, temblando.

Poco después, las clases se suspendieron debido a la pandemia. En casa, Beatrix envió un mensaje al celular particular de Carlos: "Necesito una buena computadora para las clases online. La mía es vieja y lenta. Resuélvelo".

Veinte minutos después, un mensajero se detuvo en la puerta de Hellen con una laptop de última generación, sellada en su caja.

El deseo prohibido de Hellen

Mientras su hija tejía sus redes de maldad, Hellen vivia el cansancio de una vida sin afecto. En el trabajo, apenas tenía tiempo de respirar, hasta que Eduardo, un compañero de servicio, comenzó a hablar con ella con más frecuencia.

Eduardo era lo oposto a Bruno: hablaba bajo, sonreía con los ojos y parecía ver realmente a Hellen.

— "Estás especialmente guapa hoy, Hellen" —dijo Eduardo, acercándose mientras ella organizaba unos estantes. — "Ese brillo en tu mirada... es nuevo."

Hellen soltó una risita nerviosa, sintiendo que su rostro se calentaba.

— "Para con eso, Eduardo. Estoy muerta de cansancio. Este calor de Goiás acaba con uno."

Pero Eduardo no retrocedió. Dio un paso hacia el espacio personal de ella, un territorio que Bruno no visitaba desde hacía años.

— "A veces el cansancio es solo falta de un cariño de verdad."

Antes de que Hellen pudiera protestar, Eduardo la sujetó por la cintura y la besó. Fue un beso tranquilo, pero que cargaba un hambre que Hellen había olvidado que existía.

Por unos segundos, ella se dejó llevar, sintiendo su corazón acelerarse y su cuerpo responder al toque. Pero pronto la realidad la golpeó. Lo empujó, jadeante.

— "¿Estás loco? ¡Soy casada, Eduardo!"

Eduardo la miró con una pizca de lástima.

— "Casada y sola, Hellen. Todo el mundo ve que cargas el mundo a cuestas y no recibes nada a cambio."

— "¡No repitas eso! ¡Nunca más!" —dijo ella, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Hellen tomó sus cosas y se fue, pero el camino a casa parecía más largo que nunca. El toque de Eduardo ardía en su piel, y el peso de la vida que llevaba con Bruno parecía, por primera vez, insoportable.

Entró en casa en silencio, sin saber que su hija estaba en la sala, probando la computadora nueva con una sonrisa victoriosa en el rostro, y que su marido estaba, como siempre, perdido en algún delirio de grandeza que nunca llegaría.

Capítulo 15: El sabor amargo de las cenizas

La pandemia de 2020 llegó a Cachoeiras do Cerrado como un silencio aterrador. Las calles turísticas, antes llenas de gente, quedaron desiertas. Los hoteles cerraron, el comercio se detuvo y, para Hellen, el mundo se derrumbó definitivamente. Fue despedida de su empleo; con el movimiento limitado, la empresa no tenía cómo mantenerla.

El dinero, que ya era poco, desapareció. Rafael continuaba firme en el supermercado, pero lo que ganaba apenas alcanzaba para lo básico. En medio de esa confusión, la vida seguía su rumbo torcido: Beatrix, ahora con 13 años, comenzó a salir con Luciano, un joven de 16. Rafael, por su parte, encontró un poco de paz en los brazos de una joven llamada Rafaela; eran la pareja "casi homónima", un consuelo en medio de tanto caos.

Para no dejar que la familia pasara hambre, Hellen comenzó a hacer pasteles por encargo. El olor a masa horneándose era la única cosa buena en aquella casa. Para entregar los pedidos, dependía de su moto vieja, que se ahogaba en cada subida y parecía que se iba a desarmar en cualquier momento, pero era lo que tenía.

El sabor amargo de las cenizas

Era un final de tarde nublado. Hellen había pasado el día junto al fogón, con el calor del horno castigando su rostro. Se subió a la moto y fue a entregar el último pastel del día. Recibió el dinero —algunos billetes arrugados que, para ella, valían oro. Era el dinero del recibo de la luz, que ya estaba con el aviso de corte sobre la mesa.

Cuando estacionó la moto en el patio y entró en la casa, sintió el olor a bebida y el agrio del cigarrillo. Bruno estaba en la sala, con los ojos rojos y ese aspecto de quien no está en este mundo.

— Llegó la gallina de los huevos de oro —dijo Bruno, con voz arrastrada, levantándose con dificultad del sofá. — Pasa para acá lo que ganaste hoy, Hellen. Necesito un adelanto.

Hellen apretó su pequeño bolso contra el pecho.

— No, Bruno. Ese dinero es de la luz. Ya avisaron que la van a cortar. Si la cortan, ¿cómo voy a hornear los pasteles? ¿Cómo vamos a comer?

Bruno dio un paso al frente, con la cara cerrada en un odio feo.

— ¡No me interesa la luz! Yo quiero el dinero. ¿Me lo estás escondiendo? ¡Yo soy el dueño de esta casa! ¡Dame eso ahora!

— ¡No te lo voy a dar! —gritó Hellen, intentando esquivarlo. — ¡Piensa en tus hijos, Bruno! ¡Piensa en tu suegra!

Pero Bruno no pensaba en nadie más que en su propio vicio. Avanzó sobre ella con fuerza bruta. No llegó a golpearla, pero la empujó contra la pared y le arrebató el bolso de las manos con violencia. Sacó los billetes y tiró el bolso vacío al suelo, con desprecio.

— Listo. Ahora vas a aprender a no desafiarme —gruñó.

Hellen se quedó caída, sollozando, pero lo peor aún estaba por venir. Bruno caminó hacia la cocina. Hellen se levantó a toda prisa, presintiendo la maldad.

— ¡Bruno, no! ¿Qué vas a hacer?

Él no respondió. Con una mirada de pura burla, comenzó el trabajo. Tomó la batidora —que Hellen había comprado con tanto sacrificio— y la tiró al suelo con toda su fuerza. El plástico estalló. Después, tomó los cuencos de vidrio, los moldes de pastel, las espátulas. Uno por uno, fue rompiendo todo contra el fregadero y el suelo. El ruido del vidrio rompiéndose parecía el sonido del corazón de Hellen partiéndose.

— Ahora está listo —dito Bruno, mirando el destrozo. — Ya que quieres ser la "jefa" y esconderme dinero, ahora no tienes herramientas. Vas a aprender a ser sumisa por las buenas o por las malas. Mañana te las arreglas, ya que eres tan lista.

Salió dando un portazo, yendo al bar a gastar el dinero de la luz, dejando atrás un rastro de destrucción.

Hellen cayó de rodillas en medio de los trozos. El silencio de la casa solo fue roto por el llanto bajito de Constância, que presenciaba todo desde la puerta del cuarto, sin poder hacer nada.

La mirada de Beatrix

En el rincón del pasillo, Beatrix observaba la escena. No corrió a abrazar a su madre. No sintió rabia hacia su padre. Miró los moldes de pastel abollados y la batidora rota. Después, miró a Hellen caída en el suelo.

Beatrix dio un paso atrás y volvió a su cuarto, donde Luciano la esperaba por mensajes en la computadora nueva. En el rostro de la niña, no había tristeza. Solo estaba ese pensamiento frío de quien ya estaba calculando cómo usaría esa nueva desgracia para conseguir lo que quería.

Hellen, con las manos sangrando por haber intentado recoger un trozo de vidrio, se dio cuenta de que la oscuridad de la pandemia era poca comparada con la oscuridad que se apoderaba de su propia familia.

Capítulo 16: El brindis y el presagio

La noche en que Bruno destruyó los sueños de Hellen no terminó con el ruido de los trozos de vidrio. Terminó en un silencio hueco, roto apenas por el llanto ahogado de Constância. Hellen, con los dedos cortados y el corazón en pedazos, se sentó en el suelo de la cocina y tomó el celular. En el brillo frío de la pantalla, buscó una salida para el grito que no podía soltar.

Escribió solo tres palabras en la red social: "Fondo del pozo."

Los "me gusta" comenzaron a aparecer. Personas distantes preguntaban "¿Qué pasó?", "¡Fuerza, amiga!". En medio de tantas notificaciones, una silueta conocida observaba todo de lejos. Léo Drummond vio el mensaje. Sintió el impulso de escribir, de preguntar si ella necesitaba algo, pero contuvo los dedos. Léo conocía el peso del silencio y sabía que, en aquel momento, Hellen no necesitaba curiosidad, sino aire. Él solo guardó el nombre de ella en el pensamiento, dándose cuenta de que la tormenta en la vida de aquella mujer había llegado al límite.

El recomienzo entre sábanas y llaves

Al día siguiente, Hellen no se permitió quedarse en el suelo. El aviso de corte de luz continuaba sobre la mesa. Mientras navegaba sin rumbo por la red social, con los ojos hinchados, vio un anuncio simple:

"Se necesita gerente para posada".

Se arregló como pudo, escondiendo el cansancio bajo una capa de polvo y coraje, y fue hasta la dirección. La posada era un lugar tranquilo, un poco alejado del bullicio turístico de Cachoeiras do Cerrado. Allí, encontró a los propietarios: el Sr. Ruppert, un hombre de 75 años con el rostro marcado por el sol, y su esposa, Doña Diná, de 70 años.

— "El trabajo aquí es pesado, mi hija" —dijo Diná, acomodándose las gafas. — "Necesitamos a alguien que haga de todo. Desde cuidar el dinero y las reservas hasta arreglar los cuartos y limpiar lo que el huésped deja atrás."

— "El dinero es poco" —completó el Sr. Ruppert, con sinceridad. — "La pandemia nos maltrató, y el movimiento está volviendo despacio."

Hellen no dudó. No veía un empleo, veía un bote salvavidas.

— "Acepto. Lo poco que ustedes paguen, viniendo con la certeza del final de mes, es todo lo que necesito ahora."

La partida de Rafael

Mientras Hellen intentaba reconstruir su dignidad en la posada, Rafael llegaba a casa del supermercado. Cuando entró en la cocina y vio los trozos de la batidora y de los moldes de pastel en la basura, sus ojos brillaron con un odio que venía guardando hace mucho tiempo.

No habló con su padre, que dormía un sueño pesado en el sofá, ni miró a Beatrix. Rafael fue directo al cuarto de Hellen.

— "Mamá, tengo una noticia. Fui promovido en el mercado."

Hellen sintió un destello de alegría.

— "¡Qué cosa buena, mi hijo! Te mereces tanto."

— "Pero hay un detalle" —continuó Rafael, con la voz firme de un hombre que tomó una decisión. — "Voy a tener que ser transferido a la ciudad vecina. Necesitan un subgerente allá. Ya conversé con Rafaela, y decidimos: vamos a vivir juntos. Me voy de Cachoeiras, mamá."

Hellen sintió un nudo en la garganta, pero lo que predominó fue el alivio. Rafael ya no soportaba más a su padre, que frecuentemente lo atacaba con insultos y agresiones verbales. Además, desde el día en que Beatrix mintió sobre él, el joven vivía en un exilio dentro de la propia casa. No le dirigía la palabra a su hermana desde hacía años.

— "Ve, mi hijo" —dijo Hellen, abrazándolo con fuerza. — "Ve a vivir tu vida. Aquí solo hay tristeza, y me quedo más tranquila sabiendo que no vas a tener que encarar a tu padre y esta situación todo el día."

La sonrisa escondida de Beatrix

La salida de Rafael significaba una preocupación menos para Hellen, pero dejaba la casa aún más a merced de las voluntades de Beatrix. A los 13 años, la niña veía la partida de su hermano como una victoria final. Ahora tenía el cuarto solo para ella y un par de ojos menos para vigilar sus maldades.

Beatrix acompañó la conversación desde la puerta. Sabía que a Luciano, su novio de 16 años, le gustaría la noticia de que la casa estaría más vacía. Mientras Rafael arreglaba sus pocas maletas, Beatrix volvió a la computadora que el director Carlos le había dado. No se despidió de su hermano.

Hellen, ahora trabajando en la posada de los Ruppert, sentía que el destino estaba moviendo las piezas. Rafael estaba a salvo. Ella tenía un salario garantizado. Pero Bruno continuaba allí, como un ancla tirando todo hacia el fondo, y Beatrix... Beatrix estaba creciendo, convirtiéndose en una mujer con el corazón cada vez más frío, observando a su madre retomar la vida con una mirada que prometía que nada quedaría en paz por mucho tiempo.

Capítulo 17: El peso del ayer y el techo del mañana

Los meses fueron pasando en Cachoeiras do Cerrado, y la rutina en la casa de Hellen ganó un nuevo ritmo, aunque fuera un ritmo de cuerda floja. Como ella pasaba todo el día en la posada de los Ruppert, casi no se cruzaba con Bruno. Bruno, sumergido en sus vicios, comenzó a notar que la vida estaba "demasiado fácil". La luz no era cortada, el agua continuaba saliendo del grifo y, todos los días, Constância ponía un plato de comida en la mesa.

Él creía que era un milagro o que la justicia finalmente estaba liberando algunas monedas de la hacienda, pero en el fondo, su mente desconfiada trabajaba todo el tiempo. Beatrix, ahora con trece años, vivía en la casa de su novio, Luciano. Aquella ausencia de la hija traía un descanso para Hellen; era un par de ojos malos menos vigilando sus pasos y una voz menos destilando veneno en los oídos de la abuela.

El filo de la navaja

Mientras el cuerpo de Hellen dolía de tanto cambiar sábanas y limpiar cuartos en la posada, su mente buscaba refugio en las conversaciones por mensaje. Después de aquella publicación sobre el "fondo del pozo", apareció Fernando, un amigo de la infancia de los tiempos en que ella vivía en São Paulo.

— "Hellen, ¿qué está pasando contigo?" —preguntó Fernando en privado. — "Aquella niña alegre que conocí no escribiría algo así."

Hellen sintió una barrera caer. Por primera vez en años, abrió su corazón a alguien que no tenía nada que ver con el lodo de Cachoeiras do Cerrado. Le contó sobre los vicios de Bruno, la agresividad, el cansancio de cargar todo sola y las ganas inmensas de desaparecer.

— "Necesitas separarte, Hellen" —decía Fernando. — "Nadie merece vivir de esa manera. Eres joven, trabajadora. No dejes que ese hombre te hunda junto con él."

Hellen leía aquellas palabras y el corazón se le aceleraba. Pero, justo después, venía el recuerdo del hospital en 2007. El sueño con aquella figura de humo, el trato que ella aceptó para salvar a su madre: "Yo seré su guardiana... acepto la carga." Ella sentía que, si dejaba a Bruno, la salud de Constância podría desaparecer en un chasquido de dedos.

Fernando también tenía sus dolores. Contó que su matrimonio en São Paulo era solo tristeza, una unión sin amor que solo traía soledad.

— "Necesito verte, Hellen. Voy a tomarme unos días e ir a Goiás. Quiero mirarte a los ojos y ayudarte a encontrar una salida."

Aquella promesa trajo un brillo a los ojos de Hellen que ella ni recordaba que existía. Pero el brillo duró poco.

El cerco de Bruno

Aquella noche, Hellen estaba en la cocina, guardando las cosas, cuando sintió una mano pesada apretar su brazo con fuerza. Era Bruno. El olor a aguardiente y la mirada vidriosa de quien acababa de usar droga delataban su estado.

— "¿De dónde está viniendo ese dinero, Hellen?" —siseó él, jalándola cerca. — "La luz pagada, comida todos los días... No soy tonto. ¿Conseguiste un amante rico para mantenerte? ¿O será que estás haciendo programas en esas posadas de turistas?"

Hellen intentó soltar el brazo, pero él apretó aún más, haciéndola dar un gemido de dolor.

— "¡Suéltame, Bruno! Sabes muy bien que yo trabajo. Mientras tú te quedas ahí durmiendo hasta el mediodía y esperando una herencia que tal vez nunca llegue, yo estoy limpiando pisos de hotel."

Bruno dio una sonrisa torcida, una sonrisa de quien se cree el dueño de la verdad.

— "Trabajando, ¿eh? Ya sé. ¿Lavando cuartos o acostándote en ellos?"

Él acercó su rostro al de ella, el aliento caliente y agrio golpeando la piel de Hellen. El tono de voz bajó a un susurro que le heló la sangre.

— "Escucha bien lo que te voy a decir. Ni pienses en dejarme. Ni pases eso por tu cabeza. Si descubro que me estás traicionando o si intentas huir, te mato. ¿Entendiste? Acabo contigo antes de que des el primer paso fuera de ese portón."

La empujó contra el fregadero y salió de la cocina, dejando a Hellen temblando, con la marca de los dedos de él poniéndose morada en su brazo. Ella miró el celular sobre la encimera.

La mañana estaba clara cuando Hellen estacionó su moto vieja frente al edificio comercial donde funcionaba la empresa de Renato. Se alisó la blusa por tercera vez, verificó si la carpeta con los documentos estaba en orden y respiró hondo. El nerviosismo golpeaba fuerte, pero había también una chispa de esperanza que ella no sentía hacía mucho tiempo.

La recepcionista la condujo hasta una sala amplia, con ventanas que daban al centro de Cachoeiras do Cerrado. Renato era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con cabellos canosos y una sonrisa acogedora que inmediatamente la dejó más cómoda.

— "Hellen, sea bienvenida" —dijo él, apretando su mano con firmeza. — "Léo habló muy bien de usted. Siéntese, por favor."

Mientras Hellen se acomodaba, Renato hojeaba su currículum con atención.

— "Veo aquí que usted está cursando Biomedicina. Eso es impresionante para alguien que trabaja en el comercio con esa carga horaria brutal."

— "Es difícil, señor Renato" —admitió Hellen, con sinceridad. — "Pero es un sueño antiguo. Comencé tarde, pero estoy determinada a terminar."

— "Y va a terminar" —afirmó Renato, con convicción. — "Principalmente porque aquí tendrá fines de semana libres para estudiar. La vacante es para auxiliar administrativo en el sector de contabilidad. Horario comercial, de ocho a seis, con una hora de almuerzo. El salario es 40% mayor de lo que usted recibe en el comercio, y tenemos plan de salud después de tres meses de experiencia."

Hellen sintió los ojos humedecerse. Era todo lo que ella necesitaba escuchar.

— "¿Cuándo puedo empezar?" —preguntó, con la voz temblando de emoción.

— "El próximo lunes, si usted acepta."

— "¡Acepto!" —respondió Hellen, sin dudar.

Renato sonrió y extendió la mano nuevamente.

— "Bienvenida al equipo, Hellen. Cualquier amiga de Léo es amiga mía. Él es un hombre raro, sepa eso. Cuide bien de él."

Hellen salió de allí flotando. Al encender la moto, la primera cosa que hizo fue marcar a Léo.

— "¡Lo logré!" —gritó ella, tan pronto como él atendió. — "¡Léo, conseguí la vacante!"

Del otro lado, la voz de él desbordaba orgullo:

— "Sabía que lo lograrías. Te mereces esto y mucho más, mi amor. Vamos a celebrar esta noche."

Capítulo 18: La gota que colmó el vaso

La noche de Hellen fue poblada nuevamente por aquella niebla antigua. El sueño la llevó de vuelta al lugar sin tiempo, delante de aquella silueta de humo que había cambiado el destino de su familia en 2007.

— "Por favor..." —imploró Hellen, con la voz embargada. — "No aguanto más. Libérame de este trato. Bruno es un peso que ya no consigo cargar. Él está destruyendo todo. Pero no le hagas nada a mi madre, te lo pido. Déjala en paz."

La entidad, sin embargo, no se movió. Su voz, fría como el viento del cerrado en la madrugada, resonó por todos lados:

— "El hombre no es el objeto del trato, Hellen. Bruno nunca fue la carga que aceptaste llevar. Tienes el libre albedrío para decidir qué hacer con él. Si él se queda o si él se va, la elección es tuya."

Hellen despertó asustada, con el sudor frío escurriendo por el cuello. ¿Qué quería decir aquello? Si Bruno no era la "persona mala" que ella debería guardar para siempre, ¿entonces quién era?

Pero el pensamiento fue interrumpido por el toque del celular sobre la mesita de noche. Era un mensaje de Fernando.

"Hellen, estoy saliendo de São Paulo. Llego a Cachoeiras en los próximos días. ¿Puedes reservar una habitación para mí ahí en la posada donde trabajas? Quiero verte."

Un frío en la barriga, una mezcla de miedo y una esperanza prohibida, se apoderó de ella. Ella mal sabía que aquel día sería el punto de inflexión de su vida.

La gota que colmó el vaso

La noche cayó pesada. El clima dentro de casa era de electricidad pura. Beatrix estaba en la sala, inclinada sobre los libros, con una postura rígida que no parecía de una adolescente. Constância ya estaba recogida en su cuarto.

Bruno entró en la cocina como una aparición. Él temblaba. Los ojos estaban hundidos y la piel, pálida, delataba la crisis de abstinencia que lo consumía.

— "Necesito dinero, Hellen" —dijo él, con la voz fallando, pero cargada de una urgencia peligrosa. — "Ahora."

— "Ya dije que no hay, Bruno. Lo poco que sobró es para la comida de la semana" —respondió Hellen, sin mirarlo, intentando mantener las manos firmes mientras lavaba los platos.

Esta vez, no hubo grito. Hubo el sonido metálico de un cajón siendo abierto. Cuando Hellen se dio la vuelta, Bruno estaba con un cuchillo de

cocina en la mano. La hoja brillaba bajo la luz débil de la lámpara.

— "Voy a llevarme ese dinero, por las buenas o por las malas" — susurró, dando un paso en dirección a ella. — "No me pongas a prueba, Hellen. Estoy en mi límite."

Hellen sintió el pánico subir, pero el instinto de supervivencia fue más rápido. Sus ojos corrieron por la cocina y encontraron su casco de moto encima de la encimera. En un movimiento de pura desesperación, agarró el objeto y, con toda la fuerza que el cansancio le dejaba, golpeó la cabeza de Bruno.

El impacto fue seco. Bruno se tambaleó, el cuchillo cayó al suelo con un ruido agudo, y él se desplomó, mareado, sujetándose la frente.

— "¡Mamá! ¡Beatrix! ¡Salgan de la casa ahora!" —gritó Hellen, corriendo hacia el pasillo.

Ella arrancó a Constância de la cama, casi cargándola, y llamó a Beatrix. La niña se levantó despacio, cerrando el libro con una calma que le dio escalofríos a Hellen, pero salió rápidamente a la acera.

Del otro lado de la calle, Doña Nena, la vecina anciana que siempre estaba pendiente del movimiento, ya estaba en el portón, atraída por los gritos.

— "¡Doña Nena, por el amor de Dios, quédese con ellas!" —pidió Hellen, jadeante. — "Déjeme dejarlas aquí solo un minuto. Necesito volver allá adentro y recoger nuestras cosas."

— "¡Entra, entra, mi hija!" —dijo la vecina, abrazando a Constância.

Hellen respiró hondo y volvió a la casa. El silencio allá adentro era casi peor que el ruido de antes. Al entrar en la sala, encontró a Bruno sentado en el suelo, recostado en la pared. Él ya no tenía el cuchillo. Estaba llorando. Un llanto convulsivo, de quien se sentía la víctima del mundo.

— "Perdóname, Hellen..." —sollozaba, sin mirarla. — "Es la droga, es la cabeza... perdí el control. Te amo, tú sabes eso. No hagas nada contra mí."

Hellen se detuvo delante de él. Sentía asco, pero sentía, por encima de todo, una liberación. La revelación del sueño aún resonaba: "Bruno nunca fue la carga".

— "Se acabó, Bruno" —dijo ella, la voz saliendo de un lugar muy profundo. — "Esta fue la gota que colmó el vaso. No voy a morir en tus manos y no voy a dejar a mi madre vivir con este miedo. Me voy."

Ella entró en los cuartos, tomó las bolsas que ya estaban pre-arregladas, juntó los documentos de todos —los de ella, los de Constância y los de Beatrix. Cada paso que daba parecía romper una cadena invisible.

— "¡No puedes dejarme!" —gritó Bruno desde el suelo, volviendo a tener aquel tono de posesión. — "¡Soy tu marido!"

Hellen no respondió. Salió, cerró la puerta por fuera y caminó en dirección al portón. No sabía a dónde ir, pero sabía que, por primera vez en muchos años, el camino era suyo.

Y en algún lugar en la carretera viniendo de São Paulo, Fernando estaba llegando, mientras, en las sombras del portón de la vecina, Beatrix observaba a su madre con una mirada que Hellen no conseguía descifrar: si era de odio o de una curiosidad maligna por lo que vendría a continuación.

Capítulo 19: Nuevos refugios y viejos peligros

El sol apenas había aparecido en Cachoeiras do Cerrado y Hellen ya estaba de pie. El cansancio era grande, pero la voluntad de cambiar de vida era mayor. En la cocina de la posada, el olor a café recién hecho por Doña Diná traía un poco de paz después de la noche de terror.

Los Ruppert actuaron como una verdadera familia. El Sr. Ruppert, con toda su experiencia, fue directo al punto:

— "Hellen, no te vamos a dejar sola. Tengo un amigo, el Dr. Mendes, que es un abogado muy bueno. Él se encargará de tu divorcio. Mientras te organizas, puedes quedarte aquí en la posada con tu madre y tu hija. No te preocupes por el pago ahora."

Hellen sintió un alivio enorme. Llamó al abogado, que le explicó todo lo que necesitaba: certificado de matrimonio, documentos de la casa y las identificaciones. Anotó todo, sintiendo que finalmente estaba dando el primer paso lejos de Bruno.

El abrazo de Fernando

Poco después, un coche con placa de São Paulo paró frente a la posada. Era Fernando. Bajó del coche con cara de quien condujo mucho, pero cuando vio a Hellen, su rostro se iluminó.

Hellen no aguantó; corrió a los brazos del amigo de la infancia y lloró todo lo que estaba guardado. Fue un llanto de desahogo. Fernando la sostuvo firme, transmitiendo seguridad.

— "Calma, Hellen... llegué. Ahora vamos a encontrar una manera para todo" —susurró.

La casita de Doña Nena

En medio de esa corredera, el celular de Hellen sonó. Era Constância, con una novedad que parecía un regalo:

— "Hija mía, Doña Nena, nuestra vecina, habló con su hijo. Él tiene una casita al fondo en un condominio cerrado. Dijo que podemos vivir allá por un tiempo sin pagar nada, hasta que te acomodes. Es un lugar seguro, con muro alto."

Hellen acomodó a Fernando en uno de los cuartos de la posada y salió para llevar los papeles al abogado. Después, como Beatrix estaba en la casa de su novio, Luciano, Hellen fue con su madre a conocer el tal condominio.

Quien vino a atender el portón fue Teófilo, el hijo de Doña Nena. Vivía en la casa del frente. Era un hombre de mediana edad, con un modo que

a Hellen no le gustó de inmediato.

— "Soy Hellen, vecina de su madre. Vinimos a ver la casita que ella ofreció" —dijo, intentando ser educada.

Teófilo no respondió luego. Se quedó mirando a Hellen de una manera invasiva, "comiéndola" con los ojos, de arriba abajo.

— "Ah, sí. La chica que está huyendo del marido... Entren, muestro el camino."

Mientras caminaban por el pasillo estrecho que iba al fondo, Teófilo fingió que tropezó. En un movimiento rápido, pasó la mano por el trasero de Hellen. Ella dio un salto hacia el lado, sintiendo un asco profundo.

— "¡Uy, disculpa! Este piso está medio resbaladizo" —dijo, con una sonrisita cínica en el rostro.

Una elección difícil

Hellen vio la casa. Era pequeña y simple, pero servía perfectamente para que la madre y la hija se quedaran protegidas de las locuras de Bruno, ya que el condominio era cerrado y tenía un portón fuerte. Pero se dio cuenta al instante de que Teófilo sería un gran problema si ella estuviera cerca.

A la salida, ya había decidido qué hacer.

— "Mamá" —dijo Hellen, cuando se quedaron solas. — "Usted y Beatrix se van a quedar aquí. Es seguro para que se escondan de Bruno. Pero yo voy a continuar viviendo allá en la posada."

— "¿Pero por qué, Hellen?" —preguntó Constância, sin entender. — "Hay espacio para ti también."

Hellen miró hacia la casa del frente, sabiendo que Teófilo estaría vigilando. No quería contarle a su madre sobre el "tropiezo" que él intentó dar, para no dejar a la anciana más nerviosa.

— "Es mejor que me quede en la posada, mamá. Estoy cerca del servicio, del abogado y de Fernando. Así trabajo más tranquila y vigilo las cosas desde allá."

Hellen sabía que estaba cambiando un peligro por otro. Dejaba a su madre protegida de Bruno, pero ponía a la familia bajo la mirada de un sujeto como Teófilo. Tendría que ser muy lista para lidiar con todo esto, mientras intentaba reconstruir su vida con la ayuda de Fernando.

Capítulo 20: El brillo y la sombra

La noche en Cachoeiras do Cerrado parecía más silenciosa de lo normal, como si la ciudad también estuviera conteniendo el aliento para lo que estaba a punto de suceder. Hellen caminó por el pasillo de madera de la posada, el sonido de sus pasos resonando como latidos de un corazón ansioso. Se detuvo ante la puerta del cuarto de Fernando y, con la mano temblorosa, dio tres golpes leves.

— "Puedes entrar" —la voz de Fernando vino de allí dentro, calma y acogedora.

Hellen abrió la puerta despacio. Él estaba sentado en el borde de la cama, y la luz de la lámpara creaba sombras suaves en el cuarto.

— "Fernando... perdóname por todo esto. No quería meterte en este huracán, en este caos en que se convirtió mi vida" —comenzó a decir, con los ojos bajos.

Él no la dejó terminar. Fernando se levantó, caminó hasta ella y la calló con un beso. Fue un beso que cargaba la nostalgia de años y la urgencia de quien necesitaba un puerto seguro.

Lo que siguió fue una explosión de sentimientos guardados. Para Hellen, aquel amor fue urgente, una necesidad física de sentirse viva y deseada después de tanto tiempo siendo tratada como un mueble viejo por Bruno. Se permitieron todo. Fue un encuentro intenso, casi crudo en su entrega, donde las manos exploraban cada centímetro de piel con una curiosidad hambrienta.

Por casi una hora, el mundo allá afuera —Bruno, las deudas, el miedo— dejó de existir. El cansancio finalmente los venció, y se durmieron abrazados, piel con piel.

El despertar y la duda

Hellen despertó con los primeros rayos de sol. Al ver a Fernando allí, sintió una paz que no conocía. Lo besó con cariño, y nuevamente se entregaron al placer. Esta vez, no había la furia de la noche anterior; era un amor calmo, hecho de toques suaves y miradas profundas, lleno de sentimiento.

Al terminar, Hellen miró el reloj en la pared y dio un salto.

— "¡Dios mío, estoy tardísima para el trabajo! ¡Los Ruppert dependen de mí!"

Corrió al baño. Mientras se daba un baño rápido, dejó la puerta entreabierta para continuar conversando con Fernando. Fue en ese momento cuando el sonido de su voz cambió. Él estaba al teléfono.

— "Sí, amor... no debo tardar mucho, no. El servicio aquí va a ser rápido" —decía Fernando, con un tono de voz cariñoso que Hellen nunca había oído antes. — "Voy a llevarte un regalo muy lindo. Quédate tranquila, ¿está bien? Beso."

Hellen se detuvo bajo la ducha, el agua corriendo, pero el corazón helado. "¿Amor?" "¿Servicio rápido?" Él había dicho que se estaba separando de una esposa neurótica que lo hacía sufrir. Aquellas palabras no parecían las de un hombre que estaba saliendo de un matrimonio destruido.

Salió del baño, ya vistiéndose con prisa. Intentó disimular la expresión, pero su mente estaba a mil por hora. Dio un beso rápido a Fernando, que aún estaba acostado, relajado.

— "¿Almorzamos juntos?" —preguntó él, sonriendo.

— "Sí... claro. Vuelvo alrededor del mediodía" —respondió Hellen, saliendo del cuarto con una sensación extraña en el estómago.

Los paquetes sobre la mesa

El trabajo en la posada fue pesado, pero la cabeza de Hellen estaba en otro lugar. Cuando llegó la hora del almuerzo, fue al encuentro de Fernando. Él ya estaba de vuelta de algún lugar de la ciudad, cargando varios paquetes de regalos, bolsas de tiendas caras de Cachoeiras do Cerrado.

— "¿Qué es todo esto, Fernando?" —preguntó ella, intentando mantener la voz normal mientras se sentaban.

— "Ah, unos recuerdos que compré" —dijo él, con una sonrisa un poco forzada. — "Cosas que no podía dejar de llevar."

Hellen miró los paquetes. Había una caja de joya y una bolsa de una tienda de ropa femenina de lujo. Recordó la conversación que oyó en el baño. Fernando no estaba allí solo por ella. Había algo —o alguien— que él aún mantenía en São Paulo, y el "regalo lindo" no parecía ser para una exmujer que él detestaba.

— "Dijiste que tu esposa era una pesadilla, Fernando..." —comenzó Hellen, mirándolo fijamente. — "Pero hoy temprano te oí en el teléfono. Parecías muy cariñoso con ella."

La sonrisa de Fernando se marchitó un poco, y acomodó los paquetes sobre la mesa, evitando la mirada de Hellen.

— "Hellen, las cosas son complicadas..." —comenzó a decir, pero la explicación parecía ensayada.

Hellen se dio cuenta, con un apretón en el pecho, de que tal vez había cambiado a un hombre que la destruía abiertamente por uno que la ilusionaba con dulzura. Y mientras tanto, en la casita del fondo del

condominio, su madre y su hija la esperaban, sin saber que el terreno donde Hellen pisaba era tan inestable como la arena movediza.

Capítulo 21: La máscara que cayó

El restaurante en Cachoeiras do Cerrado estaba fresco, con el sonido de los árboles afuera, pero la mesa donde Hellen y Fernando se sentaron parecía cargar el peso de un iceberg. Fernando movía los cubiertos, sin valor para mirar directamente a Hellen. El silencio fue cortado por su tono de voz, que intentaba parecer racional, pero sonaba solo cruel.

— "Hellen, presta atención" —comenzó Fernando, aclarando la garganta y acomodando la servilleta. — "El mundo cambió, las relaciones cambiaron. Mi esposa y yo... tenemos un trato. Es lo que llaman relación abierta. Nos entendemos, ¿sabes? Cada uno tiene sus momentos fuera de casa."

Hellen sintió un nudo en la garganta. Las palabras de él la golpeaban como pedradas. El "puerto seguro" que ella imaginó se estaba transformando en arena movediza.

— "¿Qué estás queriendo decir con eso, Fernando?" —preguntó ella, con la voz baja y temblorosa.

— "Estoy diciendo que serías una pareja increíble para vernos de vez en cuando. Un escape, ¿entiendes? No me veo involucrándome seriamente con otra mujer, abandonando mi vida en São Paulo. Pero tú... Hellen, tú fuiste tallada para ser la mejor de las aventuras. Tienes ese modo, esa fuerza... eres perfecta para un romance inolvidable."

Hellen lo miró sin conseguir creer lo que oía. Para ella, lo que pasó en el cuarto de la posada fue un reencuentro de almas, un inicio de salvación. Para él, ella era solo una "aventura bien tallada". Se dio cuenta de que, para Fernando, su dolor y su desesperación eran solo el escenario para que él se sintiera el héroe de una película porno de fin de semana.

— "¿Me estás diciendo que sirvo para tu cama, pero no para tu vida?" —preguntó Hellen, con las lágrimas amenazando con caer, pero con una rabia mayor.

— "No hace falta hablar de ese modo, suena feo" —intentó él suavizar, estirando la mano para tocar la de ella sobre la mesa.

Hellen retiró la mano como si hubiera tocado fuego. Se levantó, y la silla se arrastrou por el suelo con un ruido seco que llamó la atención de algunas personas en el restaurante.

— "Perdí el apetito. Vuelvo al trabajo."

— "¡Hellen, espera!" —exclamó Fernando, levantándose inmediatamente después. — "¡No seas infantil, hablemos bien!"

Ella no miró atrás. Siguió con pasos largos por la acera, sintiendo el sol de Goiás quemar su rostro. Fernando pagó la cuenta a toda prisa, tomó las bolsas de regalos que había comprado para su esposa y salió corriendo tras ella.

El hielo en la posada

Cuando Hellen entró en la recepción de la posada, su rostro era una máscara de piedra. Fue directo hacia el fondo, queriendo esconderse en el trabajo, pero Fernando la alcanzó en el pasillo. Intentó sujetarla por los hombros, tratando de forzar un abrazo que, hasta hace pocas horas, ella desearía con todo el corazón.

— "¡Escúchame, Hellen! Me gustas, quiero ayudarte..." —comenzó él, intentando usar aquel tono cariñoso que ahora sonaba falso como un billete de tres reales.

Hellen se esquivó com un movimiento brusco. La mirada que lanzó hacia él era de un desprecio tan profundo que Fernando retrocedió un paso.

— "No me toques" —dijo ella, con la voz saliendo fría y cortante. — "Nunca más pongas un dedo sobre mí."

— "Hellen, estás nerviosa, acabas de salir de un matrimonio malo, estás confundida..."

— "Nunca he estado tan lúcida" —interrumpió ella. — "Huí de un hombre que me destruía física y emocionalmente para caer en los brazos de uno que quería usarme como un juguete de lujo. Eres peor que Bruno, Fernando. Bruno al menos no fingía ser lo que no era."

Señaló hacia la puerta de la habitación de él.

— "Toma tus cosas y tus regalos para tu esposa. Te quiero fuera de esta posada y fuera de mi vida. Ahora."

Fernando aún intentó balbucear algo, pero al ver la determinación en los ojos de Hellen, se dio cuenta de que la "aventura" había terminado de forma desastrosa.

Hellen le dio la espalda y entró en la lavandería de la posada, cerrando la puerta. Sola entre el olor a jabón y el ruido de las máquinas, se apoyó en la pared y lloró. No por Fernando, sino por sí misma, por haber creído que el amor podría ser su salida, cuando, en realidad, su única salida tendría que ser construida por sus propias manos.

Capítulo 22: El filo de la navaja y el plazo final

La noche cayó pesada em Cachoeiras do Cerrado. En la recepción de la posada, el silencio entre Hellen y Fernando era peor que cualquier grito. Él pidió cerrar la cuenta, visiblemente incómodo por haber sido descubierto. Hellen, con el rostro de piedra, anotó los valores en un papel y se los entregó. Él pasó la tarjeta, tomó el recibo y subió a la habitación.

Poco después, Fernando bajó con sus maletas y los paquetes de regalos caros que serían para su esposa. Hellen estaba ocupada atendiendo a nuevos huéspedes que llegaban para el fin de semana. Sin decir una sola palabra, él solo colocó la llave sobre el mostrador y salió. El sonido del coche partiendo fue el punto final de una ilusión que duró menos de un día.

El día de trabajo terminó, pero el descanso de Hellen estaba lejos. Se montó en su moto vieja, que tosía y se ahogaba, y siguió hacia el condominio donde Constância y Beatrix estaban refugiadas. El pecho se le apretaba solo de pensar que tendría que cruzarse con Teófilo.

En cuanto estacionó la moto, la puerta de la casa del frente se abrió. Teófilo salió con un paso arrogante, con esa mirada que parecía desnudar a Hellen.

— "Te extrañé por aquí hoy, Hellen" —dijo él, deteniéndose a mitad del camino—. "No te vi pasar. Bien podríamos salir a comer algo, ¿qué te parece?"

Hellen ni siquiera miró a los lados. Intentó apresurar el paso para entrar en el pasillo que llevaba al fondo, pero Teófilo fue más rápido. Dio un salto y agarró el brazo de ella con fuerza, apretando el músculo hasta que dolió.

— "¡No me ignores, muchacha!" —gruñó él, acercando su rostro al de ella—. "Estoy siendo amable contigo, pero eres muy engreída."

— "¡Suéltame, Teófilo! ¡Me estás lastimando!" —gritó Hellen, intentando soltar su brazo.

— "¿Si te suelto, qué vas a hacer? ¿Vas a llorar?" —se rió él, aplicando aún más fuerza.

En ese momento, Beatrix y su novio, Luciano, doblaron la esquina y entraron al condominio. Al ver la escena, Hellen le gritó a su hija:

— "¡Beatrix, corre!"

Pero Beatrix no corrió. Caminó con una calma que no era propia de una niña de trece años. Luciano venía detrás, sin entender mucho.

Antes de que Teófilo pudiera decirle cualquier tontería a la niña, Beatrix se acercó por detrás. En un movimiento que Hellen apenas pudo ver, Beatrix sacó su navaja y apoyó la punta de la hoja fría justo entre las

piernas de Teófilo, presionando contra la tela del pantalón, en la región genital.

— "Voy a cortar tu juguetito y se lo voy a dar a mis perras si no la sueltas ahora mismo" —dijo Beatrix, con la voz bajita, pausada y sin ningún temblor—. "Suelta a mi madre, entra en tu casa y ni siquiera mires atrás."

Teófilo se paralizó. Su rostro, que antes estaba rojo de rabia, se puso blanco como el papel. El sudor le brotó en la frente en ese mismo instante. Sintió que, si hacía un movimiento en falso, la niña no dudaría.

Soltó el brazo de Hellen despacio y comenzó a caminar hacia atrás, con las manos levantadas. Cuando llegó a la puerta de su casa, intentó recuperar un poco la postura, gritando para quien quisiera oír:

— "¡Cuarenta y ocho horas! ¡Es todo lo que tienen para desaparecer de mi casa! ¡Esto no es lugar para gente loca y delincuente! ¡Lárguense de aquí!"

Entró y dio un portazo con toda su fuerza.

La risa que heló la sangre

Hellen abrazó a su hija, con todo el cuerpo temblando de pavor y alivio.

— "Gracias, hija mía... Dios mío, ¿qué fue eso?"

Entraron en la casita del fondo y cerraron la puerta con llave. Luciano estaba sentado en un banco, pálido, inerte. El muchacho de dieciséis años parecía estar en estado de shock; nunca había visto ese lado de Beatrix.

Hellen sentó a su madre en el sofá e intentó calmarse.

— "Tenemos que salir de aquí mañana, mamá. Ya no se puede. Ese hombre es peligroso y ahora nos odia."

Después, miró a Beatrix, que limpiaba la hoja de la navaja en un pedazo de trapo con la mayor naturalidade del mundo.

— "Hija... ¿realmente ibas a picar a ese hombre? ¿De dónde sacaste valor para eso?"

Beatrix miró a su madre y soltó una risita seca, un sonido que hizo que se le erizaran los vellos del brazo a Hellen.

— "No fue la primera vez que tuve que sacar el cuchillo, mamá. Hay gente que solo respeta lo que corta."

Hellen se quedó sin palabras. Miró a su hija y se dio cuenta de que, en medio de tanta pelea por herencia, los vicios de Bruno y la falta de dinero, algo mucho más sombrío había crecido dentro de su propia casa. Beatrix ya no era una niña que necesitaba protección; era alguien que causaba miedo incluso a hombres hechos y derechos.

Y lo peor de todo fue esa risa, una risa de quien había disfrutado ver el pavor en los ojos del vecino.

Capítulo 23: Repartos y amenazas

La noche aún reservaba un susto más. El silencio en la pequeña casita del fondo fue cortado por el fuerte timbre del celular de Hellen. En la pantalla, el nombre que ella deseaba no volver a ver nunca más: Bruno.

Hellen respiró hondo antes de atender. El corazón aún le latía con fuerza por el enfrentamiento con Teófilo y por la frialdad con la que Beatrix usó la navaja.

— "¿Hola?" —la voz de ella salió seca.

— "¿Pagaste la luz?" —la pregunta de Bruno vino directa, sin un "hola" o cualquier señal de que se arrepentía de lo que hizo. Su voz estaba arrastrada, señal de que los vicios aún mandaban en su cabeza.

— "No, Bruno. No pagué. Y escucha bien: ya presenté el pedido de divorcio hoy" —Hellen lanzó la noticia, queriendo cortar pronto el vínculo—. "Voy a querer los muebles. Mi cama, mi armario y las cosas de la cocina."

Hubo un silencio pesado del otro lado de la línea.

— "¿Y la casa?" —gruñó él—. "¿Cómo va a ser con la casa?"

— "Lo resolvemos en la justicia."

— "¡Justicia nada!" —gritó Bruno, y Hellen tuvo que alejar el aparato de su oído—. "¡La casa es mía! ¡Comprada con el dinero de mi herencia, de mi padre! ¡No tienes derecho a nada, abusada!"

Hellen sabía que tenía derecho a una parte por ley, pero su paz valía mucho más que esas paredes. Necesitaba una salida rápida, sin años de pelea.

— "Entonces vamos a hacer lo siguiente" —propuso ella, con voz firme —. "Tú te quedas con la casa y yo me quedo con los muebles que elija. Sin peleas. Firmas el papel y cada uno sigue su vida."

Bruno se quedó mudo. Se dio cuenta de que estaba ganando ventaja, ya que la casa valía mucho más que los muebles usados. La codicia habló más fuerte que el orgullo.

— "Quédate con lo que quieras entonces" —dijo él, volviendo al tono de amenaza—. "Pero sabe una cosa: si intentas engañarme con la casa, si intentas quitarme mi techo, te mato. Acabo contigo, Hellen. ¿Entendido?"

Colgó en su cara. Hellen tiró el teléfono sobre la mesa, sintiendo un temblor en las manos. Estaba libre de la convivencia, pero la amenaza de muerte ahora estaba registrada en el aire.

La carrera contra el tiempo

Con el plazo de 48 horas dado por Teófilo pesando sobre ella, Hellen no se permitió derrumbarse. Volvió a las redes sociales. Buscó en grupos de alquiler de Cachoeiras do Cerrado y, después de mucha búsqueda, encontró una casa sencilla que cabía en el presupuesto, juntando su salario de la posada con la pequeña jubilación de su madre.

Mandó un mensaje al propietario y la respuesta vino rápido: luz verde para una visita. Hellen agendó para la mañana siguiente, sintiendo que, por primera vez, las piezas se estaban moviendo.

Antes de intentar dormir, hizo una publicación corta en su perfil: "El peor día de mi vida fue el más libertador".

La alerta de Léo Drummond

Léo Drummond, el periodista, vio la publicación casi al mismo tiempo. Él vivía allí mismo en Cachoeiras do Cerrado y conocía bien la ciudad. Él y Hellen solo se seguían en la red social; nunca habían conversado de verdad sobre su vida personal. De vez en cuando, uno comentaba de forma genérica alguna publicación del otro sobre política o cuestiones sociales, pero nada más que eso.

Sin embargo, al leer esa frase, Léo se dio cuenta de que algo estaba muy mal. El instinto de quien trata con noticias y personas le dijo que Hellen había pasado por un trauma serio.

Decidió romper la distancia y mandó un mensaje privado:

— "Hellen, vi tu publicación. ¿Estás bien? ¿Quieres conversar?"

Hellen vio la notificación brillar en la pantalla. El corazón le dio un salto al ver que alguien como él, a quien admiraba de lejos, había notado su grito de socorro. Pero el agotamiento era tanto que apenas podía mantener los ojos abiertos.

— "Mañana respondo" —susurró para sí misma, cerrando los ojos y sintiendo el peso de un día que pareció durar una eternidade.

Capítulo 24: El peso de la elección

La mañana en Cachoeiras do Cerrado comenzó con el sol pegando fuerte, pero el corazón de Hellen estaba dividido entre el miedo por lo que dejó atrás y la prisa por construir lo que venía por delante. Llegó a la posada para un día más de trabajo, pero, antes de cruzar el portón, fue interceptada.

Michelle, la vendedora de la tienda de ropa de la esquina, estaba parada en la acera e hizo una señal para que Hellen detuviera la moto.

— "¿Todo bien, Hellen? Todavía eres la gerente de la posada, ¿verdad?" —preguntó Michelle, con un sobre marrón en las manos.

— "Sí, lo soy, Michelle. ¿Pasó algo?"

— "Mira, mi jefe me pidió que hablara contigo. Él está necesitando a alguien para gerenciar sus tiendas y me pidió que te entregara esta propuesta aquí. Dijo que conoce tu trabajo."

A Hellen le pareció extraño. ¿Por qué el dueño de una red de tiendas le mandaría una propuesta así, en medio de la calle? Tomó el sobre y entró en la posada. Al abrirlo, sus ojos casi se salieron: la descripción de las tareas era clara, pero lo que llamó la atención fue el valor. El salario era casi un 75% mayor de lo que ganaba con los Ruppert.

Para quien estaba con el divorcio llamando a la puerta y una casa para alquilar, ese dinero era la diferencia entre sobrevivir y realmente vivir.

La decepción con los Ruppert

Cuando el Sr. Ruppert y la Doña Diná llegaron, Hellen sintiu un peso en el estómago. Ellos le agradaban, sentía que eran su puerto seguro. Pero la necesidad hablaba más fuerte. Los llamó para una conversación franca en la oficina.

— "Sr. Ruppert, Doña Diná... recibí una propuesta de empleo hoy temprano. El salario es mucho mayor de lo que recibo aquí" —dijo Hellen, esperando en el fondo de su corazón que él dijera que iba a igualar la oferta o, al menos, intentar acercarse.

El Sr. Ruppert ni siquiera cambió la expresión. Miró a Hellen con una mirada fría, casi indiferente.

— "Pues vete entonces, Hellen" —dijo él, seco—. "No tengo condiciones de pagar ni un centavo más. Si el dinero es lo que importa, la puerta está abierta."

Hellen sintió una puntada de tristeza. Fueron seis meses en los que dio la sangre por la posada, cuidando de todo como si fuera suyo. Esperaba un poco más de consideración, pero se dio cuenta de que, para ellos, ella era solo una pieza más en el engranaje.

El nuevo rumbo y la nueva casa

A la hora del almuerzo, Hellen no perdió tiempo. La tristeza se volvió prisa. Pasó por la tienda de ropa, llamó a Michelle y le dio el recado:

— "Michelle, dile a tu jefe que acepto. ¿Cuándo puedo empezar?"

Después, se montó en su moto vieja y corrió hacia la dirección de la casa que había visto en internet. El tiempo estaba corriendo: Teófilo había dado solo 48 horas.

La casa no era bonita. Las paredes necesitaban pintura, el patio tenía la maleza alta y el portón hacía un ruido que daba pena. Pero tenía espacio. Tenía una habitación para su madre, una para Beatrix y un lugar donde ellas podrían, finalmente, cerrar la puerta y saber que nadie iba a entrar para romper batidoras o amenazar con cuchillos.

— "¿El valor es ese mismo que acordamos?" —preguntó Hellen al propietario.

— "Sí, lo es. Si pagas el primer mes por adelantado, la llave es tuya ahora."

Hellen miró el espacio interesante que la casa tenía en el fondo. Pensó en todo lo que necesitaba buscar en la casa de Bruno. Cerró el trato allí mismo, sintiendo una mezcla de miedo y alivio.

Faltaba solo formalizar todo en el nuevo empleo. Hellen encendió la moto, sintiendo el viento en el rostro. Tenía una casa. Tenía un empleo nuevo que pagaba bien. Pero todavía necesitaba responder al mensaje de Léo Drummond, que vivía allí mismo en la ciudad y parecía ser el único que realmente quería saber cómo estaba ella por dentro, y no solo lo que podía hacer por fuera.

Capítulo 25: Un nuevo brindis

El clima de renovación se apoderó de Hellen. Después de tantos meses asfixiada por la sombra de Bruno y por las incertidumbres de la vida, las piezas finalmente comenzaban a encajar. Ya había aceptado la propuesta de empleo traída por Michelle y cerrado el contrato de la casa nueva —un lugar sencillo, pero que representaba su libertad.

Al salir de la posada en su último día, la felicidad era tanta que sintió una necesidad urgente de desbordar. Hellen tomó el celular y buscó el contacto de Léo Drummond. Se seguían en las redes sociales hace tiempo, intercambiando "me gusta" y comentarios rápidos, pero nunca habían tenido una conversación personal. En el impulso de la alegría, grabó un mensaje de audio para él:

— "Léo... no lo vas a creer. Mi vida fue un huracán en estos últimos meses, pero hoy las cosas avanzaron. Me separé definitivamente, peleé, alquilé una casa y acabo de recibir una propuesta de empleo ¡ganando casi el doble de lo que recibía! Estoy triste por cerrar un ciclo, pero estoy tan feliz por estar comenzando otro."

La respuesta de Léo vino en pocos minutos, con una voz calma e invitadora:

— "Hellen, ¡qué noticia maravillosa! Todo esto merece una celebración a la altura. ¿Vamos a cenar hoy y celebrar esta nueva fase tuya?"

El corazón de Hellen dio un salto. No dudó:

— "¡Vamos!"

La cena y el encantamiento

Por la noche, Léo la buscó en la puerta de la posada. La llevó a un restaurante japonés discreto y acogedor en la ciudad. Entre sushis y sashimis, el ambiente era perfecto para que las máscaras cayeran y las historias surgieran.

Léo era un hombre que hablaba con propiedad. Contó sobre su trayectoria en Brasilia, los entretelones de la política nacional y cómo había trabajado en diferentes frentes del gobierno. Habló con cariño de una gran amiga científica que le enseñó a ver el mundo de otra forma.

Pero, en un momento dado, posó los cubiertos y miró seriamente a Hellen.

— "Pasaste por un huracán, Hellen. Vi tus publicaciones... ¿qué pasó de verdad en tu vida?"

Hellen, todavía escarmentada por la decepción reciente que tuvo con su "amigo" Fernando, decidió ser cuidadosa. Habló de la separación de

Bruno y de las dificultades financieras de forma superficial, sin entregar todas sus heridas.

Cuando mencionó el valor del nuevo salario, Léo sacudió la cabeza con una sonrisa gentil.

— "Me alegro por ti, de verdad. Pero voy a decirte una cosa: incluso siendo el doble, todavía es poco para alguien con tu garra y competencia. Tú vales mucho más, Hellen."

Aquellas palabras entraron en los oídos de Hellen como música. Nadie nunca había valorado su potencial de esa forma. Había un encantamiento mutuo en esa mesa; ella adoraba la atención de él, y él parecía fascinado por la fuerza que ella emanaba.

El regreso y el choque de realidad

Léo la dejó en la puerta de la casa del fondo de Doña Nena. Esperó a que ella entrara y siguió hacia su apartamento. En cuanto él llegó a casa, vio un mensaje de Hellen brillar en la pantalla:

"Gracias por hoy. Hace años que no me sentía tan ligera. Gracias por escucharme de verdad. A veces, uno solo necesita a alguien que escuche nuestra historia. Buenas noches."

Hellen entró en casa con pasos ligeros, el rostro iluminado por una sonrisa que Constância no reconocía hace años.

— "¡Hija mía!" —exclamó Constância, levantándose del sofá—. "¿Qué brillo es ese? ¡Estás radiante!"

— "¡Salió todo bien, mamá!" —Hellen abrazó a su madre, riendo—. "El empleo, la casa nueva... y la cena fue maravillosa. Léo es una persona especial. Siento que las cosas finalmente van a estar bien."

En el rincón de la sala, Beatrix observaba la escena. Estaba sentada al lado de Luciano, con los brazos cruzados y la mirada fija en su madre. Mientras todos celebraban, la expresión de la niña era de puro hielo.

— "Está feliz" —comentó Beatrix para su novio, con la voz plana y sin vida.

— "Qué bueno, ¿no?" —respondió Luciano, intentando sonreír—. "Tu madre merece ese descanso."

Beatrix no desvió la mirada. Se inclinó hacia Luciano y susurró con una frialdad que lo hizo estremecer:

— "Esto es lío."

Para Beatrix, la alegría de su madre era un peligro. Veía esa ligereza como una guardia baja, una invitación para que el destino —o Bruno, o Teófilo— golpeara con más fuerza. Mientras Hellen soñava con el recomienzo, Beatrix ya estaba calculando el tamaño de la caída.

Capítulo 26: Herencias de viento y el clic del destino

La semana de Hellen fue un borrón de cansancio y adrenalina. Apenas tenía tiempo de sentir el dolor en los pies, pues su mente estaba ocupada con los nuevos desafíos. Administrar cuatro tiendas de ropa en puntos turísticos estratégicos no era broma. Mientras los turistas paseaban y disfrutaban del clima de Cachoeiras do Cerrado, Hellen corría de un lado para otro, revisando stock, tratando con vendedoras y organizando la caja.

Para ella, el concepto de fin de semana o feriado había dejado de existir; su único descanso era el miércoles, un respiro en medio de la tempestad. Y todavía estaban los libros. De madrugada o en los raros momentos de pausa, abría la computadora para las clases de la facultad a distancia. La graduación era un sueño antiguo, algo que solo tuvo valor de comenzar cuando sintió el primer gusto de independencia en la posada de los Ruppert.

Cada examen hecho era un ladrillo más en su reconstrucción. En medio de todo eso, Léo Drummond se convirtió en su ancla digital; los mensajes diarios entre los dos eran el combustible que la mantenía sonriendo.

El peso del ayer y el techo del mañana

Llegó el miércoles, y con él, el día de la verdadera mudanza. Hellen no estaba sola. Eliete, su amiga de larga data y dueña de una disposición envidiable, estaba allí con la camioneta de flete, junto con Doña Constância, que incluso cansada, insistía en ayudar a empacar lo que restaba.

— "¡Vamos, Hellen!" —animaba Eliete, cargando una caja de platos—. "¡Cada armario que ponemos en esta camioneta es un pedazo de Bruno que dejamos atrás!"

Hellen se rió, aunque el esfuerzo era grande. Cargaron la estufa vieja, la nevera que ya no enfriaba tan bien, el estante de la sala y la ropa. Beatrix, sin embargo, no apareció.

— "¿Dónde está la niña, Constância?" —preguntó Eliete, extrañada por la desaparición de la adolescente.

— "Dijo que se sentía mal, con dolor de cabeza..." —suspiró Constância —. "Se fue a la casa de Luciano. Creo que no quería enfrentar la casa vieja, o tal vez no quería el trabajo."

Hellen sintió una puntada de decepción, pero siguió adelante. Para su sorpresa y alivio, Bruno no apareció para cumplir sus amenazas o crear

confusión. La casa estaba silenciosa, guardando solo el olor a moho y de una vida que ya no le pertenecía.

Al final del día, exhausta y sudada, pero con todos los muebles dentro de la casa nueva, Hellen se sentó en el suelo de la sala vacía y mandó un mensaje corto a Léo:

"En la casa nueva".

La despedida amarga

Antes de acomodarse definitivamente, Hellen necesitaba cumplir una última obligación: devolver las llaves a Doña Nena. Caminó hasta la casa del frente, sintiendo un peso en el estómago. Entregó las llaves a la señora, agradeciendo desde el fondo de su corazón por el refugio.

— "Vaya con Dios, hija mía. Usted merece ser feliz" —dijo Doña Nena, con cariño.

Pero, al darse vuelta para salir, Hellen miró hacia la ventana de la casa de adelante. Entre las cortinas entreabiertas, vio el rostro de Teófilo. Él no se escondía. Sus ojos rebosaban un odio silencioso, un rencor de quien se sentía humillado por haber sido enfrentado por una niña.

Hellen apresuró el paso, sintiendo un escalofrío. Sabía que aquel hombre no olvidaría lo que pasó.

La invitación y la curiosidad de Eliete

El celular vibró. Era Léo.

— *"¡Eso merece otra celebración! ¿Qué tal comida árabe el sábado para celebrar el techo nuevo?"*

Hellen miró el reloj. El sábado sería pesado en las tiendas.

— *"Léo, solo salgo del trabajo a las diez de la noche. ¿Es muy tarde para ti? Y... ¿puedo llevar a Eliete? Ella fue mi brazo derecho e izquierdo en esta mudanza, quería tener un detalle con ella".*

— *"Diez de la noche es el horario perfecto para comida árabe. Y claro, trae a tu amiga. Será un placer conocer a quien te ayuda tanto".*

Cuando Hellen le contó la novedad a Eliete, la amiga casi dio un salto.

— "¿Comida árabe? ¡Demasiado elegante! ¿Y quién es ese hombre, Hellen? ¿Ese Léo que apareció de la nada y te está llevando a cenar todos los días?"

— "Es un amigo, Eliete. Alguien que me escucha" —Hellen intentó ocultar la sonrisa.

— "Ya veo... 'amigo'. Pues quiero ver quién es ese misterio que te está haciendo brillar de esa manera. ¡Si es la mitad de lo que dices, yo misma

doy la bendición!" —bromeó Eliete, ya planeando qué ropa usaría el sábado.

Hellen sonrió. Por primera vez en años, no estaba solo sobreviviendo al día siguiente. Estaba ansiosa por él.

Capítulo 27: Sabores, Sonrisas y Sombras

Aquella tarde, el movimiento en la casa de Luciano era tranquilo. Beatrix estaba sentada en la sala, observando la calle por la ventana, mientras la madre del joven cosía un retazo de tela. El silencio fue roto por el tono de voz de la niña, que parecía distante.

— "Solo quería tener una forma de cuidar mis cosas pronto" —dijo Beatrix, sin mirar a la mujer—. "Mi padre vive perdido en el bar, no hace nada productivo. Y mi madre... tengo mis dudas sobre cómo consigue lo que quiere. Ahora mismo anda con un periodista que vino de Brasilia, un hombre con dinero. Ella dice que es amistad, pero yo veo el interés ahí."

La madre de Luciano dejó de coser y miró a la niña por encima de las gafas.

— "Eres muy joven, Beatrix, pero la situación parece difícil de verdad. ¿Ya oíste hablar de la emancipación?" —preguntó la mujer—. "Si lo consigues, pasas a responder por ti misma ante la ley, como si tuvieras dieciocho años. Podrías vivir donde quisieras y firmar tus propios documentos."

Beatrix procesó la información en silencio por algunos segundos antes de asentir con la cabeza.

El Encuentro con Francisca

Al día siguiente, Beatrix caminó hasta la casa de su abuela, Francisca. El inmueble estaba bien cuidado, con muebles pesados y un aire de rigidez. Francisca la recibió en el comedor, sirviendo un café fuerte.

— "Abuela, vine aquí porque confío en usted" —comenzó Beatrix—. "Mamá está saliendo con un hombre rico, un tal Léo. Ella habla mucho de cambiar de vida, de dinero. Me preocupa lo que pueda sobrar para mí en medio de todo esto. Quería saber si usted me apoyaría si yo intentara la emancipación."

Francisca escuchaba con expresión seria, golpeando levemente sus uñas en la mesa. Antes de que pudiera hablar, Bete, la hijastra de Francisca, apareció en la puerta de la sala en su silla de ruedas.

— "¿Qué quieres aquí afuera, Bete? ¡Ya para el cuarto!" —ordenó Francisca, con voz firme—. "¿No ves que estamos conversando?"

Bete solo bajó la mirada. Beatrix se levantó de la silla rápidamente.

— "Deja que yo la lleve, abuela. Así usted no necesita levantarse."

El Cuarto de Bete

El pasillo de la casa era largo y silencioso. Beatrix empujó la silla de ruedas hasta el cuarto de Bete y la ayudó a trasladarse a la cama. El cuarto tenía poca luz y pocos objetos de valor.

Mientras acomodaba la sábana para la mujer, los ojos de Beatrix se detuvieron sobre la mesa de noche. Allí reposaba una cadena gruesa de oro, con un brillo que se destacaba en la penumbra. Era una pieza antigua, que perteneció a la madre de Bete.

Beatrix miró hacia la puerta y después hacia Bete, que estaba de espaldas, intentando acomodarse. Con un movimiento continuo, la niña extendió la mano, cerró los dedos sobre el oro y guardó el objeto en el bolsillo lateral de su pantalón.

— "Listo, Bete. Descansa un poco" —diz Beatrix, caminando hacia la salida.

Ya en el pasillo, sintió el peso del metal en el bolsillo. "Es el inicio de los ahorros para la emancipación", pensó.

Beatrix volvió a la sala, terminó su café con la abuela y se despidió. Mientras caminaba de vuelta a la casa nueva de su madre, sentía el bulto de la cadena contra la pierna en cada paso que daba.

La Cena

La semana de Hellen fue un maratón. Entre la responsabilidad de gerenciar las cuatro tiendas y la prisa de los estudios a distancia, apenas tenía tiempo para procesar los cambios. Sin embargo, el hábito de intercambiar mensajes con Léo Drummond se convirtió en el punto de equilibrio de sus días. El encuentro del sábado, tan esperado, finalmente llegó.

Léo estacionó el coche frente a la casa nueva puntualmente. Hellen y Eliete ya lo esperaban en la acera, listas para el descanso merecido.

El destino fue un local concurrido de la ciudad, una mezcla de bar y restaurante especializado en comida árabe. La mesa pronto fue ocupada por porciones de hummus, quibes fritos y empanadas árabes (esfirras) calientes. La conversación fluyó sin esfuerzo. Eliete, con su risa contagiosa, pronto rompió cualquier hielo inicial, y los tres conversaban como si compartieran una amistad de décadas.

Léo contaba historias de sus tiempos en Brasilia con un humor inteligente, mientras Hellen se veía riendo de una forma que no hacía hace años.

Al final de la noche, Léo dejó a Eliete en su casa. El trayecto final hasta la residencia de Hellen fue más silencioso, lleno de una expectativa palpable.

Cuando el coche se detuvo, el momento de la despedida se extendió. Hellen, sintiendo el impulso del momento y la ligereza que el encuentro le había proporcionado, se acercó y le robó un beso a Léo. Fue un gesto rápido, pero que dejó claro que lo que existía entre ellos ya había cruzado la frontera de la amistad.

El Recado de Michelle

Hellen entró en casa sintiendo todavía el corazón acelerado. Sin embargo, al tomar el celular, la sonrisa desapareceu. Había un mensaje de Michelle, enviado en tono de alerta:

— "Hellen, Bruno estuvo aquí en la tienda hoy temprano. Estaba muy extraño, preguntando por ti a todo el mundo. Llegó a entrar en la oficina de la gerencia queriendo encontrarte. Como no estabas, salió diciendo cosas horribles... dijo que debías estar haciendo la calle (prostitución) con el tal 'viejo rico' de Brasilia para conseguir las cosas. Parecía indignado."

Hellen sintió que el estómago se le revolvía. Lo que ella no sabía —pero que el destino ya había trazado— era que aquella indignación de Bruno tenía un origen específico: su madre, Francisca, le había contado todo lo que oyó de Beatrix. La mentira de la nieta sobre que la madre estaba "en busca de dinero" había sido el detonante para el brote de Bruno en la tienda.

La Reacción de Léo

Preocupada por la seguridad de ambos, Hellen envió un resumen de la situación a Léo. Su respuesta llegó minutos después, con una calma que la sorprendió.

— "Léo, Bruno fue hasta mi trabajo a buscarme. Está diciendo cosas terribles y parece estar fuera de control. Por favor, ten cuidado" — escribió ella.

Léo respondió de forma directa:

— "Hellen, si quieres, yo resuelvo eso ahora. Puedo hacer que pase la noche en la cárcel para que se calme y entienda que no debe molestarte más. Solo tienes que decirlo."

Hellen miró la pantalla por un largo tiempo. Sabía que Léo tenía influencia para cumplir la promesa, y una parte de ella deseaba que Bruno se detuviera de una vez por todas. Pero, al cerrar los ojos, no veía al agresor; veía al hombre con quien había compartido años, ahora reducido a una sombra de sí mismo.

— "No hagas eso, Léo" —respondió ella—. "Por muy malo que sea y por todo lo que me hizo pasar, todavía siento lástima por él. Es un hombre

enfermo. Solo quiero que se quede lejos, no quiero verlo preso."

Hellen apagó el aparato y caminó hasta la ventana. La libertad que ella tanto buscaba parecía tener un precio alto, y se dio cuenta de que, mientras Bruno estuviera vagando por la ciudad alimentado por mentiras, la paz sería siempre un estado pasajero.

Capítulo 28: El Veneno en el Nido

El tiempo en Cachoeiras do Cerrado parecía correr de forma diferente ahora que la vida de Hellen tenía un nuevo eje. Los meses transformaron el encantamiento inicial entre ella y Léo en una relación sólida, de aquellas que se construyen en la rutina de los mensajes diarios y en los encuentros de fin de semana.

Hellen se sentía, por primera vez en décadas, respetada. Sin embargo, el ambiente en casa continuaba complejo. Beatrix, ahora con 14 años, actuaba con una independencia que asustaba. Rara vez paraba en casa, pasando días en la casa de Luciano y volviendo solo para buscar ropa o dormir. Para Beatrix, ella ya era una mujer hecha, dueña de sus decisiones.

El Regreso del Padre Fugitivo

En un domingo de sol, Hellen decidió que era hora de formalizar las cosas. Preparó un almuerzo especial para presentar a Léo oficialmente a su madre, Constância, y a su hija.

Léo llegó puntualmente, trayendo una orquídea delicada para Constância y una caja de chocolates finos para Beatrix. El almuerzo siguió un tono casi formal. Lela y Bola, las perras de la casa que solían ser esquivas con extraños, sorprendieron a todos. Rodearon a Léo, moviendo las colas e incluso jugando con él, como si reconocieran a alguien de la familia.

— "Les agradaste" —comentó Constância, con una sonrisa rara—. "Eso es difícil que pase."

En medio de la comida, Léo miró a Hellen con un brillo diferente en los ojos.

— "Hellen, necesito ir a Brasilia a resolver unos asuntos pendientes. ¿Todavía tienes aquellos días libres acumulados en el banco de horas?"

— "Sí, tengo. ¿Por qué?" —preguntó ella, curiosa.

— "Ven conmigo. Quiero mostrarte la capital."

Hellen sintió mariposas en el estómago. A pesar de vivir relativamente cerca, nunca había tenido la oportunidad de conocer Brasilia. La idea de un viaje con Léo parecía el sello final de aquella nueva fase.

El Teléfono que Suena en medio de la Paz

Después del almuerzo, mientras Léo descansaba en la hamaca de la veranda y la casa se sumergía en aquel silencio perezoso de domingo, el celular de Hellen sonó. Un número con código 63, de Tocantins.

— "¿Hola? ¿Hablo con Hellen?"

— "Sí, es ella. ¿Quién habla?"

— "Hellen, mi nombre es Sônia. Soy vecina de tu padre aquí en Palmas. Hace algunos años que intento encontrarte."

Hellen sintió que la sangre se le enfriaba. La relación con el padre era una herida cerrada hace mucho tiempo por el silencio.

— "¿Pasó algo?"

— "Muchas cosas, hija mía. Escucha... tu padre vivía aquí con una joven. Él le pegó, y ella se fue. Después de un tiempo, apareció con otra, mucho más joven. Le decía a todo el mundo que era su hija, pero encerraba a la niña en casa, no la dejaba salir para nada. Un día la policía vino y se lo llevó preso por detención ilegal."

Hellen escuchaba todo en silencio, con la mano temblorosa sosteniendo el aparato. Sônia continuó el relato, que parecía salido de una pesadilla:

— "Meses después salió de la cárcel, pero ya no era el mismo. Comenzó a andar desnudo por la calle, molestaba a las mujeres que pasaban, robaba ropa en los tendederos de los vecinos... Vimos que su cabeza se había estropeado. Mi marido y yo sentimos lástima, le dábamos baño, le dábamos comida. Pero un día apareció aquí todo golpeado, roto de verdad. Lo llevamos al hospital, lo internaron, pero huyó. Llamamos a la asistencia social, lo llevaron a un refugio, y huyó de nuevo."

Hellen cerró los ojos, intentando procesar la imagen de su padre en aquella situación.

— "Hubo un día" —continuó Sônia— "que dieron un montón de tiros en la puerta de su casa de madrugada. Vino aquí a acusar a mi marido, estaba fuera de sí. Había siempre un coche extraño rondando la casa. Hasta que un día desapareció definitivamente. Llamamos a la policía y lo encontraron desnudo, amarrado a un árbol en la zona rural. Lo llevaron a un internado, huyó de nuevo y volvió para acá. Pero hace unos seis meses que desapareció y nadie más sabe de él. Una vecina comentó que oyó decir que lo mataron por orden de aquella mujer a la que golpeó hace años."

Hellen se puso blanca, la voz casi no salía.

— "No tengo contacto con él hace muchos años, Sônia..."

— "Lo sé, pero su casa aquí está abandonada. La gente quiere invadir, están rompiendo las cosas. Necesitas tomar una medida, Hellen. Tú eres la hija."

La Decisión

Hellen colgou el teléfono y se quedó mirando a la nada por un largo tiempo. Léo, al notar el cambio en su semblante, se levantó de la hamaca y se acercó.

— "¿Qué pasó, Hellen?"

Ella contó todo, repitiendo las palabras de Sônia para Léo y para su madre, que escuchaba todo con las manos juntas, en señal de oración. El pasado, que Hellen creía haber dejado atrás al salir de Tocantins, regresaba de forma violenta y confusa.

— "Necesitas registrar eso" —sugirió Léo, con su voz práctica de periodista—. "Existe la comisaría virtual de Palmas. Registra su desaparición para resguardarte. Si la casa está siendo invadida, vas a tener problemas jurídicos después."

Hellen suspiró, sintiendo el peso de un problema más sobre sus hombros, justo cuando la vida parecía dar una tregua. Miró a Léo, después a las maletas que ya comenzaba a planear para el viaje.

— "Voy a hacer el registro" —dijo ella, con firmeza—. "Pero voy a encargarme de eso de verdad cuando vuelva de Brasilia. Ahora, necesito ese tiempo para mí. Lo que pasó en Palmas quedó parado por seis meses... puede esperar unos días más."

Léo solo asintió, respetando su límite. Pero en el fondo de la sala, Beatrix observaba a su madre, guardando para sí los detalles de aquella historia de abandono y violencia que acababa de oír.

Capítulo 29: El paquete sobre la mesa

El viaje a Brasilia ocurrió según lo planeado. Hellen se sumergió en días de descubrimiento por la capital, maravillada con la inmensidad de la Explanada de los Ministerios, con el verde que cortaba la ciudad y con la sensación de libertad que no sentía hace años.

Léo fue el guía perfecto, presentándola a sus amigos, mostrando los puntos turísticos y, principalmente, haciéndola sentir valorada. Los días fueron de pura ligereza. Pero, como todo viaje, llegó a su fin. De vuelta en Cachoeiras do Cerrado, la realidad golpeó la puerta con fuerza redoblada.

La entrevista y el nuevo horizonte

Hellen comenzó oficialmente en el nuevo empleo. Las cuatro tiendas exigían de ella una dedicación intensa. Se despertaba a las seis de la mañana, preparaba el café, organizaba la casa y salía para el trabajo a las siete y media. Regresaba apenas a las siete de la noche, exhausta, pero con aquel cansancio digno de quien está construyendo algo.

Léo, que trabajaba desde casa con sus proyectos de consultoría, pasó a frecuentar la casa de Hellen con más regularidad. Él ayudaba en lo que podía: a veces preparaba la cena, otras veces solo se quedaba allí, conversando con Constância mientras esperaba que Hellen regresara. La relación entre los dos se profundizaba cada día. Ya no era solo atracción o compañerismo; era amor de verdad, de aquel que se construye en el día a día, en las pequeñas cosas.

El primer chantaje

Beatrix, sin embargo, continuaba su vida paralela. A los 14 años, ella estaba cada vez más ausente de casa, pasando la mayor parte del tiempo en la casa de Luciano. Una tarde de sábado, cuando Hellen estaba en el trabajo y Constância cuidaba la casa, Beatrix regresó más temprano. Entró sigilosamente por el fondo, trayendo a Luciano consigo.

— "Tu madre dijo que yo no podía venir más aquí" —comentó el joven, ahora con 17 años.

— "Mi madre no manda en mí" —respondió Beatrix, con desdén—. "Ella puede mandar en sí misma y en aquel viejo que trajo para acá."

Constância, que oía todo desde la cocina, sintió una opresión en el pecho. Quería defender a Léo, que siempre había sido gentil con ella, pero al mismo tiempo no conseguía contrariar a la nieta.

— "Beatrix, hija mía, tal vez sea mejor que Luciano se vaya antes de que tu madre llegue" —dijo la abuela, con voz suave—. "No quiero líos."

— "Abuela, usted no va a contar nada, ¿verdad?" —Beatrix se aproximó a la abuela con una sonrisa dulce, sosteniendo sus manos—. "Usted me ama, ¿no? Entonces guarde este secretito nuestro."

Constância suspiró y asintió, sintiéndose dividida entre el amor incondicional por la nieta y la sensación de que estaba siendo cómplice de algo malo.

La escuela y las faltas

Semanas después, la situación escaló. Beatrix comenzó a faltar a clases sistemáticamente. La escuela llamaba al teléfono fijo de la casa, pero era siempre Constância quien atendía.

— "Señora Constância, Beatrix faltó tres días seguidos esta semana" —informaba la secretaria—. "Necesitamos que usted o la madre de ella vengan a la escuela."

— "Ah, sí, ella estaba con un virus" —mentía Constância, sintiendo el peso de la culpa—. "Ya está mejor, mañana ella vuelve."

Pero Beatrix no volvía. Ella pasaba los días en la casa de Luciano o deambulando por la ciudad con un grupo de jóvenes que Hellen no conocía. Una tarde, Doña Eliete, la amiga de Hellen, encontró a Beatrix en un callejón próximo al centro, fumando y conversando con muchachos visiblemente mayores.

— "¡Beatrix! ¿Qué estás haciendo aquí?" —preguntó Eliete, chocada.

La niña apagó el cigarrillo en el suelo con el pie y sonrió.

— "Estoy resolviendo unos asuntos, tía Eliete. Usted no le va a contar a mi madre, ¿verdad? Ella ya sufre tanto... sería cruel preocuparla por nada."

Eliete se quedó sin palabras. Había algo en la forma en que Beatrix hablaba, una frialdad disfrazada de preocupación, que la dejó confundida.

— "Beatrix, eso no es cosa de niñas de tu edad..."

— "Yo sé cuidarme, tía. Pero agradezco la preocupación" —dijo Beatrix, dando la espalda y volviendo al grupo de muchachos, que se rieron fuerte de algo que uno de ellos comentó.

Eliete se quedó parada allí, dividida entre contar o no a Hellen. Decidió que necesitaba hablar, pero cuando llegó a la casa aquella noche, fue recibida por Constância.

— "¡Eliete, qué bueno verte! Entra, Hellen ya está llegando del trabajo."

Mientras esperaban, Eliete comenzó a mencionar lo que vio.

— "Doña Constância, hoy vi a Beatrix..."

En ese momento, la abuela se llevó la mano al pecho y comenzó a jadear.

— "Ay, Dios mío... mi corazón..." —gimió ella, apoyándose en la pared.

— "¡Doña Constância! ¿Qué pasa?" —Eliete correu para amparar a la anciana.

— "Es... es la presión... necesito acostarme..."

Eliete ayudó a Constância hasta el sofá, trajo agua, midió la presión. Estaba levemente alterada, pero nada grave. Aun así, la preocupación por la salud de la señora se apoderó del momento, y cuando Hellen llegó, encontró la casa en alboroto.

— "¿Qué pasó?"

— "Tu madre se sintió mal, pero ya está mejor" —explicó Eliete—. "Creo que fue solo un susto."

El asunto sobre Beatrix quedó atrás, olvidado en la prisa. Y Constância, acostada en el sofá con una compresa en la frente, lanzó una mirada rápida a su nieta, que observaba todo desde lo alto de la escalera con una sonrisa casi imperceptible. Beatrix estaba aprendendo que su abuela era su escudo. Y ella usaría eso siempre que fuera necesario.

Capítulo 30: La caída y la falsa herencia

El año 2020 trajo consigo la pandemia que paralizó al mundo. Cachoeiras do Cerrado, antes vibrante de turistas, se vio vacía y silenciosa. Las tiendas donde Hellen trabajaba tuvieron que reducir el horario, y ella pasó a tener más tiempo en casa —lo que, irónicamente, la hizo darse cuenta de cuánto no conocía a su propia hija.

Beatrix, ahora con 13 años cumpliendo 14, se había convertido en una extraña dentro de su propia casa. Las clases migraron al formato online, y la niña pasaba horas encerrada en su habitación con la computadora que le regaló el director Carlos.

Léo, que ahora prácticamente vivía con Hellen, comenzó a notar patrones preocupantes. Beatrix mentía compulsivamente sobre cosas pequeñas y grandes. Manipulaba a Constância con una facilidad aterradora. Y siempre que era confrontada, simulaba algún malestar o explosión emocional para desviar el foco.

El accidente en la moto

Fue en una tarde de sol abrasador que el teléfono de Hellen sonó. Era Luciano, con la voz temblorosa.

— "Hellen, Beatrix se cayó de la moto. Estábamos volviendo de la casa de un amigo y... se lastimó. Estamos en la UPA (Unidad de Pronta Atención)."

Hellen sintió que el mundo giraba. Dejó todo en el trabajo y corrió hacia la unidad médica. Cuando llegó, encontró a Beatrix sentada en una camilla, con los brazos y las piernas raspados, pero consciente.

— "¡Hija mía! ¿Qué pasó?"

— "Fue Luciano, mamá" —dijo Beatrix, con lágrimas en los ojos—. "Él estaba conduciendo demasiado rápido. Le pedí que fuera despacio, pero no me escuchó. Cuando dimos la curva, la moto derrapó."

Luciano, que estaba al lado, se puso pálido.

— "¡Beatrix, yo iba despacio! ¡Tú fuiste quien me pidió que acelerara! Dijiste que querías sentir la adrenalina..."

— "¡Mentira!" —gritó Beatrix—. "¡Estás mintiendo para no llevarte la culpa!"

La discusión solo paró cuando el médico entró para hacer las curas. Hellen, dividida, no sabía en quién creer.

Léo llegó minutos después. Observó la escena en silencio y, mientras esperaban el alta de Beatrix, llevó a Hellen a un rincón.

— "¿Te diste cuenta de que las versiones no coinciden, verdad?"

— "Lo sé, Léo. ¿Pero y si ella está diciendo la verdad? ¿Y si Luciano fue imprudente de verdad?"

— "Hellen, vi la rodilla izquierda de su pantalón. Tiene una marca de quemadura de tubo de escape. Eso significa que ella estaba conduciendo, no él."

Hellen miró a su hija, que ahora conversaba dulcemente con la enfermera, y sintió un escalofrío. Cuando volvieron a casa, Hellen confrontó a Beatrix.

— "Hija, Léo notó que tienes una quemadura de escape en la pierna. Tú estabas conduciendo, ¿no?"

Beatrix no lo negó. Al contrario, explotó:

— "¿Y qué? ¡Todo el mundo conduce moto a esta edad! ¿Quieres encerrarme dentro de casa? ¡No aguanto más que me traten como a una niña!"

— "¡Tienes 13 años, Beatrix! ¡ERES una niña!"

— "¡Soy más adulta que tú!" —gritó Beatrix—. "¡Por lo menos yo no me estoy humillando por un hombre!"

La bofetada salió antes de que Hellen pudiera pensar. Fue un golpe seco que hizo que la cabeza de Beatrix se girara hacia un lado. El silencio que siguió fue ensordecedor.

Beatrix se llevó la mano al rostro, con los ojos brillando de odio puro. Constância, que veía todo desde la puerta de la habitación, dio un grito y se tambaleó, sosteniéndose el pecho.

— "Mi corazón... ay, Dios mío..."

Inmediatamente, toda la atención se volvió hacia la anciana. Léo la ayudó a sentarse, Hellen corrió a buscar agua y medicinas. Beatrix, ignorada en un rincón de la sala, tocó su rostro que aún ardía y sonrió. Una vez más, la abuela había desviado el foco. Una vez más, ella había salido impune.

La presión de Sônia

En las semanas siguientes, mientras la vida intentaba encontrar una normalidad imposible en medio de la pandemia, el teléfono de Hellen sonó nuevamente con el código 63 — Palmas, Tocantins. Era Sônia, la vecina de Diógenes.

— "Hellen, he estado pensando mucho sobre la situación de la casa de tu padre aquí."

— "Sônia, ya registré su desaparición, como me pediste. No sé qué más hacer."

— "Pues sí, hija mía, pero la casa sigue abandonada. La maleza se está apoderando de todo, ya rompieron vidrios, y hay gente vigilando para

invadir."

Hellen suspiró, sintiendo el peso de un problema más.

— "Entiendo, pero no tengo los documentos del inmueble, Sônia. No sé ni si la casa está a su nombre."

— "Lo sé, lo sé..." —la voz de Sônia sonó extrañamente interesada—. "Pero estaba pensando... ¿qué tal si me vendes la casa? Así, tal como está."

— "¿Cómo vender sin documentación?"

— "Hacemos un contrato privado, bien detallado, explicando toda la situación. Yo asumo los riesgos. Y si tu padre aparece, lo resolvemos después. Pero si no aparece, y mira, Hellen, ya hace tanto tiempo... la casa al menos se queda con alguien que la va a cuidar, en vez de ser invadida."

La voz de Sônia se endureció un poco.

— "Mira, voy a ser sincera contigo. Si no resuelves esto pronto, voy a entrar con usucapión. Te ofrezco un precio justo, hacemos todo bien en papel, y tú todavía ganas algo en vez de perderlo todo."

Hellen sintió que el estómago se le revolvía. La amenaza velada estaba clara. El valor que Sônia mencionó era ridículamente bajo —menos del 30% del valor real—. Pero Hellen sabía que no tenía mucho poder de negociación.

El consejo familiar

Aquella noche, Hellen reunió a Constância y a Léo.

— "Mamá, Sônia quiere comprar la casa de mi padre en Palmas."

Léo, que escuchaba en silencio, finalmente habló:

— "Hellen, entiendo que quieras ayudar a tu madre. Pero vender un inmueble sin documentación es muy arriesgado. Esa mujer se está aprovechando de su situación de vulnerabilidad."

— "¿Y qué hago, Léo? ¿Dejo que invadan? ¿Dejo que ella entre con usucapión y perderlo todo? ¡Apenas puedo pagar las cuentas de aquí!"

La venta y la división

Tras tres días de angustia, Hellen tomó la decisión. Llamó a Sônia y aceptó la propuesta. Una semana después, el dinero fue depositado. Hellen miró el saldo y transfirió la mitad a la cuenta de Constância.

De la parte que sobró, Hellen separó una cantidad y se la transfirió a Rafael. Finalmente, miró lo que quedaba y transfirió una pequeña cantidad a la cuenta de Beatrix.

— "¿Por qué?" —preguntó Léo—. "Acabas de darle dinero a una niña que te faltó al respeto, que mintió sobre la moto, que manipula a tu madre... Se lo va a gastar en tonterías."

Beatrix, al recibir la notificación, ni siquiera dio las gracias. Solo vio el valor y pensó: *"¿Solo esto? Qué miseria".*

Léo se dio cuenta de que había una dinámica familiar allí que lo dejaba cada vez más inquieto. Y Beatrix, observando todo desde su habitación, sonreía. Sabía que, incluso cuando se equivocaba, su madre siempre cedería. Siempre. Y eso, para Beatrix, era poder.

Capítulo 31: El horizonte que se abre

Los meses siguientes fueron de una rutina tensa. Hellen intentaba equilibrar el trabajo, los estudios de la facultad, la relación con Léo y la crianza de una hija que cada día se revelaba más incontrolable. Léo, al notar el agotamiento de Hellen, tomó una decisión.

El nuevo empleo

— "Hellen, tengo un amigo, Renato, que necesita a alguien para el sector administrativo de su empresa. El salario es mejor que el tuyo actual y el horario es de oficina. Fines de semana libres."

Hellen apenas podía creerlo. Era exactamente lo que necesitaba: más tiempo para estudiar, más tiempo para cuidar a su madre, más tiempo para intentar entender lo que estaba pasando con Beatrix. Fue a la entrevista y, como Léo había previsto, fue contratada al instante.

— "Cualquier amiga de Léo es bienvenida aquí", dijo Renato, estrechando su mano. — "Él es un hombre de palabra, y si dice que eres buena, yo lo creo."

Hellen comenzó el nuevo trabajo con esperanza renovada. El salario era un 40% mayor, el ambiente era respetuoso y finalmente conseguía respirar.

La mudanza a la casa nueva

Con la situación financiera más estable, Léo sugirió que buscaran una casa más grande donde pudieran vivir todos juntos: Hellen, Constância, Beatrix y él. Encontraron una casa espaciosa, con un patio amplio para las perras Lela y Bola, y una habitación en el piso superior que sería perfecta para que Beatrix tuviera su privacidad.

La mudanza ocurrió un sábado. Léo contrató un camión y, junto con Rafael (que vino de la ciudad vecina especialmente para ayudar), trasladaron todos los muebles. Beatrix, como siempre, no ayudó en nada. Se quedó encerrada en su cuarto, alegando dolor de cabeza.

Cuando Léo fue a revisar la habitación del piso superior para asegurar que todo estuviera listo para Beatrix, la niña subió detrás de él. — "¿Este cuarto es muy caluroso, Léo?", preguntó ella, con un tono de voz diferente. — "Puede ser un poco en verano. Pero podemos poner un ventilador o aire acondicionado." — "No hace falta", dijo Beatrix, acercándose más de lo necesario. — "Si hace mucho calor... duermo con la ventana abierta y me siento mucho más cómoda, ¿sabes? Sin mucha ropa."

Léo sintió un escalofrío recorrer su espalda. Entendió inmediatamente el juego: Beatrix estaba marcando territorio, creando una situación potencialmente comprometedora. Bajó las escaleras rápidamente y, en aquel momento, hizo un juramento para sí mismo: jamás subiría aquellas escaleras solo. Jamás le daría a ella la oportunidad de inventar una historia.

El amor que sostiene

A pesar de todos los problemas, la relación entre Hellen y Léo florecía. Él se había convertido en el puerto seguro que ella nunca supo que necesitaba. Todas las noches, cuando Hellen llegaba del trabajo, Léo tenía la cena lista o, al menos, algo pedido para que ella no tuviera que preocuparse.

— "No hace falta que hagas esto", decía Hellen, con los ojos brillando de gratitud. — "Quiero hacerlo", respondía Léo, dándole un abrazo. — "Pasaste la vida cuidando de todo el mundo. Ahora es mi turno de cuidarte a ti."

Los fines de semana, aprovechaban para estudiar juntos. Léo ayudaba a Hellen con las materias más complejas de la facultad de Biomedicina, buscando artículos, discutiendo conceptos. Él estaba orgulloso de ella de una forma que calentaba el corazón de Hellen. — "Vas a ser una biomédica increíble", decía él, mientras revisaban un trabajo sobre hematología. — "Estoy absolutamente seguro de eso."

Pero mientras el amor crecía entre los dos, Beatrix observaba todo con creciente resentimiento. Para ella, Léo era un intruso que robaba la atención de su madre. Y peor: él veía a través de sus máscaras. Léo nunca caía en sus manipulaciones. Cuando Beatrix fingía estar enferma para no hacer algo, él simplemente decía: — "Entonces vamos al médico ahora. La salud no es un juego." Y ella, sabiendo que sería desenmascarada, "mejoraba" milagrosamente.

Cuando ella pedía dinero con excusas inventadas, Léo pedía los comprobantes. — "Muéstrame cuánto cuesta el material de la escuela que necesitas. Iré contigo a comprarlo." Beatrix odiaba eso. Odiaba no poder engañarlo. Y fue en ese odio silencioso que comenzó a planear. Si no podía manipular a Léo directamente, tendría que destruir la relación de él con su madre. Beatrix tenía 15 años. Y ya sabía exactamente qué hacer.

Capítulo 32: La caída de Bruno

Mientras la vida en la casa nueva se acomodaba, el mundo de Bruno se derrumbaba completamente. La pandemia había cerrado los bares, cortado las fuentes de ingresos fáciles e aislado incluso a los vendedores de drogas más desorganizados. Bruno, desesperado y con la adicción gritando en sus venas, tomó la peor decisión posible: comenzó a hacer "entregas" para una banda local.

Al principio, eran solo pequeños transportes. Recogía un paquete aquí, lo dejaba allá. Pero pronto estaba profundamente involucrado, guardando drogas en su propia casa. Francisca, su madre, sabía todo. Pero en vez de intentar salvar a su hijo, ella seguía dándole dinero, alimentando el ciclo vicioso.

A mediados de 2022, la Policía Civil montó una operación contra el tráfico en la región. Bruno fue atrapado en flagrancia con una cantidad considerable de cocaína y marihuana dentro de casa. Cuando Hellen supo de la prisión de Bruno, a través de una llamada de Francisca, sintió una mezcla de alivio y tristeza.

— "Está preso, Hellen", lloraba Francisca. — "Mi hijo está preso. ¡Tienes que hacer algo!" — "No puedo hacer nada, Francisca", respondió Hellen con firmeza. — "Él eligió este camino. Ahora tiene que enfrentar las consecuencias."

Léo, que escuchaba la conversación, abrazó a Hellen cuando colgó. — "¿Estás bien?" — "Sí", respondió ella, honestamente. — "Es triste, pero ya no puedo cargar con el peso de sus elecciones."

Lo que Hellen no sabía era que Beatrix, encerrada en su cuarto, sonreía al saber de la prisión de su padre. Para ella, eso significaba una cosa: la herencia, cuando él muriera (y estaba segura de que sería pronto), se dividiría solo entre ella y Rafael. Y ella ya tenía planes para asegurar que se quedaría con todo.

Capítulo 33: La cirugía de emergência

Era un martes común de 2023 cuando el dolor comenzó. Hellen estaba en el trabajo, revisando planillas, cuando sintió un pinchazo agudo en el lado derecho del abdomen. Al principio, intentó ignorarlo, pensando que era solo una mala digestión. Pero el dolor solo aumentaba.

A las tres de la tarde, ya no podía sentarse derecha. Sudando frío, llamó a Léo. — "Amor... te necesito" —la voz de ella salía entrecortada—. "Tengo un dolor terrible". Léo no hizo preguntas. Tomó el coche y en quince minutos estaba en la puerta de la empresa. Cuando vio el estado de Hellen —pálida, encorvada, con la mano presionando el lado derecho—, supo que era grave. — "Vamos directo al hospital" —dijo él, ayudándola a entrar al coche.

En urgencias, el diagnóstico llegó rápido: crisis aguda de vesícula biliar, con sospecha de cálculos obstruyendo el conducto. Era un caso quirúrgico. — "Necesita operarse" —informó el médico de guardia—. "Pero voy a ser honesto: nuestro cirujano está libre y el próximo solo llega mañana por la mañana. Puedo medicarla para controlar el dolor hasta entonces".

Léo miró a Hellen, que se mordía el labio para no gritar de dolor, y tomó una decisión. — "Dame un minuto" —dijo él, saliendo al pasillo. Tomó el celular y marcó un número que no usaba hace meses: Dr. Homero.

El médico y Léo se habían hecho amigos a lo largo de los años. Homero había sido el responsable de traer a Beatrix al mundo, y Léo siempre tuvo una profunda admiración por el profesionalismo y la humanidad del cirujano. Se habían reencontrado en eventos sociales de la ciudad, consolidando una amistad basada en el respeto mutuo. — "Homero, es Léo. Necesito un favor urgente" —dijo él, en cuanto el médico atendió. — "Dime, amigo. ¿Qué pasó?" — "Hellen está con una crisis de vesícula. Estamos en el hospital y el cirujano solo viene mañana. Ella está sufriendo mucho. ¿Podrías...?" — "Estoy saliendo de casa ahora" — interrumpió Homero—. "Veinte minutos y estoy ahí. Deja que yo lo resuelvo".

Léo volvió a la habitación donde estaba Hellen, tomó su mano y dijo: — "El Dr. Homero está viniendo. Vas a estar bien, mi amor. Lo prometo". Hellen, incluso a través del dolor, apretó su mano. En aquel momento, ella supo que nunca estaría sola otra vez.

Cuando el Dr. Homero llegó, fue como si trajera consigo un aura de calma y competencia. Examinó a Hellen, revisó los exámenes y se dirigió a Léo: — "Voy a operar ahora. Es una colecistectomía videolaparoscópica, mínimamente invasiva. Ella se va a recuperar bien".

Dos horas después, la cirugía fue un éxito. Hellen despertó en recuperación, mareada por la anestesia, pero vio a Léo sentado a su

lado, sosteniendo su mano. — "Terminó" —susurró él, con los ojos empañados—. "Estás bien". — "¿Te quedaste aquí todo el tiempo?" — preguntó ella, con voz débil. — "No me fui ni un segundo" —respondió Léo, besando su frente—. "Y no me iré nunca".

Constância llegó al hospital poco después, traída por una vecina, y lloró de alivio al ver a su hija bien. Beatrix, sin embargo, no apareció. Cuando se le preguntó después, alegó que no fue avisada a tiempo. Pero Constância sabía que había llamado a su nieta tres veces, y todas las llamadas fueron ignoradas. Aun así, la abuela la defendió: — "La niña debe estar asustada, no sabe lidiar con esas cosas. Es sensible...".

Hellen no discutió. Estaba viva, tenía a Léo a su lado y, en aquel momento, eso era todo lo que importaba.

Capítulo 34: El Apoyo a los Estudios

La recuperación de la cirugía tomó tres semanas. Durante ese tiempo, Léo fue enfermero, cocinero, compañero y profesor. Él cuidaba de las curaciones, preparaba comidas ligeras, y en las horas en que Hellen se sentía mejor, estudiaban juntos.

— "No puedes atrasarte en la facultad por causa de esto" — decía Léo, trayendo la notebook a la cama. — "Vamos a revisar el contenido que perdiste."

Hellen lo miraba con una gratitud que no cabía en palabras. — "No sé qué hice para merecerte" — decía ella, con los ojos llenos de agua.

— "Te mereces todo lo bueno que la vida puede ofrecer" — respondía Léo, besándola suavemente. — "Y yo voy a estar aquí para garantizar que tengas eso."

Los meses siguientes fueron de una rutina intensa, pero recompensadora. Hellen trabajaba durante la semana, estudiaba los fines de semana, y Léo estaba siempre a su lado, incentivando, ayudando, amando. Pero nuevamente una llamada de lejos vino para desestabilizar. La vecina que había "comprado" la casa llamó y dijo que la policía había estado allá juntamente con una mujer. Esa mujer dijo haber vivido con Diógenes y que era la legítima dueña de aquella casa.

Hellen pidió tomar una foto de esa documentación. Vio que la fecha era posterior a la fecha de la desaparición del padre. Percibió entonces la estafa. Iba a tener que devolver el dinero con intereses y corrección monetaria. No tendría derecho a la casa. En fin, nuevamente estaba en un gran lío. Comenzó a pensar cómo resolvería este problema más. El dinero ya no existía. Fue dividido con la madre y sus hijos.

Al llegar a casa, viniendo del trabajo, llamó a Constância y contó lo que estaba sucediendo. Constância comenzó a llorar: — "Yo no quería... no quería..."

Beatrix, sentada en el sofá, asistía a la escena, con una mirada distante. A veces daba una sonrisa con la comisura de la boca. Extrañamente parecía divertirse con la desesperación. Hellen y Constância se abrazaron en lágrimas pero Hellen no se dejó abatir: — "Voy a congelar la facultad, voy a trabajar de noche en alguna cafetería. Mañana voy a negociar con esa tal Sônia un pago en cuotas. Ella va a entender."

Entonces Léo entró. Sintió el clima pesado y percibió que había algo mal. — "¿Qué pasó?"

Hellen contó entonces de la llamada telefónica y de la conclusión de la trampa. Mostró la foto del documento y habló de la fecha. Después contó su intención de pagar en cuotas congelando la matrícula de la facultad y haciendo trabajos extra en cafeterías o restaurantes para

turistas. Constância lloraba cada vez más. Y Beatrix con un aire de indiferencia. Parecía no sentir y no afectarse con todo aquello.

— "De ninguna manera" — dijo Léo. — "Tengo una línea de crédito en el banco. Creo que da para pagar a la chica. Y nosotros pagamos al banco en cuotas."

— "¿Harías eso por mí?" — preguntó Hellen, sorprendida.

— "Claro que sí, mi amor, te estás graduando en breve, no puedes parar ahora. Ese negocio fue una apuesta que no salió bien. Yo también apoyé cuando vino la propuesta. El dinero está parado en el banco. Con mi salario, consigo pagar las prestaciones. Va a apretar un poco pero... va a dar emoción a la vida."

Hellen lo abrazó. — "Gracias, gracias. Tú siempre siendo la luz al final del túnel."

Léo miró alrededor. Constância sonreía. Pero Beatrix tenía una mirada severa, que era más que reprobador, era decepcionado. Él sintió un escalofrío. Sintió que ella hinchaba en contra. Percibió allí que tendría que vigilar muy de cerca a aquella niña.

En 2024, finalmente, llegó el momento tan esperado: la graduación en Biomedicina. Hellen lo había conseguido. Contra todas las probabilidades, contra todos los obstáculos, ella se había convertido en una profesional.

Pero había un problema: a esa altura, ella y Léo ya no estaban más juntos.

Capítulo 35: La Ruptura

La convivencia en la casa que Léo sustentaba estaba cada vez más tensa. Beatrix, a los 17 años, se había convertido en una presencia tóxica. Ella no contribuía en nada — ni con limpieza, ni con respeto, ni con el mínimo de civilidad. Era una tarde de sábado cuando todo explotó. Hellen estaba en la cocina preparando el almuerzo cuando Beatrix bajó las escaleras con aquella expresión de quien venía a cobrar algo. — "Mamá, necesito hablar contigo." — "Habla, hija." — "Quiero emanciparme. Ya investigué todo, ya tengo el formulario. Solo necesita tu firma."

Hellen paró lo que estaba haciendo y se volvió hacia la hija. — "Beatrix, ya conversamos sobre eso. No tienes condiciones de sustentarte. No trabajas, no terminaste ni la enseñanza media..." — "¡Yo consigo un empleo! ¡Yo encuentro una manera!" — "La respuesta es no" — dijo Hellen, con firmeza. — "Vas a terminar los estudios, vas a conseguir un trabajo de verdad, y cuando tengas condiciones reales, ahí sí conversamos sobre independencia."

El rostro de Beatrix se contorsionó en furia. — "¡No quieres emanciparme porque quieres controlarme! ¡Quieres prenderme aquí en esta casa!" — "¡Quiero protegerte, Beatrix! ¡No tienes noción del mundo allá afuera!" — "¡TENGO DIECIOCHO AÑOS EN POCOS MESES! ¡NO NECESITO TU PERMISO PARA NADA!" — "Mientras vivas bajo mi techo y yo sea responsable por ti, SÍ, necesitas!" — Hellen levantó la voz por primera vez.

Fue cuando Beatrix perdió completamente el control. Ella avanzó sobre la madre y dio un empujón violento, haciendo que Hellen golpeara la espalda contra el fregadero. — "¡TE ODIO! ¡ARRUINASTE MI VIDA!"

Hellen quedó en shock, la mano en la lumbar dolorida. Léo, que trabajaba en la oficina, oyó los gritos y bajó corriendo. Al entrar en la cocina y ver a Hellen recostada en el fregadero con expresión de dolor y a Beatrix con los puños cerrados, entendió lo que había sucedido.

— "Beatrix, ¿acabas de agredir a tu madre?" — la voz de él salió helada, controlada, pero cargada de una rabia contenida. — "¡Eso no es de tu cuenta!" — ella se volvió hacia él, el rostro rojo de odio. — "Es sí de mi cuenta. Estás dentro de MI casa. Una casa que YO pago, que YO sustento. Y no vas a faltar el respeto a tu madre aquí adentro." — "¡TÚ NO ERES MI PADRE!" — Beatrix gritó, apuntando el dedo hacia él. — "¡TÚ NO MANDAS EN MÍ!"

— "No soy tu padre, gracias a Dios. Pero mientras estés bajo el techo que YO pago, vas a tener respeto. Respeto por tu madre, respeto por esta casa." — "¡VETE A LA MIERDA, LÉO! ¡ERES UN VIEJO RIDÍCULO QUE SE METIÓ DONDE NO FUE LLAMADO!"

Constância apareció en la puerta de la cocina, pálida, llevando la mano al pecho. — "Beatrix... mi hija... no hables así..." — "¡CÁLLATE LA BOCA, VIEJA! ¡TODO EL MUNDO AQUÍ ESTÁ EN MI CONTRA!"

Hellen, todavía dolorida, dio un paso al frente. — "Beatrix, pasaste los límites. Pide disculpas a Léo ahora." — "¡NO VOY A PEDIR NINGUNA DISCULPA! ¿Y sabes una cosa? ¡ME VOY! ¡VOY A SALIR DE ESTA CASA DE MIERDA Y USTEDES NUNCA MÁS ME VAN A VER!"

Ella subió las escaleras a los gritos, golpeó la puerta del cuarto con tanta fuerza que un cuadro cayó de la pared. Quince minutos después, ella bajó con dos mochilas, pasó por la sala sin mirar a nadie y golpeó la puerta del frente al salir.

Hellen se derrumbó en el sofá, llorando. Constância temblaba, sentada en el sillón. Y Léo, de pie en medio de la sala, sentía una mezcla de alivio y preocupación. — "Ella va a volver" — dijo Constância, con la voz débil. — "Ella siempre vuelve..." Pero esta vez, Beatrix no volvió.

El Silencio

Pasaron semanas sin noticias. Hellen intentó llamar, pero el celular de Beatrix estaba apagado. Ella fue hasta la casa de Luciano, pero él dijo que no la veía hacía meses. Fue a través de una conocida que Hellen descubrió: Beatrix estaba viviendo con un hombre peligroso, un tal VH, conocido en la ciudad como traficante. Hellen quedó desesperada, pero no conseguía localizarla. Beatrix había desaparecido completamente. Léo intentaba confortar a Hellen, pero también sentía un alivio secreto. La casa, por primera vez en años, estaba en paz. No había más mentiras diarias, no había más confrontaciones, no había más aquella energía pesada que Beatrix traía consigo. Constância se consumía de preocupación, pero hasta ella admitía que la casa estaba más ligera.

Capítulo 36: La Graduación y el Pedido

La distancia de Beatrix había dejado a Hellen más triste. Pero ella ocupaba su tiempo con sus estudios, el trabajo y la inminente graduación. Beatrix, por su parte, se involucró con un muchacho, lleno de piercings y tatuajes, con cara de pocos amigos, poco estudio, y mucha arrogancia. Parecía que ella había buscado un clon del padre. Pero era peor. VH. Así era llamado. Léo había visto esas iniciales pintadas en algunos puntos de la ciudad. Beatrix había llevado a VH para conocer a la madre y a la abuela, en un horario que ella sabía que Léo no estaría en casa. Un día, un vecino llamó a Léo y dijo: — "Tú sabes que tengo antecedentes (estuvo preso) y quiero decirte, ese tipo que anda con tu chica, él no es buena pieza. Lo conozco de unos barrios bajos de por ahí. Cuidado. No lo dejes en tu casa. Es un bandido de una organización."

Léo llamó a Hellen y comentó lo que oyó del muchacho vecino. Ella pidió que él no hiciera nada, que ella iría a conversar con Beatrix. Nuevamente Léo sintió un escalofrío en la espina dorsal.

La Victoria de la Insistencia

Noviembre llegó trayendo consigo uno de los momentos más importantes de la vida de Hellen: su graduación en Biomedicina. Eran siete años de lucha. Siete años estudiando de madrugada, haciendo exámenes entre turnos de trabajo, leyendo apuntes en el intervalo del almuerzo. Y Léo había estado al lado de ella en cada paso. Él revisaba trabajos, discutía conceptos, incentivaba en los momentos de desánimo. Había noches en que Hellen lloraba, diciendo que no lo conseguiría, y Léo sostenía sus manos y decía: "Lo vas a conseguir. Yo creo en ti."

El Gran Día

El auditorio de la universidad estaba lleno. Familias celebraban, flores y abrazos por todos lados. Hellen llegó acompañada de Léo, Constância y Eliete. — "Estás linda" — dijo Léo, acomodando el birrete en la cabeza de ella con cuidado. — "Estoy tan orgulloso de ti." Hellen sostuvo la mano de él, los ojos brillando de emoción. — "No lo habría conseguido sin ti." — "Lo habrías hecho" — él sonrió. — "Pero estoy feliz de haber ayudado."

Cuando llamaron su nombre — "Hellen Maria dos Santos" — el grito de Eliete resonó por el auditorio. Constância lloraba copiosamente. Y Léo, de pie, aplaudía con un orgullo que se desbordaba por los ojos. Hellen subió al escenario, apretó la mano del rector, tomó el diploma y, al

volverse hacia la platea, buscó los ojos de Léo. Cuando los encontró, hizo un gesto sutil con la mano, como un "gracias" silencioso. Él saludó de vuelta, limpiando discretamente una lágrima. La celebración fue en el restaurante preferido de Hellen. Léo había reservado una mesa, encargado un pastel con la inscripción "Dra. Hellen — ¡Lo conseguiste!". Estaba todo perfecto. Hasta que el teléfono de Hellen sonó. Era un número desconocido. — "¿Hola?" — "Mamá..." — la voz del otro lado era débil, ronca, cargada de dolor. — "Soy yo... Beatrix." Hellen sintió el corazón dispararse. — "¡Beatrix! Hija mía, ¿dónde estás?" — "Mamá... te necesito..." — la voz se quebró en sollozos. — "Necesito volver a casa... por favor..." — "¿Qué pasó? ¿Estás bien?" — "No... no estoy bien... ayúdame, mamá..." Hellen miró a Léo, que ya percibía por el rostro de ella que algo estaba mal. — "¿Dónde estás? Voy a buscarte ahora." Beatrix dio la dirección de un puesto de salud en la periferia. Hellen colgó, se levantó. — "Léo, es Beatrix. Ella está lastimada, necesito buscarla." — "Voy contigo" — dijo él, ya tomando las llaves del auto.

El Estado de Beatrix

Cuando llegaron al puesto de salud, Hellen casi no reconoció a la hija. Beatrix estaba sentada en una silla de plástico, con el rostro desfigurado por hematomas. El ojo izquierdo estaba morado e hinchado, el labio partido, había cortes en el rostro. Los brazos estaban cubiertos de moretones. — "¡Dios mío!" — Hellen corrió hacia ella. — "¿Quién te hizo esto?" Beatrix se derrumbó en el regazo de la madre, llorando. — "Fue el VH... él me golpeó... él descubrió una cosa y me golpeó..." Léo se quedó a distancia, observando. Él sentía pena del estado físico de la chica, pero no conseguía olvidar todo lo que ella había hecho. Llevaron a Beatrix a casa. Las heridas eran graves, pero no necesitaban internación. El médico recetó analgésicos, antiinflamatorios y reposo. Constância, al ver a la nieta, se derrumbó en llanto y abrazos. Cuidó de ella como si fuese un bebé recién nacido. Beatrix fue colocada en el cuarto de huéspedes, donde se quedó por tres días siendo cuidada por la madre y por la abuela.

El Pedido de Regreso

Al tercer día, Beatrix llamó a Hellen para una conversación. — "Mamá... yo sé que me equivoqué mucho. Sé que te falté el respeto, que hice cosas horribles..." — las lágrimas escurrían genuinas. — "Pero aprendí. Vi lo que es el mundo allá afuera. Por favor... déjame volver a vivir aquí." Hellen suspiró profundo. — "Beatrix, necesito conversar con Léo sobre eso." — "Él no va a querer" — Beatrix bajó la cabeza. — "Él me odia." —

"Él no te odia. Pero tú le faltaste mucho el respeto. Y esa es la casa de él también."

Cuando Hellen conversó con Léo, la respuesta fue directa: — "No, Hellen. Ella no puede volver a vivir aquí." — "¡Léo, ella es mi hija! ¡Mira el estado de ella!" — "Vi el estado de ella. Y siento mucho por lo que pasó. Pero ella eligió salir. Ella nos insultó, te agredió, le faltó el respeto a esta casa. ¿Y ahora, porque las cosas salieron mal allá afuera, quiere volver?" — "¡Ella aprendió la lección!" — "¡Hellen, escucha lo que estás diciendo! ¿Cuántas veces ella ya 'aprendió la lección'? ¿Cuántas veces ella ya prometió cambiar?" — Léo sostuvo los hombros de ella. — "Yo te amo. Yo amo a tu madre. Pero no aguanto más vivir bajo el mismo techo que Beatrix. Ella es tóxica. Ella destruye todo a su alrededor." — "Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Deje a mi hija en la calle?" — "Quiero que la pongas en un apartamento, pagues un alquiler para que ella se recupere, ayúdala a conseguir un empleo. O entonces llévala a la casa del padre, de la abuela paterna, qué sé yo. Pero no la traigas de vuelta para acá." — "¡Léo, ella es mi hija!" — "¡Y yo soy tu compañero!" — por primera vez, Léo levantó la voz. — "Yo estuve a tu lado en los peores momentos. Yo te ayudé a graduarte. Yo sustento esta casa, cuido de tu madre como si fuese mía. ¿Y vas a tirar todo eso a la basura por causa de ella?" Hellen sintió las lágrimas caer. — "No puedo abandonar a mi hija." — "No te estoy pidiendo que la abandones. Estoy pidiendo que no la traigas adentro de nuestra casa." — "Esta también es mi casa, Léo." — "Tienes razón. Es tu casa también" — él respiró hondo. — "Entonces tú eliges. O ella, o yo. Porque yo no voy a vivir con Beatrix de nuevo."

La Separación Silenciosa

Hellen se quedó tres días sin hablar con Léo. Ella cuidaba de Beatrix, conversaba con Constância, pero evitaba al compañero. Hasta que, un jueves, Léo llegó a casa y encontró una nota sobre la mesa: "Léo, Alquilé una casa en la Calle de las Palmeras. Me voy a mudar con mi madre y Beatrix mañana. No quiero que me ayudes. No quiero que sientas que te estoy usando. Fuiste la mejor cosa que pasó en mi vida. Me ayudaste cuando más lo necesité. Me hiciste creer que yo era capaz. Pero no puedo abandonar a mi hija. No lo consigo. Siento mucho por todo. Hellen"

Léo leyó la nota tres veces. Sintió la rabia subir, después la tristeza, después un vacío inmenso. Ella no había conversado. No había discutido. Simplemente tomó la decisión sola y comunicó como un hecho consumado. Después de todo — de las noches estudiando juntos, de la cirugía de emergencia, del apoyo incondicional, del amor que él había dado sin pedir nada a cambio — ella eligió a Beatrix. Léo arrugó

la nota y la tiró a la basura. Cuando Hellen llegó al día siguiente con un camión de mudanza, Léo no estaba en casa. Él había salido a propósito para no presenciar la escena. Hellen y Constância llevaron sus pertenencias en silencio. Beatrix, todavía con el rostro marcado, sonreía discretamente mientras ponía sus cosas en el camión. Ella había vencido de nuevo.

Capítulo 37: El Despertar Tardío

Los primeros meses en la casa nueva fueron de adaptación. Hellen trabajaba el doble para pagar el alquiler, las cuentas y mantener a las tres. Constância ayudaba en lo que podía, pero su jubilación era mínima. Beatrix, que había prometido conseguir empleo, no se movía. Pasaba los días en el celular, salía de noche sin dar explicaciones y volvía de madrugada. — "Beatrix, prometiste que ibas a buscar trabajo" — reclamaba Hellen. — "Estoy buscando, mamá. No es fácil conseguir empleo hoy en día." Pero Hellen veía la ropa nueva, las uñas hechas, el cabello teñido. ¿De dónde venía el dinero? Un día, Eliete vino a visitarla. — "Hellen, necesito decirte una cosa." — "Habla, amiga." — "Vi a Beatrix anoche. Estaba en un bar con ese VH, el mismo que la golpeó." Hellen sintió que el suelo desaparecía. — "¿Estás segura?" — "Absoluta. Estaban tomados de la mano, riendo. No parecía que él casi la hubiera matado, no." Hellen confrontó a Beatrix aquella noche. — "¿Volviste con el VH?" — "Mamá, él pidió disculpas. Dijo que estaba drogado, que perdió la cabeza. Pero él me ama de verdad." — "¡BEATRIX, ÉL CASI TE MATÓ!" — "¡Las personas se equivocan, mamá! ¡Tú misma siempre dices eso! ¡Todo el mundo merece una segunda oportunidad!" — "¡No cuando esa persona te dio una paliza!" — "¡Tú no entiendes! ¡TÚ NUNCA ENTIENDES!" — Beatrix agarró el bolso y salió golpeando la puerta.

La Percepción del Mal

Fue en aquella madrugada, sola en la sala, que Hellen comenzó a unir las piezas. Recordó cuando Beatrix tenía 9 años e inventó aquella historia sobre Rafael. El hermano nunca más fue el mismo después de aquello. Recordó las faltas en la escuela que Constância encubría. Recordó al director Carlos y la computadora cara que apareció de la nada. Recordó la pelea con Bruno y cómo Beatrix siempre echaba leña al fuego. Recordó cómo Eliete intentó contar algo sobre Beatrix y Constância se sintió mal, desviando el tema. Recordó las acusaciones contra Léo — todas infundadas, todas mentiras. Recordó cómo Beatrix la agredió y después salió de casa, haciendo a Hellen elegir entre ella y Léo. Y finalmente, dolorosamente, Hellen entendió. Beatrix no era una víctima. Beatrix era la causante de todo el caos. Ella recordó el sueño en el hospital, en 2007, cuando hizo el pacto: "Tendrás que ser guardiana de una persona de mala índole". Ella siempre creyó que era Bruno. Pero no lo era. Era Beatrix. Hellen se derrumbó en el suelo, llorando convulsivamente. Constância se despertó con el ruido y vino hasta la sala. — "Hija mía, ¿qué pasó?" — "Mamá... cometí un error terrible" — Hellen sollozaba. — "Perdí a Léo por causa de Beatrix. Y ella... ella no

vale eso. Ella nunca lo valió." — "¡No hables así de tu hija!" — "¡MAMÁ! ¡ABRE LOS OJOS!" — Hellen gritó por primera vez a Constância. — "¡Beatrix es mala! ¡Ella siempre lo fue! ¡Ella miente, manipula, destruye a todo el mundo a su alrededor! ¡Y nosotras dos siempre le consentimos todo!" Constância se quedó en silencio, pálida. — "Lo sé" — susurró la anciana, finalmente. — "Siempre lo supe. Pero ella es mi nieta... yo no conseguía aceptarlo..." Las dos lloraron abrazadas, finalmente viendo la verdad que siempre estuvo allí.

El Último Intento

Al día siguiente, Hellen tomó el celular y mandó un mensaje a Léo: "Tenías razón. Sobre todo. Lo siento mucho. Te amo y cometí el mayor error de mi vida." El mensaje fue entregado. Leído. Pero no hubo respuesta. Hellen esperó días. Semanas. Nada. Léo había bloqueado completamente aquel capítulo de su vida. ¿Y Beatrix? Continuó su vida de caos, entrando y saliendo de casa, volviendo y separándose de VH en ciclos interminables. Hasta que, en julio de 2025, todo se derrumbaría de una vez por todas.

Capítulo 38: Cuando el Mal Viene a Cobrar la Cuenta

VH no era hombre de perdonar traiciones. Cuando descubrió, a través de sus contactos en la policía, que Beatrix había hecho la denuncia anónima que casi lo colocó tras las rejas, su furia no tuvo límites. Era un viernes por la noche. Hellen estaba de guardia en el laboratorio donde trabajaba desde que se graduó. Constância dormía temprano, como siempre. Beatrix estaba sola en casa cuando oyó el golpe violento en la puerta. — "¡ABRE ESTA MIERDA AHORA!" Era VH. Y por la voz, ella supo que estaba en peligro real. Intentó no abrir, pero él pateó la puerta con tanta fuerza que la cerradura cedió. — "¡VH, para! ¿Qué quieres?" Él no respondió con palabras. Agarró a Beatrix por los cabellos y la arrastró hacia adentro de la casa, cerrando la puerta tras de sí. — "¡Me delataste, perra traidora!" — "Yo no..." El primer puñetazo calló cualquier intento de explicación. Beatrix sintió el gusto de sangre en la boca, el dolor explotando en su rostro. VH estaba bajo efecto de cocaína, los ojos completamente dilatados, la mandíbula trabada. Él no tenía control, no tenía piedad. Golpeó, pateó, pisoteó. Beatrix intentó defenderse, pero él era mucho más fuerte. Constância se despertó con los gritos, intentó salir del cuarto, pero VH la empujó de vuelta. — "¡Quédate ahí dentro, vieja! ¡Si sales, la mato frente a ti!" La paliza duró casi quince minutos. Cuando VH finalmente paró, Beatrix estaba en el suelo, sangrando, mal consiguiendo respirar. — "Me jodiste, puta. Pero te voy a dejar viva. Viva para que recuerdes todos los días que nadie se mete conmigo." Él salió, dejando la puerta abierta. Constância corrió hacia la nieta, gritando de desesperación. Llamó a Hellen, que dejó todo y corrió a casa.

El Hospital

La ambulancia llevó a Beatrix a la sala de emergencias. Los médicos identificaron fracturas graves, traumatismo craneal, hemorragia interna. — "Necesitamos operar ahora" — dijo el cirujano de guardia. — "Ella está en estado grave." Hellen firmó los papeles con las manos temblando. La cirugía duró cuatro horas. Cuando el médico salió, el rostro de él estaba serio. — "Conseguimos estabilizarla. Pero... Sra. Hellen, su hija va a necesitar mucho acompañamiento. Los daños fueron extensos." Beatrix sobrevivió. Pero se quedó tres semanas en la UCI.

La Fuga Fatal

Cuando recibió el alta, Beatrix estaba irreconocible. El rostro todavía marcado, el cuerpo doliendo. Pero ella no quería quedarse en casa. — "Mamá, necesito salir de aquí. El VH sabe dónde vivimos. Él puede volver." — "¿Para dónde quieres ir?" — "Cualquier lugar. Lejos de aquí." Hellen intentó convencerla de presentar una denuncia, pero Beatrix se negó. — "Si lo denuncio, él me mata. Yo solo quiero desaparecer." En una madrugada, sin avisar a nadie, Beatrix salió. Se llevó la moto vieja que Hellen usaba para ir al trabajo. Ella no iba a huir de la ciudad. Iba a hacer una última cosa: intentar reconquistar a VH. Sí. Incluso después de todo, Beatrix estaba tan consumida por su obsesión enfermiza que creía poder reconquistarlo. Ella sabía dónde él solía estar de madrugada: un bar clandestino en la periferia. Subió en la moto y aceleró por las calles vacías de Cachoeiras do Cerrado. La moto era vieja, los frenos gastados. Estaba a pocos kilómetros del bar cuando un perro cruzó la calle. Beatrix desvió bruscamente. La moto derrapó. El mundo giró. El asfalto se acercó. Y entonces, el impacto. Su cabeza golpeó el bordillo con una fuerza brutal. El casco — que ella no se había colocado correctamente — salió volando. El cuerpo deslizó por el asfalto por varios metros antes de parar. Un camionero vio la escena y paró. Llamó al SAMU.

El Veredicto del Destino

Beatrix fue llevada a las prisas al hospital. El Dr. Homero, que estaba de guardia, fue llamado para evaluar. Cuando vio el nombre en la ficha, su corazón se apretó. Era la hija de Hellen. Los exámenes revelaron lo peor: traumatismo craneoencefálico gravísimo con lesión medular cervical alta, entre C1 y C2. El Dr. Homero fue personalmente a dar la noticia a Hellen. — "Hellen... ella sufrió una lesión gravísima en la médula espinal." — "Pero ella se va a poner bien, ¿verdad, doctor?" — "Ella está viva. Pero... Hellen, la lesión fue muy alta. Ella está tetrapléjica. No va a conseguir mover los brazos, las piernas... y el trauma afectó las cuerdas vocales. Ella no va a conseguir hablar." Hellen sintió las piernas fallar. — "No... no... mi hija..." — "Ella va a necesitar cuidados permanentes. Respiración asistida, alimentación por sonda, cuidados las 24 horas."

Capítulo 39: La Prisión de Carne

Los meses siguientes fueron una pesadilla. Beatrix estaba consciente. Sus ojos se movían, ella entendía todo lo que pasaba a su alrededor, pero no podía comunicarse. No podía moverse. No podía gritar.

Ella estaba completamente aprisionada dentro del propio cuerpo.

Los médicos explicaron que, en casos raros, pacientes con este tipo de lesión recuperaban alguna movilidad con fisioterapia intensiva y tratamientos experimentales. Pero las posibilidades eran mínimas.

Hellen, devastada por la culpa (al final, era su moto la que Beatrix había tomado), renunció al empleo para cuidar de la hija a tiempo completo.

Constância, a pesar de la edad avanzada, insistió en ayudar. — "Ella es mi nieta. Voy a cuidar de ella hasta mi último suspiro" — decía la anciana, con determinación.

La rutina era exhaustiva. Cambiar pañales, hacer la alimentación por sonda, cambiar la posición del cuerpo para evitar escaras, hacer ejercicios pasivos en los miembros. Y durante todo eso, Beatrix miraba. Solo miraba.

A veces, Hellen veía lágrimas escurrir de los ojos de la hija y se preguntaba qué estaría pensando, qué estaría sintiendo. Si al menos Hellen supiera que, dentro de aquel cuerpo inmóvil, Beatrix estaba en un infierno particular.

Ella no podía pedir perdón. No podía explicar. No podía manipular a nadie más. Por primera vez en la vida, Beatrix estaba completamente indefensa. E irónicamente, Era ahora que ella recibía todo el amor y cuidado que siempre tuvo, pero nunca valoró.

Epílogo: El Silencio de la Redención

Beatrix continuó viviendo en su prisión de carne. Constância cuidaba de ella con amor incondicional, conversando con ella a diario, incluso sin recibir respuesta. — „Vas a mejorar, mi nietecita“, — decía la abuela, acariciando el cabello de Beatrix. — „Yo sé que estás ahí dentro, escuchándolo todo. Y te amo. Siempre te voy a amar.“ Dentro de su cuerpo inmóvil, Beatrix escuchaba todo. Y por primera vez en su vida, ella entendía lo que era el amor verdadero. El amor que ella había despreciado, manipulado, usado como arma. Ahora, aprisionada, dependiente, ella finalmente comprendía. Pero era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Bruno, por su parte, permaneció preso. Fue condenado a ocho años por tráfico de drogas. En la prisión, lejos de los vicios, tuvo tiempo para reflexionar sobre sus elecciones. Escribía cartas a Hellen, pidiendo perdón, pero ella nunca respondió. Algunas heridas eram demasiado profundas.

Rafael, el hermano de Beatrix, siguió su vida lejos de aquel caos. Construyó una familia saludable con Rafaela y raramente volvía a Cachoeiras do Cerrado. Cuando supo del accidente de su hermana, sintió lástima, pero no sorpresa. Él siempre supo que Beatrix caminaba hacia un fin trágico.

Hellen y Léo continuaron encontrándose. Cafés esporádicos. Conversaciones largas sobre la vida, sobre los caminos que tomaron, sobre las elecciones que hicieron. En uno de esos encuentros, seis meses después del primer reencuentro, estaban sentados en la misma cafetería donde todo había recomenzado. — „He pensado mucho en nosotros“, — dijo Léo, sosteniendo la taza de café con las dos manos. — „Sobre lo que tuvimos, sobre lo que podríamos tener de nuevo.“ Hellen lo miró, con el corazón apretado. — „Yo también lo pensé. Todos los días.“ — „Te amo, Hellen. Creo que una parte de mí siempre te va a amar“, — él hizo una pausa, con la voz entrecortada. — „Pero cuando miro hacia atrás, cuando recuerdo todo... el dolor todavía está ahí. Muy vivo.“ Hellen sintió las lágrimas correr. — „Lo sé. Yo siento lo mismo.“ — „Te apoyé en la cirugía, en los estudios, en la graduación. Estuve a tu lado en los peores momentos. Y cuando tuviste que elegir... me dejaste por una nota“, — su voz no tenía rabia, solo una tristeza profunda. — „No hablaste conmigo. Simplemente decidiste sola y me lo comunicaste como un hecho consumado.“ — „Lo sé“, — Hellen sollozó. — „Sé que me equivoqué. Sé que te lastimé de una forma que no tiene vuelta atrás.“ — „Y Beatrix...“, — continuó Léo. — „Incluso ahora, con ella en ese estado, cuando pienso en volver, siento una opresión en el pecho. No es rabia hacia ella. Es miedo. Miedo de que, de alguna forma, aquella toxicidad

todavía esté allí, esperando para destruirnos de nuevo.“ — „Ella no puede hacer nada ahora, Léo. Ella está...“, — Hellen no consiguió terminar la frase. — „Lo sé. Pero el trauma permanece. Las cicatrices son demasiado profundas.“

Se quedaron en silencio por un largo tiempo, solo sosteniendo las manos del otro sobre la mesa. — „Desearía poder volver en el tiempo“, — dijo Hellen, finalmente. — „Desearía haber elegido diferente. Haberte elegido a ti.“ — „Pero no lo hiciste. Y entiendo por qué. Ella es tu hija. Eres madre“, — Léo limpió una lágrima que corría por su rostro. — „Pero entender no borra el dolor.“ — „¿Entonces eso es todo?“, — preguntó Hellen, con la voz quebrada. — „¿Realmente se terminó?“ Léo apretó su mano. — „Creo que algo se perdió, Hellen. Algo que era puro, que era nuestro, se rompió aquel día en que te fuiste. Por más que intentemos pegar los pedazos... las grietas todavía están ahí.“ Hellen lloró abiertamente. Léo se levantó, rodeó la mesa y la abrazó. Ella se aferró a él como si fuera la última vez. Y tal vez lo era. — „Te amaré para siempre“, — susurró Léo en su oído. — „Voy a desearte lo mejor, me importará lo que te pase. Pero no puedo volver. Las heridas son mayores que las oportunidades.“ Hellen asintió contra su pecho, mojando la camisa con sus lágrimas. Cuando se separaron, se miraron por un largo momento. Había amor allí. Pero había también la conciencia dolorosa de que el amor, a veces, no es suficiente. — „Cuídate“, — dijo Léo, tocando su rostro por última vez. — „Tú también.“ Él salió de la cafetería sin mirar atrás. Hellen se quedó sentada, mirando la taza vacía, sintiendo el peso de lo que podría haber sido.

Constância, a los 70 años, continuó firme en su misión de cuidar a su nieta. Nunca lo admitió en voz alta, pero en su corazón, sabía que Beatrix había sido la arquitecta de su propia destrucción. Aun así, amaba a la niña. Porque era abuela. Y el amor de abuela, al parecer, no conoce límites o condiciones.

La casa en Cachoeiras do Cerrado permaneció en pie, testigo silencioso de todas aquellas historias de dolor, amor, traición y redención. Y en su cuarto, Beatrix miraba el techo, día tras día, noche tras noche. Atrapada. Silenciosa. Maldita. Había destruido la relación de su madre. Destruido la paz de la familia. Destruido a Rafael con sus mentiras. Y al final, se destruyó a sí misma. Un ángel que eligió las tinieblas y, por eso, fue condenado a vivir en ellas. Para siempre. Sin perdón. Sin redención. Sin escape. Solo el silencio eterno de una conciencia aprisionada, obligada a recordar cada maldad, cada mentira, cada vida que arruinó. Y en ese silencio, finalmente, Beatrix entendía: el verdadero infierno no es el fuego. Es la imposibilidad de cambiar lo que ya se hizo. Es vivir eternamente con las consecuencias de las propias elecciones.

FIN